VALODIA

VIDA DE VLADIMIR ROSLIK

Luis Udaquiola

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

VALODIA

VIDA DE VLADIMIR ROSLIK

Luis Udaquiola

LUIS UDAQUIOLA

VALODIA

VIDA DE VLADIMIR ROSLIK

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
MONTEVIDEO

LUIS UDAQUIOLA

VALODIA

VIDA DE VLADIMIR ROSLIK

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
MONTEVIDEO

©
EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L.
Gaboto 1582 - Tel.: 48 3206 - Fax: 49 838
11.200 - Montevideo, Uruguay.
Queda hecho el depósito que marca la ley.
Impreso en el Uruguay - 1996

PRESENTACION

Cuentan los que saben que el momento más oscuro de la noche es el mismo instante en que comienza el alba. Asoma el lucero y nace la aurora con el sol de un nuevo día.

Vladimir Roslik –en su irracional y trágico fin– fue el involuntario lucero que anunció el alba en los momentos más oscuros de la noche.

Tal vez ese haya sido el destino de Vladimir, habitante de San Javier, un humilde y trabajador pueblo, como cientos de tantos otros que están a lo largo y ancho de nuestro país.

Tal vez el destino del Dr. Roslik, quien imaginó y abrazó una profesión destinada a su comunidad, terminó siendo una causa que él no buscó y que la gente de su país transformó en luz.

* * *

Muchos años han pasado desde entonces.

Muchas cosas hemos expresado los que vivimos aquellos tiempos, tanto los protagonistas de los hechos como los que fueron azorados -y horrorizados- espectadores.

Enorme cantidad de documentos analizan las razones que precipitaron la llegada de la dictadura, los movimientos que se dieron, los sucesivos cambios que terminan en la salida democrática.

Con esta publicación no se quiere engrosar el grupo de los analistas.

Este libro muestra la vida sencilla y llena de esperanzas de un ser humano que quiso lo mejor para sí, para su familia y su entorno, dentro del contexto histórico de una comunidad de inmigrantes.

En sus páginas se describe la existencia de un hombre con sus naturales claroscuros, aquellos que dan la verdadera dimensión a nuestras vidas.

No es nuestro objetivo revivir el hecho para buscar culpables, señalar nombres o marcar conductas.

Nuestro deseo es sumarnos al sentimiento de la enorme mayoría de los uruguayos y colaborar para que nunca más ocurran en nuestro país hechos similares. Prevenir, casi como una deformación profesional.

Y estamos convencidos de que lo haremos si todos conocemos qué es lo que pasa cuando "se pierden los puntos de referencia", cuando se instala entre nosotros la desconfianza paranoica y la persecución despiadada.

Nuestro compromiso como hombres de este querido Uruguay es trabajar para que nuestro hijos nunca, jamás, tengan que vivir similares tiempos -que parecieron eternos- de oscuridad.

En los 30 años de la Federación Médica del Interior esta publicación es nuestro homenaje emocionado a Roslik y a su familia. Y a los integrantes y dirigentes de la FEMI que en aquellos días escribieron una página de dignidad y valentía ejemplar.

Junto al Dr. Vladimir Roslik los médicos del interior, y los de todo el país, reafirmamos nuestro compromiso de trabajar por un Uruguay democrático, humano y respetuoso de todos.

Comité Ejecutivo
Federación Médica del Interior
Mayo, 1996

ORDEN DE REGISTRO

No miren por aquí,
todos son libros. Creo
que ustedes se confunden.
No es entre los papeles
ni en la mesa
donde pueden hallar
algo escondido. Eso
tan sólo son poemas,
versitos, letra muerta.
Nada hallarán, les digo,
que no pudiera estar
en cualquier casa
de la ciudad. No sigan,
por favor, me da pena
verles perder el tiempo.
Cuánto cobran ustedes
mensualmente? No, nada,
pensaba en lo que vale
este registro. En fin,
ya son las tres. Qué esperan
encontrar? Es tristísimo.
Sí, de acuerdo, retiren
lo que deseen. Vamos
abajo, pues. Aguarden,
me olvidaba el abrigo.
Adiós, mujer, no pongas
esa cara. Te digo
que están equivocados.
Son sólo unos poemas,
tontería. Vete a dormir,
es tarde, no me esperes.
Yo regreso ahora mismo.

José Agustín Goytisolo,
durante el franquismo español.

Y estamos convencidos de que lo hacemos si todos conocemos qué es lo que pasa cuando "se pierde **OTRO RA DE SPECTRO**", cuando se instala entre nosotros la desconfianza paranoica y la persecución despiadada.

Nuestro compromiso como hombres de este querido Uruguay es trabajar para que nuestro hijos nunca, jamás, tengan que vivir los años -que parecieron eternos- de oscuridad.

En los 30 años de la Federación Médica [illegible] es nuestro homenaje emocionado a Roslik y a [illegible] y dirigentes de la FEMI que en aquellos días escribieron [illegible] dignidad y valentía ejemplar.

Junto al Dr. Vladimir Roslik los médicos del [illegible] reafirmamos nuestro compromiso de trabajar por un [illegible] humano y respetuoso de todos.

DEDICATORIA

Quiero dedicar este libro a Valery, mi hijo, que lleva la sangre de Vladimir.
A todos los inocentes que han padecido prisión, tortura y muerte y han permanecido en el anonimato.
A las Mujeres con mayúscula –madres, esposas, hijas, hermanas– que acompañaron a sus hombres en aquella época negra.
A los que tornaron posible este libro brindando su recuerdo y testimonio.
Y a los que no lo hicieron por razones que comprendo.
A todos los que en el mundo sufren persecución étnica como la hemos padecido nosotros.

Mary Zabalkin

PARA VALERY

Este libro pretende responder los porqué que me has formulado todos estos años, los que todavía no me has preguntado y los que descubrirás tu mismo en los años venideros de adolescente y hombre.
Para que lleves con orgullo tu nombre y apellido de origen ruso, porque en tus venas corre la sangre de tus abuelos rusos mezclada con la de tus padres uruguayos. Porque eso fue tu familia: una semilla extranjera que arraigó en esta hermosa tierra.
Cuando viajes a otras ciudades o países descubrirás que tenemos facciones de gringo, algo que yo nunca supe mientras viví en San Javier. Una circunstancia tan natural –honrar el idioma de nuestros abuelos, cultivar nuestra cultura, celebrar con nuestras comidas típicas– ha sido delito en época reciente.
Por eso, Valery, a través de tu mirada de ojos celestes, quiero que veas lo bueno que es estar orgulloso de nuestros mayores; nunca te avergüences de tu nombre, mantenlo en alto, sé un hombre de bien, estudia, cultívate, respeta a tus semejantes, haz que el amor prevalezca sobre la violencia, lleva en tus actos la bandera de la paz y la justicia como lo hizo papá.

Tu madre

27 DE ABRIL DE 1984

Semanario «JAQUE» –¿Usted ha sentido el deseo de revancha?

Mary Z. de Roslik –No. Deseo de justicia únicamente. Y lo que quiero es más bien por el bebé. Que el día que sea grande, sepa que su padre no era un delincuente. Porque yo, hablando abiertamente, para mí lo mataron. Si lo llevan y en 24 horas lo entregan muerto, una persona sana, que no tenía ningún problema de salud, una vida tranquila, hogareña, el único entretenimiento que tenía era jugar a la conga, que se dedica a cuidar al hijo, a cuidar las plantas, que tenía perro, gato, una vida sencilla, y de buenas a primeras así me lo terminan, para mí es un crimen lo que hicieron.

Yo quiero que se haga justicia para que no siga pasando. Ahora claro, pobrecito, no lo voy a revivir.

Aunque se la agarren conmigo, ya no me importa; el bebito de cinco meses quedaría solito, pero me parece que ya no hay que callar más.

En el 80 callamos todo lo que nos pasó, todo lo que nos hicieron, porque estábamos vivos, seguíamos viviendo y teníamos que seguir cuidándonos. Pero yo ahora daré el todo por el todo. Además, pobrecito, después de muerto le siguen poniendo más y más cosas.

¿Venganza? No sé contra quién me voy a vengar ya. Pienso que hay que buscar justicia y no venganza. Más que nada lo hago por él que siempre fue un alma tan noble, tan buena. Y más que nada por el hijito.

Después que pase todo esto y que se aclare –aunque tarde años– pienso recopilar todo y hacer un libro para que el hijo sepa.

El viejo Basilio Ostroujov nació en 1917, un poco antes de la revolución bolchevique, y estuvo a punto de morir cuando tenía apenas seis meses. «Nosotros no estaremos, pero él va a vivir», profetizó Basilio Lubkov luego de ordenar que le entregaran una vaca a su familia.

Lejos de la revuelta campesina y los avatares zaristas, el pequeño casi murió de hambre en la incipiente colonia San Javier, un emprendimiento agrícola de inmigrantes rusos que Lubkov fundó en 1913 y que por entonces había sido devastado por sucesivas invasiones de langostas.«No parecíamos gente, éramos sombras que caminábamos», solía contar el padre de Ostroujov.

La odisea comenzó a gestarse alrededor de 1891 cuando Lubkov, entonces con 22 años, renunció a la iglesia ortodoxa y fue ungido guía espiritual de la Comunidad Nuevo Israel. Sus integrantes no adoraban un ser superior: «Dios» habitaba en el alma de quienes seguían las enseñanzas de Jesús. Las prisiones y castigos de que fueron objeto los unió aun más en torno de aquel hombre quien –según la versión más difundida– los convocó para una región del Cáucaso desde donde emprenderían más tarde el viaje hacia un país sin restricciones ni hostilidades.

Entre 1908 y 1911, año en que recrudeció la represión, los seguidores de Lubkov se establecieron en los poblados de Veronia, Tiflis, Orión, Dolyanka, Selinol Pole, donde criaron cerdos, gansos y ovejas, plantaron trigo, girasol, maíz y cebada, y cultivaron papas, cebollas, melones y manzanas que compartían comunitariamente.

En busca de la «tierra prometida», en 1911 el líder espiritual viajó a Estados Unidos, pero los campos ofertados no eran aptos para la agricultura y el servicio militar obligatorio, del que también huían en Rusia, contrariaba la práctica de su fe. Durante su estadía Lubkov conoció al cónsul uruguayo José Richling quien se interesó por los campesinos rusos diligenciando el envío de delegados a la región en que vivían. Entre 1905 y 1913, al influjo del «estado batllista», el Uruguay recibió la primera oleada de inmigrantes del siglo XX.

Entre agosto y setiembre de 1912 un representante personal del presidente José Batlle y Ordóñez y dos ingenieros agrónomos uruguayos visitaron el Transcáucaso observando sus habilidades y procedimientos administrativos. La impresión fue inmejorable. A fin de año Lubkov ya estaba en Montevideo agilizando trámites y enviando a sus fieles las primeras señales optimistas.

Los primeros en vender sus bienes iniciaron una serie de embarques que se sucedieron durante el primer semestre de 1913. Entretanto el autodestierro ruso había andado más rápido que la burocracia uruguaya. Las tierras donde se afincarían aun no estaban definidas y el Hotel de Inmigrantes creado en 1907 no demoró en resultar pequeño.

«Aquello fue un hacinamiento indescriptible», recordaría el viejo Solotariov –uno de los protagonistas– en sus crónicas publicadas cincuenta años más tarde. En un galpón de 5x8 metros con dos excusados, sin muebles ni utensilios, convivieron durante meses hombres y mujeres, niños y ancianos, la mayoría de ellos durmiendo sobre el piso de cemento. Una epidemia de sarampión no se hizo esperar; algunas familias de mayores recursos resolvieron desistir y emprender el viaje de retorno.

Los pocos viejos rusos que aun viven en San Javier, y en alguna medida sus hijos, guardan una profunda gratitud hacia la familia Espalter. Fue el entonces ministro de Fomento y Agricultura don José Espalter quien cedió los campos donde se afincaron en la 3a. sección del departamento de Río Negro –a orillas del río Uruguay– y además proporcionó todo tipo de ayuda para su trabajosa instalación. A bordo del crucero «18 de julio» y del vapor «Tangarupá», los inmigrantes remontaron el río desembarcando en el kilómetro 164 el domingo 27 de julio de 1913. Era una espléndida mañana de sol.

Según testimonios recogidos más tarde por el viejo Ostroujov, Lubkov se quitó el sombrero con la mano izquierda e irguiendo la derecha saludó los intrincados montes que se levantaban sobre la costa:«Hoy llegamos a este país invitados por su gobierno para levantar con nuestros brazos una agricultura para un futuro eterno –dijo–; entremos con coraje a limpiar este monte; allí nos esperan grandes esfuerzos y dolores pero en este horizonte nacerá un pueblo, trigales y muchas flores».

Casi sin dinero, pocas herramientas y escasos alimentos, la instalación se tornó lenta y sacrificada. El monte virgen proporcionaba buena madera y había abundante paja brava para construir las **isbas**, pero también era preciso preparar la tierra para los primeros cultivos, atender la alimentación colectiva y cuidar los ancianos y niños de la comunidad.

Ni la proverbial generosidad de los Espalter, especialmente don Alberto, siempre dispuesto a dar una mano, ni el esfuerzo de todos consiguió evitar que durante los primeros meses muchos niños murieran por causa del sarampión y la desnutrición. El ruido de los hachazos en el monte y los primeros azadones sobre la tierra dura, eran interrumpidos casi todos los días por el llanto

---

Isbas: primeros ranchos rusos.

desgarrador de alguna madre. La esposa de Lubkov visitaba a las familias enlutadas, llevando condolencias y resignación.

Tras cruzar la línea que torna imposible volver atrás e impulsados por su mística cristiana, los rusos continuaron su tarea: construyeron hornos y un gran galpón donde comían juntos y –a manera de **sabraña**– celebraban sus asambleas y reuniones religiosas. Romper la tierra bruta con novillos que no conocían el yugo no fue tarea fácil; los compraron a crédito en un comercio donde también se abastecieron de herramientas y algunos implementos imprescindibles. Para llegar a él debían atravesar unas cuatro leguas de campo y monte virgen.

Mal habían acomodado sus pocas pertenencias –baúles de madera, algunos utensilios, ruecas y telares que aguardarían mejores épocas– cuando sobrevino un largo y penoso temporal. El agua desbordó las canaletas de las carpas corriendo entre los precarios muebles recién construidos, y los fuertes vientos pusieron a prueba los techos aún frescos de los primeros ranchos.

Con la ilusión de lidiar con terrones más blandos los campesinos iniciaron en setiembre los primeros cultivos.

Sembraron primero maíz y sandías, y más tarde trigo, lino, avena, y una semilla que habían traído de Rusia: girasol.

El viejo Juan Gurin suele contar que en cierta oportunidad llegaron unas personas de Montevideo –«en aquellos autos de bigote»– que viendo la oleaginosa en plena forma observaban: «Estos rusos son locos, plantan flores!».

Todos los días cada familia recibía dos galletas, pequeñas cantidades de azúcar, arroz y harina de maíz. Cuando las otras tareas lo permitieron se organizó un grupo para la pesca; algunos días, entretanto, no había qué comer.

«Aquello era una colmena humana –describió Solotariov en sus crónicas–, veíamos negrear la tierra bien arada; los carpinteros fabricaban carretas de mano y carros de madera verde; los herreros arreglaban herramientas; los quinteros hacían huertas. Todos los trabajos se hacían en común, ayudándose un grupo a otro, como hermanos. Nadie tenía sueldo».

Entretanto, el sentimiento colectivo era de haber sido abandonados. «No teníamos noción si había alguna autoridad en donde vivíamos; si dependíamos de Fray Bentos o de dónde. Nunca en esos largos meses vimos alguna autoridad de Río Negro; había enfermos, jamás les llegó asistencia oficial», escribió.

En su mayoría de escaso nivel cultural e ignorantes del idioma español, los colonos otorgaron a Lubkov el poder de «administrador de su vida económica, política y religiosa», contó Solotariov, que aun permanecía «su discípulo más fiel». Desde que lo conociera, todavía adolescente, no tuvo dudas de que era el

---

Sabraña: reunión religiosa; local donde se desarrolla.

representante de Dios y lo consideró su Maestro. Sin embargo, con el correr de los años, descubrió que «no sólo era inteligente, sino también audaz».

«No tardamos en discutir –recordó en sus crónicas publicadas en 1963*– y pude comprender todas sus maniobras arteras. Grupos de jóvenes dejaban la colonia para ir a trabajar a otras partes y regresaban con el dinero ganado y lo colocaban en la caja común. Muchos de nosotros manteníamos contacto con la lejana Rusia y pedimos ayuda a nuestros parientes para irnos sosteniendo; todos los giros venían a nombre de Lubkov, Padre Espiritual, Administrador Legal, Cajero, él recibía todo para el bien de todos», relató con ironía.

Alrededor de 1916, al adquirirse las tierras de doña Adelina Espalter de Falcao con el casco de la estancia Monserrat, el centro urbano fue trasladado hasta su actual localización; la construcción denominada Casa Blanca pasó a ser la residencia de Lubkov que «viajaba de continuo a Paysandú, Montevideo y Fray Bentos», ignorándose «qué hacía y qué planes alentaba» según la crónica de Solotariov.

Un «comité de crisis» integrado por los colonos más viejos y encabezado por Lubkov y los hermanos Espalter realizó una serie de gestiones en Paysandú, el contacto más frecuente, que culminaron con el traslado de los enfermos graves y el embarque de una lancha cargada de comestibles y herramientas.

Entretanto el administrador «compraba y vendía sin dar cuenta a nadie, ni en la reunión de los Apóstoles, de lo que hacía y deshacía».

Testigo privilegiado de aquellos años, Solotariov, que ya se había hecho «rebelde a su jefatura», denunció que «todos los negocios y documentos se hacían a su nombre y cada día se hacía más dueño de nuestro trabajo, de nuestro capital y de nuestras vidas». Sin conseguir disimular su amargura recordó que «su carácter severo, rudo, de poco hablar, y su espíritu vengativo surgían en toda su desnudez».

Las desavenencias fueron primero económicas –cuando muchos colonos decidieron exigir la devolución del dinero que habían entregado en el desembarque–, y más tarde también políticas. En abril de 1918 «La Revista Blanca», que se definía como «periódico popular nacionalista», publicó una carta al «correligionario» Antonio Pons, dirigida por Lubkov, confirmando una denuncia parlamentaria de presión gubernamental para que los rusos se hicieran ciudadanos uruguayos y de esta forma utilizarlos con fines electorales.

Escrita en un enrevesado castellano, la misiva fechada el 15 de febrero indicaba: «*Recibí su carta del 9 y 14. Estoy muy contento. Muchas gracias. Ahora yo estoy más tranquilo por pago Molino Lebrero: gente muy contenta,*

---

* Las crónicas fueron publicadas en «El Litoral» de Fray Bentos.

ahora bien: por asuntos políticos ya estoy como antes independiente.

Yo creo toda gente no quiere entrar a política porque no comprende esta cosa, esta gente trabajadora y no política.

Estuvo aquí señor Manuel Stirling que me pide mucho apurar sacar carta ciudadano, posible mayor cantidad. Cuando él se fue yo juntar toda gente y comuniqué a ellos porque señor Stirling dar a nosotros su visita, ellos me contestan que con carta ciudadano no tiene conviene ninguno en política no quieren entrar, siempre quieren quedar neutral, por eso amigo mío nosotros seguir su consejo y ya puede estar muy tranquilamente».

Ese mismo año Lubkov preparó un banquete en la Casa Blanca para recibir al ministro Espalter y otros dos funcionarios del gobierno. No faltaba un solo apóstol; las jovencitas rusas aguardaban con ramos de flores. El administrador tenía preparado un memorándum, redactado en español, solicitando subsidios al Estado, pero prefirió hablar en ruso apoyado en Basilio Samosenko, un intérprete de dudosa habilidad.

Todos estaban advertidos de que al finalizar debían gritar: «Viva el gobierno uruguayo!» Lo espantoso fue que durante su discurso Lubkov trató a los visitantes de burros y orejudos. Dijo que «no sabían nada de las necesidades de los colonos rusos», y, dirigiéndose a sus compatriotas, desafió: «Para ellos valen más las flores, los banquetes, las rusitas jóvenes y lindas, quieren los votos, pero nosotros les sacaremos el dinero y no pagaremos nunca».

Tronaron los aplausos y los vivas; el traductor estaba como paralizado. Los visitantes también aplaudieron alegremente mientras un sudor frío corría por la nuca de Solotariov; luego del banquete volvió a casa junto a un grupo de colonos. «Caminamos como una legua sin hablar; el pensamiento que me dominaba no era otro que quien nos gobernaba era un estafador».

En cierta oportunidad Lubkov pareció ceder a la presión de los disidentes. Como el volumen de cifras vinculadas a los aportes de las familias durante el proceso fundacional y las varias cosechas aún no liquidadas era muy grande, encomendó a don Alfredo Díaz Islas que diera lecciones de teneduría de libros a algunos jóvenes. A ellas concurrieron Baldomero Sabelin, Jorge Fomicnov, Juan Schrstobet, Esteban Gilsov y Federico Porik entre otros; dóña Adela Dardán, esposa de Díaz Islas, les enseñaba castellano.

Las liquidaciones demoraron casi un año y contribuyeron a empeorar la situación: los gastos de mantención, herramientas, semillas, arrendamientos, animales, árboles, etc., superaban ampliamente el valor de las cosechas entregadas. Solotariov describe que desde entonces el guía espiritual «se volvió más despótico, más despiadado, y cual profeta maldecía a sus enemigos». No sólo los disidentes formaban parte de esta categoría. Lubkov ya había clausurado una incipiente biblioteca luego que un grupo de jóvenes desoyera su anuncio de que quien traspasara el umbral sería maldito.

Para contrarrestar la ofensiva Lubkov designó un triunvirato integrado por Andrés Poiarko, Miguel Sabelin y él mismo; los rebeldes lo apodaron la «santa trinidad». En la guerra de provocaciones que siguió, Solotariov, Gilsov y Kachenko marcharon a la cárcel de Fray Bentos. La situación no podía ser más tensa, sin embargo el Administrador consiguió agudizarla: adquirió 400 hectáreas –con recursos propios y oficiales– al estanciero Peixoto de Abreu Lima, distribuyéndolas entre 84 de sus más fieles seguidores. Al nuevo emprendimiento bautizó Ofir, nombre de la región de oriente adonde según la Biblia acudían las flotas de Salomón a cargar oro.

La euforia del Jefe Espiritual no demoró en trasladarse al terreno sentimental. Lubkov, que ya había cambiado a la dulce Natalia Grigorevna Arabinska por una campesina criolla durante la instalación de la colonia Santa María, resolvió honrar la raza uniéndose a Aramita, una bella hija de inmigrantes de 17 años.

Cada nueva osadía aumentaba el número de disidentes que periódicamente enviaban delegaciones a Montevideo para entrevistarse con parlamentarios y trasmitir sus denuncias en las redacciones de los diarios.

Los colonos rebeldes no demoraron en crear un gremio agrícola independiente. Le pidieron separación económica, entrega de cosechas bajo administración propia y autorización para organizar una biblioteca. El **Papá** los recibió cortésmente pero demoró meses antes de permitir que la abrieran sólo los domingos. Hasta Aniquin Kabañez, uno de los apóstoles, se había incorporado a la disidencia.

En un gesto civilizado acordaron integrar la primera comisión con tres disidentes –Solotariov, Solidillin, Chiculin– y tres lubkovistas –Sabelin, Jauchov, Schrstok–; el propio Lubkov la presidía. Como existían pocos libros, Solotariov escribió una carta a su compatriota Miguel Eudiocov, un agrónomo radicado en Cerro Largo que había huido de Rusia en 1905, quien les envió alrededor de cien volúmenes.

Papá: jefe religioso.

«Ahora, señor presidente, se presenta un nuevo dilema, un problema para mi insoluble: vienen los que sostienen que se debe reorganizar nuevamente ese fósil –tanto el Consejo Nacional como la Comisión respectiva de la Cámara de Representantes– *a solicitar que esta rama del Cuerpo Legislativo fije la suma de pesos 370.000 para la reorganización de esa institución que podría llamarse oficial»*, protestó Mendiondo que prometía ir más lejos si no lo hubiesen cortado.

«¿Me permite?, interrumpió Monegal, *¿el señor diputado dice que no se han recogido frutos de la colonia rusa de San Javier y de todas las colonias moscovitas?»* Entre sorprendido y desconfiado el colega aclaró: *«Me parece que todo el resultado ha sido nulo»*. Ante la respuesta que esperaba Monegal se despachó: *«¿Pero el señor diputado no sabe el resultado admirable de las cosechas de la colonia San Javier?...Se ha plantado trigo y se han recogido balotas!... Si fueran colonos criollos yo le aseguro que esas colonias estaban absolutamente liquidadas, y liquidadas por el Banco Hipotecario»*.

El 3 y 4 de diciembre de 1924 la Cámara de Representantes dedicó dos de sus últimas sesiones del año a considerar un proyecto de Ley elaborado por la Comisión de Agricultura que ampliaba a $ 370.000 un préstamo ya autorizado para salvar las colonias rusas. Las diferencias entre blancos y colorados acerca de la conveniencia de otorgar el crédito y el desprestigio de Lubkov –administrador del emprendimiento– fueron los principales ingredientes del debate.

Esta vez Monegal interrumpió al diputado Griot y fue más incisivo: *«¿Me permite? El vicio de origen de la colonia rusa, el vicio que ya la ha muerto, es el vicio político. Es un vicio que ahora viene a reeditarse con el nuevo préstamo, porque es una colonia fecundamente electorera. Yo no digo que no sean buenos trabajadores, pero no son granjeros ni apicultores. Vienen a plantar trigo tan mal como lo plantan nuestros criollos, pero para ellos no hay esos soberbios créditos que el Estado ha prestado generosamente a los colonos rusos»*.

Desde el inicio de la sesión todos aguardaban la intervención del miembro informante de la Comisión, don César Mayo Gutiérrez. *«El señor diputado Monegal –y no porque lo aluda le voy a dar derecho a una interrupción– quiere justificar la contradicción en que ha incurrido con el hecho de que dentro de las previsiones de la Comisión estaba la de que la cosecha podría alcanzar a $150 mil y que sin embargo el resultado efectivo fue apenas de $70 mil. Pero, señor*

presidente: en materia de explotaciones rurales, que están expuestas a tantas contingencias, es imposible que se tome como base para fundar una opinión la pérdida de la cosecha por factores meteorológicos».

Orador brillante, Mayo Gutiérrez sostuvo que no se trataba «*de conceder un nuevo crédito; aun no se ha hecho efectivo el autorizado por la ley últimamente votada –apenas se ha dispuesto de pequeñas partidas– porque es insuficiente para poder realizar lo que es una condición básica de la reorganización: cubrir la diferencia entre el valor real del suelo y los préstamos del Banco Hipotecario, a fin de adjudicar a cada colono una parcela y terminar de una vez con ese régimen de semicomunismo al cual hay que atribuir muchos de los males que ha venido sufriendo la colonia rusa*».

«*La contradicción no es mía –se defendió Monegal– es del señor miembro informante, diputado Gutiérrez, que aun reconociendo su palmaria desorganización y sus vicios originarios viene a la Cámara a pedir un nuevo crédito para esa colonia desgraciada y definitivamente fracasada. Todos los resultados han sido negativos, tanto que yo creo que para segar algo, una vez siquiera, habría que entrar con una hoz –moralmente se entiende– y segarla a toda ella*».

«*Eso sí que es literatura, señor diputado!*»,le reclamó Andrés Martínez Trueba. «*¿Esto es literatura? ¿El señor diputado se compromete formalmente a reorganizar la colonia rusa?*», desafió Monegal. «*Caramba con la preguntita!*» le respondió aquel provocando hilaridad.

«*¿Quiere el señor diputado una cosa más desastrosa que la cooperativa de la colonia rusa* –continuó Monegal–, *cree que con esos ejemplos negativos vamos a lograr buenos ensayos de cooperativismo en el Uruguay?*»

«*La verdad es que en la colonia rusa no existe cooperativa, existe únicamente el propósito de fundarla*»,terció Mayo Gutiérrez consiguiendo fastidiarlo. «*Ha habido cooperativas y ha habido hasta cooperativas disidentes*, se desahogó el diputado blanco; *ahora, lo que quieren los rusos, los disidentes, es que echen definitivamente a Lubkov, y el señor diputado está de acuerdo conmigo en que hay que echarlo porque él es el verdadero fracaso de la colonia*».

«*Posiblemente alguien haya creído, al oírme, que hay un poco de xenofobia en mis palabras*, se disculpó Monegal, *que yo participo de ese odio al extranjero que a veces arraiga en algunos espíritus. No, yo amo al extranjero; quiero que vengan a participar con nosotros en las penurias del trabajo, a hacer país con nosotros, pero no frente a la Argentina plantando maíz y trigo. Yo se que los criollos que salen atorrantes le matan el punto a cualquier gringo, porque hasta en eso somos olímpicos, pero un país que necesita veinte millones de habitantes para llegar a su realidad física y geográfica no lo va a conseguir con colonias rusas*».

«*El vicio fundamental de la colonia rusa* –enfatizó– *es el vicio fundamental*

ruso: el servilismo, el mujikismo. Los rusos que han venido aquí están bajo la férula del amo como lo estaban allá y nosotros queremos que los perseguidos vengan a nuestra tierra a gozar de esas grandes leyes sociales que los señores diputados proclaman, y en algunas de las cuales creo, y no a continuar viviendo, en este caso, bajo la férula lubkoviana. Pues bien: a pesar de la libertad que nuestro país brinda a los extranjeros, hemos tenido la triste suerte de ver en nuestro suelo una pequeña Rusia trashumante, donde sus componentes viven peleados, donde no se recogen las cosechas por el sectarismo, por las discusiones filosóficas y de otro orden». Aprovechando la presencia del ministro Arias, Monegal derivó su exposición reivindicando experiencias colonizadoras para Cerro Largo, el departamento que lo había elegido.

Cuando su intervención llevaba ya algún tiempo y las referencias al tema en discusión se hacían cada vez más escasas, el diputado Arena lo llamó al orden: «*¿Pero qué hacemos con la colonia rusa?, es lo que tenemos que resolver*».

«*Mándesela a Trotsky o si no, que la pongan en el mausoleo de Lenin, como un ejemplo negativo del comunismo en tierra criolla*», fue la respuesta maleducada de Monegal.

«*Vinieron los rusos y, desgraciadamente, en vez de ir a sembrar la tierra, por un milagro rarísimo, a los pocos días estaban metidos en la política criolla*», continuó. «*Vinieron aquí, intervinieron en nuestras cosas, y ellos, que no sabían qué régimen constitucional teníamos, en qué forma se votaba, cómo se inscribía un ciudadano, se sintieron ardientemente ciudadanos, y en vez de ir a labrar la tierra fueron a preocuparse de depositar los votos por una colectividad política que yo ahora no quiero nombrar*».

«*Yo creo en la colonización criolla* –dijo, ordenando sus pensamientos– *creo que hay que fomentarla. Entiendo que hay diversas iniciativas nacionales que hay que amparar y que debemos ir a la más amplia de las colonizaciones agrícolas, y más, creo que en el caso de la colonia rusa el Banco Hipotecario puede afrontar la reorganización por sí sólo. Que su directorio le preste pero que sobre él recaiga la responsabilidad del fracaso, y que no vengan todos los días al Parlamento a pedir dinero para los rusos. Además, la oportunidad de estos pedidos me llama la atención. Siempre viene uno cuando hay una precosecha electoral; dos o tres meses antes de cada acto cívico se viene al Parlamento a decir que los rusos están en una situación afligente*».

Mayo Gutiérrez era el último orador. Fue breve. «*El señor diputado Monegal dice que el plan de la colonia rusa ha fracasado, pero parte del error de creer que el plan votado por esta Cámara ha podido tener realización. No es así: la insuficiencia de los recursos votados ha hecho imposible llevar a la realidad el programa de reformas*». Por otra parte, «*la Comisión de Agricultura tiene especial interés en dejar constancia de que no considera a los colonos eslavos unos agricultores extraordinarios, de una preparación excepcional, pero también*

está muy lejos de participar de las opiniones del señor diputado Monegal».

La Mesa expuso sus dudas sobre la necesidad de dos tercios o simple mayoría de votos para la aprobación del proyecto. Mayo Gutiérrez y Martínez Trueba se encargaron de aclarar que éste no era el caso que exigiera dos tercios porque «*ni en este proyecto ni en la Ley de 29 de noviembre de 1923 se disponían gastos a cargo de Rentas Generales*». Siete de los ocho artículos fueron aprobados por mayoría; el que reabrió el debate fue el cuarto, relacionado con la dirección y administración de las colonias así como el plan de reorganización.

Albo decidió cortar el problema por la raíz proponiendo que «*no pudieran ser electas las personas que han intervenido en la administración o dirección de la colonia*». Ximénez evaluó los agregados: inoportunos y contraproducentes. «*El Estado está comprometido moralmente* –expresó– *porque desde un principio se dijo que era indispensable poner coto a los desmanes de Lubkov, que convenía que el Estado interviniese porque allí nuestras leyes no eran leyes a pesar de que deben ser respetadas por todos los habitantes del país*».

La cuestión central de su argumento era: «*¿no se cometería, y yo creo que sí, un gravísimo error al permitir que en la corrección de todos esos defectos tengan intervención directa aquellos mismos que han estado y están desgraciadamente subordinados a Lubkov, en quien ven, como ellos lo dicen, no un jefe, no un representante legal, sino un dios o un fetiche o cualquier otra cosa semejante?*»

Mayo Gutiérrez pidió la palabra: «*Creo que esta Comisión tiene un carácter especialísimo y debe ejercer sobre los colonos una especie de arbitraje, de suerte que la intervención de ellos en su seno no iba más que a dilatar todos los trámites, porque allí renovarían sus litigios y cuestiones eternizando las cosas más sencillas y expeditivas. Los que, observándolos, hemos llegado a comprender algunas de las características de la sicología de los rusos, sabemos que tienen la tendencia a magnificar los detalles más nimios*».

En cuanto a la proscripción de Lubkov el miembro informante fue terminante: «*Yo podré tener de él, no importa qué opinión, pero no admito de ninguna manera que se limite un derecho que, a mi juicio, es inalienable dentro de una democracia*». Según anunció, «*todos los colonos, tirios y troyanos, lubkovistas y disidentes, creen que para zanjar las dificultades que allí se presenten respecto de la organización, debe intervenir una Comisión en la cual no tengan representación los intereses en pugna*».

Sichero dejó de agitar por un momento el azúcar de su té.

«*El temor que la Comisión reorganizadora tiene de lo que puede hacer el señor Lubkov es tanto, que puede ocurrir que éste venga a influir hasta en su propio seno; ese es un peligro que debe evitarse*», dijo. «*Por eso mismo conviene que no pueda mandar delegados, porque su influencia todavía es preponderante y metería elementos disolventes en la Comisión*», insistió Ximénez. «*En ese*

caso iría un delegado de los disidentes y estaría resuelto el problema», simplificó Sichero.

«*El señor diputado Sichero vuelve a ser ingenuo* –atacó Mayo Gutiérrez– *porque cree que la influencia del señor Lubkov puede ser fácilmente destruida. No, señor presidente, yo no me hago ilusiones. Creo que Lubkov ejerce y ejercerá por mucho tiempo influencia sobre el espíritu de los colonos, por una razón de orden religioso, porque es el jefe teocrático de la comunidad: él ha ejercido gobierno de las almas y de los intereses*».

Mayo Gutiérrez se equivocó. En el otoño de 1925 llegaron a San Javier dos funcionarios del Banco Hipotecario –Rombys y Moreira– y alquilaron una pieza en la casa de Andrés Poiarko.

Si bien la administración continuó algunos meses a cargo de Lubkov, su protagonismo comenzó a apagarse lentamente. Aun en el ocaso de su gestión, **Papá** encontró tiempo para unirse en matrimonio con Claudia, la joven y bella hija del colono Jorge Ksenev.

A fin de año Mayo Gutiérrez reapareció acompañado del gerente del banco, Raúl Bonino, informando que les serían entregados los terrenos urbanos de 30x60 metros, las chacras de 40 y 50 hectáreas a pagar en 30 años y las parcelas menores en 12 años. «*Hasta pronto, la tormenta ya llegó*», dijo al despedirse de Solotariov.

Huyendo de ella y acompañado de unas cuarenta familias, en 1926 Lubkov embarcó en el vapor «Eolo» rumbo a Montevideo, desde donde emprendió el retorno definitivo. Aquí no sólo permanecieron los disidentes; colaboradores fieles como Kastarnov, Poiarko, Gaivoronsky, descubrieron que sus raíces habían calado demasiado hondo. Claudia prefirió casarse con un oficial zarista exiliado en Montevideo; Natalia Grigorevna acababa de morir, joven, despreciada por su ex-marido, venerada por todos.

Gorkia, gorkia, exclamó uno de los invitados con el vaso erguido, atrayendo las miradas hacia la pareja ubicada en la cabecera de la mesa principal. **Gorka, gorka**, respondieron todos levantando sus vasos en la misma dirección. Los novios reían todo el tiempo; luego él le tomó el rostro con ternura y la besó. La vieja costumbre rusa de reclamar que la bebida está amarga hasta que los recién casados se besan, acababa de inaugurar una nueva fiesta de casamiento. Muchas jovencitas habían tomado especial cuidado al elegir el lugar que ocuparían en las mesas porque, como era tradicional, la diversión se prolongaba enseguida entre el resto de las parejas y no era cuestión de andar recibiendo besos indeseables.

Catalina Bichkov lucía tan radiante que era difícil no percibir la diferencia de nueve años que mantenía con su novel esposo, Miguel Roslik. Se habían conocido uno de aquellos domingos en que los jóvenes de San Javier se juntaban para divertirse alrededor de un acordeón de dos hileras. Era casi siempre así: la música comenzaba a sonar en alguna de las chacras y pronto se poblaba de muchachas y muchachos provenientes del vecindario. A veces las parejas se formaban jugando: si el joven que llegaba al extremo de la formación era del agrado de la jovencita allí ubicada, ésta renunciaba a su pareja y se unía a él.

Otra forma de unirse era el juego del banco. Ambos permanecían sentados, de espaldas, mientras el resto contaba hasta tres golpeando las palmas; «tres» era la orden para darse vuelta. Si lo hacían en la misma dirección no había pareja. Muchos de los que giraron a derecha e izquierda terminaron en casamiento.

La diversión más excitante –terminar el almuerzo en la **saloma**– estaba prohibida. Así llamaban a las pilas de paja con forma de rancho que surgían durante las trillas y servían de abrigo y alimento para los animales en el invierno. **Paidiom u salomu** constituía la invitación para un momento de amor furtivo.

Catalina y Miguel bailaron durante horas. En aquellos años un casamiento podía durar dos y hasta tres días dependiendo del entusiasmo y la cantidad de comidas y bebidas. Ninguno de estos ingredientes faltó en su boda; parientes, vecinos y amigos contribuyeron con cerdos, gansos, comidas tradicionales y sobre todo mucha alegría. En una pausa de la fiesta los novios se juraron amor eterno y se prometieron muchos hijos. Al amanecer era gracioso escuchar el canto de los primeros gallos confundiéndose con la música todavía alegre.

La granizada de 1929, las invasiones de langostas que se repitieron hasta

entrados los años cuarenta y algunos períodos de sequía, comprometieron el esfuerzo de los rusos y tornaron lento el desarrollo de San Javier. Cuando parecía que la tradición laboriosa y el espíritu de sacrificio de los mayores comenzaban a flaquear, los recién casados siempre infundían optimismo en el ánimo colectivo. Así sucedió con los Roslik, que cumpliendo su promesa tuvieron sus primeros cuatro hijos –Natalia, Miguel, Alejandra y María Elena– entre 1927 y 1932.

Durante décadas los colonos trabajaron de sol a sol para poder amortizar sus deudas con el Banco Hipotecario –más tarde con el Instituto Nacional de Colonización– y alimentar a sus familias. Las tierras se roturaban con arados de mancera o de sulky tirados por caballos; periódicamente se formaban caravanas de carritos para vender en Paysandú –a veces Fray Bentos, y raramente Mercedes– la producción de ajo, cebolla, sandía, boniato, zapallo, etc. según la época del año.

La caravana partía de noche y aguardaba el amanecer en las inmediaciones de la ciudad. La señal para entrar era el sol despuntando. Si bien existía cierta rutina nunca un itinerario fue igual o otro: a veces el primer comercio aún estaba cerrado, otras el pedido de zapallo estaba en el fondo del carrito y había que retornar luego de entregar el resto de la mercadería. Al regresar a San Javier los carros volvían llenos, esta vez con bolsas de azúcar, yerba, arroz, barras de jabón, alpargatas.

El otro medio de transporte era la lancha **Volga**, timoneada por Alejandro Kastarnov, que todas las semanas viajaba a Paysandú y Fray Bentos llevando y trayendo pasajeros y correspondencia.

Esteban Gilsov, más sereno desde que Lubkov retornara a Rusia, continuó recibiendo publicaciones y convencido de las bondades de la revolución se proclamó comunista fundando con otros jóvenes el grupo **Hacia la Vida**.

En el comienzo de la década Eugenio Gómez ya había impulsado la creación del Partido Comunista del Uruguay escindiéndose del Partido Socialista. Gilsov no demoró en conocer al albañil Francisco Hidalgo que nucleaba a los primeros comunistas de Paysandú.

La vida de Tatiana Emilianenco en la estancia de Farrapos, donde trabajaba como mucama, no era mejor que la de los peones. La alimentación siempre de segunda, los cuartos oscuros y húmedos, la iluminación a base de candil. Un día alguien le hizo entender que esa situación podía modificarse y la invitó a participar en el grupo **Hacia la vida**. Algunos criollos también fueron incorporándose, cambiándole la cara a un núcleo que había sido exclusivamente ruso. Todos admiraban especialmente a **Lizarka** –el joven Lázaro Safronov– por su dedicación y simpatía. Fue él quien propuso, a fines de 1932, organizar un acto en San Javier con Julia Arévalo. Faltaban poco más de tres meses para el golpe de Terra y el Partido Comunista estaba ilegalizado.

El 22 de enero de 1933 una patrulla policial se apostó en el Paso de las Cadenas –único acceso a la colonia– más precisamente en un boliche donde bebieron algunas cervezas para espantar el calor. La orden era simple: prender a los oradores para impedir el acto.

Transcurridas algunas horas, un peón interrumpió las copas con la peor noticia: Julia Arévalo, Francisco Hidalgo y otros comunistas de Paysandú habían cruzado el arroyo Negro en una balsa y ya estaban en la chacra de Jarchencov donde la reunión comenzaría de un momento a otro.

Cuando la policía llegó, Tatiana Emilianenco estaba denunciando las condiciones en que vivían los empleados de Farrapos. Había muchas familias con niños. De pronto sonó un disparo y luego varios más; el pretexto de la balacera fue un tiro que hirió a un caballo. Allí murió Julia Scorina, que tenía tres hijos pequeños, y otra mujer fue herida en la columna. Irónicamente quien comandaba la patrulla era un hijo de don Alberto Espalter, aquel que veinte años atrás había sido tan hospitalario.

En la refriega contra policías y caballos, Julia Arévalo –joven y linda morocha– fue volteada de un sablazo. Antes de ser presa había tenido tiempo de indicarle a Francisco Hidalgo que huyera hacia Paysandú para denunciar el atropello. Nunca nadie supo cómo pero el albañil lo consiguió.

En la tumba de la joven madre muerta sus amigos escribieron: **« Aquí yace Julia Scorina, caída bajo las balas de la reacción feudal el 22 de enero de 1933»**.

En marzo de 1936 **Lizarka** fundó el Centro Cultural «Juventud Unida»; estaban entre otros los hermanos Sabelin y un policía que propuso el nombre. Curiosamente a las pocas semanas un grupo que se consideraba «superior» socialmente, constituyó el Centro Cultural y Deportivo.

El ministro del Interior Bado, sugirió entonces al capitán de la **Volga**, Alejandro Kastarnov, y otros dirigentes colorados de San Javier, que «se metieran en la organización para disputar la dirección». **Lizarka**, que no descansaba, ya estaba trabajando en la creación de otra entidad juvenil, esta vez en el campo.

Cierta noche cuando volvía de una chacra la policía lo esperó antes de llegar a su casa –donde funcionaba la zapatería de sus padres– y le dio la tal paliza. Lo tuvieron preso un tiempo en Fray Bentos y lo amenazaron que si no abandonaba la militancia política lo expulsarían del país como prescribía la legislación de extranjeros. **Lizarka** obedeció.

Entre el 38 y el 39 Morenko inauguró la primera línea de ómnibus tornando más fáciles las comunicaciones sobre todo con Montevideo; algunas familias rusas frustradas en su economía abandonaron San Javier; otras, criollas, tomaron su lugar.

Siempre les causó mucha gracia escuchar a sus vecinos gritar «Viva Ballo!» en épocas de campaña electoral. Salvo la familia Krivagusov que en un acto de rebeldía bautizó a uno de sus hijos Julio Herrera, los blancos de San Javier eran todos criollos.

Luego sobrevino la distensión del gobierno de Baldomir y en seguida las repercusiones de la II Guerra Mundial. Hasta los rusos «blancos» que en el comienzo del siglo habían peleado contra el Ejército Rojo quisieron formar parte del Comité de Ayuda a la URSS. La Unión Soviética formaba parte de los Aliados cuya alimentación, en buena medida, dependía de la producción de los frigoríficos uruguayos.

Por el cuarenta y pico la conducción del «Juventud Unida» ya estaba en manos del Centro Cultural y Deportivo y no se podía entrar a los bailes sin corbata. Una noche **Cachilón** Correa se topó con la nueva disposición, pero como no estaba dispuesto a renunciar a la velada fue y volvió con una media de mujer cuidadosamente anudada en el cuello. Su ocurrencia, sin embargo, no sirvió para siempre. Usar el mismo traje durante muchos bailes tampoco era bien visto, especialmente por las jóvenes rusas, lo que agravaba la situación.

Los jóvenes más humildes, sintiéndose discriminados, no tardaron en constituir dentro del Comité de Ayuda a la URSS el Centro Juvenil Eslavo. La fusión de ambos, al término de la guerra, dio lugar al Centro Cultural «Máximo Gorki».

Una fanega de lino había aumentado de $18 a $42. El auge de la economía, creciendo como en todo el país al ritmo de la guerra, aumentó la oferta de trabajo

en las chacras. Se precisaban brazos en los galpones, las barracas, los embarques, la deschalada, el corte del girasol, las trillas. En este escenario surgieron el sindicato de Oficios Varios nucleando más de ochenta asalariados, y más tarde el sindicato Agrario encabezado por el legendario Basilio Jacina. Con el primero se iniciaron también las celebraciones del 1º de Mayo.

A los once años la menor de los Roslik, María, todavía no encontraba relación entre la enorme barriga de su madre –casi apoyada en la mesa donde cortaba una tela– y el anuncio de que en mayo la cigüeña traería un hermanito. Su padre sufría de los intestinos; cuando el doctor Sergio –un médico naturista– consiguió curarlo con unos yuyos, ya había pasado en la cama buena parte del otoño del 41. Sin descuidar las tareas que realizaba habitualmente y apoyada por sus cuatro hijos, Catalina Bichkov no tuvo otra alternativa que encarar también la cosecha de girasol.

En aquella época se recogía varios días después de cortado, se acondicionaba en bolsas y se transportaba en un carro hasta el galpón donde era trillado a mano. Los golpes se sucedían hasta las once de la noche a la luz de un farol; los que iban a la escuela de mañana eran los primeros en entornar los ojos.

El día en la chacra comenzaba a las seis; salvo este período de quebranto en la salud de Miguel Roslik, los padres tomaban mate, los niños café, y ya partían los mayores para la escuela, los más chicos para el ordeñe. Cuando eran más pequeños, a falta de cerco, la única solución para que no asustaran a las vacas era amarrar a uno en la pata de la mesa y colocar a otro en el corralito. Hasta las diez Catalina se dedicaba a alimentar las gallinas –llegaron a tener 400–, los gansos –alrededor de 100–, los pavos, los chanchos. Ello significaba entre otras tareas cortar caña dulce para unos y follaje de boniatos para otros.

Después había que recoger legumbres en la quinta, lavar verduras, pelar papas, muchas veces carnear un pato o una gallina para el almuerzo. En épocas normales Miguel preparaba los caballos y salía temprano a arar. En el invierno sobraba trabajo: se plantaba boniato –dos hectáreas en un bajo– papa, cebolla; se sembraba trigo, lino, cebada.

En el comienzo del verano los hijos de Roslik iban tras la segadora amontonando las parvas. Y entre ellas en el otoño se sembraba maíz o girasol, ya para la segunda cosecha.

En la madrugada del 14 de mayo Catalina Bichkov sintió las primeras señales de parto; serían como las tres cuando su marido salió en el carro a buscar a doña María Arrazcaeta. Había llovido tanto esos días que al atravesar el «paso» el agua les dio en los pies. Si era varón habían decidido que se llamaría Vladimir. Casi estaba amaneciendo.

Sus hermanos ayudaron a cuidarlo, especialmente Natalia, la mayor, que ese año terminó la escuela. Viendo cómo lo fajaba una amiga solía reprocharle que lo envolvía «como un chorizo».

Durante muchos años los Roslik compartieron su hogar con la mamá de Catalina y su segundo esposo, Nicolás Bichkov, que tenía unas cejas enormes y pinchaba con la barba cuando besaba. «Abuelo, tenés abrojos», reclamaban sus nietos postizos. De él Catalina no sólo recibió el apellido sino también tres hermanos de crianza y mucho cariño. Su verdadero padre se había quedado en la Unión Soviética.

Katiucha, la abuela, tenía una mano especial para la cocina. Su repostería nunca conoció una falla en la harina y su **borsht** era inigualable. Catalina preparaba toda clase de dulces y gustaba de convidar. Era incansable. Cuando había un poquito de tiempo ponía los niños a dormir y se sentaba frente a la máquina de coser en el corredor. Cosía y cantaba. ¡Cómo le gustaba cantar!

O al revés. Muchas veces cuando los padres se recostaban después del almuerzo, las niñas se sentaban bajo un árbol a bordar a mano o hacer crochet. Así se preparaban para confeccionar más tarde la **pridana**.

De las diversas etapas para producir orejones de duraznos y ciruelas, Alejandra detestaba la última que por otra parte se repetía durante varios días: subir al techo para secarlos al sol y luego bajarlos de tardecita. Eran siempre alrededor de diez bolsas y ella tenía terror a la altura.

Los rusos siempre celebraron el 1º de mayo, la fiesta religiosa del 31 de mayo y la llegada de la primavera. Eran días de recompensa. Se juntaban por lo menos veinte familias y cada una traía tortas, pavos, gansos y casilleros de bebidas. Después de comer se dirigían a un potrero y todos, adultos y niños, cantaban y bailaban durante horas.

Cierta vez doña Secundina Buenaventura, la directora de la escuela, fue a la chacra de los Roslik a comprar huevos y observando a Vladimir en el corralito sentenció: «Este va a ser doctor».

Katiucha: diminutivo de Catalina.
borsht: sopa de verduras (en Moscú: de remolacha y repollo).
pridana: apronte nupcial.

El 16 de mayo de 1945 Juan José de Amézaga envió un mensaje de felicitaciones a Mijail Kalinin, presidente del Parlamento soviético: «En el día de la Victoria para cuyo logro el Pueblo Ruso hizo tan grande derroche de valentía soportando padecimientos intensos reciba Vuestra Excelencia la emocionada congratulación del Pueblo y Gobierno uruguayo que saludan el triunfo con plena comprensión de los sacrificios que han sido precisos para alcanzarlo».

1946 fue año electoral. Una mañana aparecieron varias paredes inscriptas con tizas de colores. En la policlínica, que estaba sin médico desde el alejamiento del doctor Luis Alberto Argoro, reclamaron: «Médico permanente para San Javier»; en la agencia de ómnibus: «Arreglo de caminos», en un comercio habían dibujado una hoz y un martillo, en azul, y en la oficina del Banco Hipotecario: «4000 hectáreas de Farrapos para San Javier». Esta última ya formaba parte de las reivindicaciones de don Arturo Arechavaleta en la época que fundó la Comisión de Fomento Rural.

El encargado de la agencia de ómnibus no hizo denuncia, retiró la inscripción con agua y un escobillón. El administrador del Banco Hipotecario, entretanto, mandó picar la pared lo que tipificaría a los autores, además de «invasión de propiedad», daños y perjuicios.

Ocho jóvenes comunistas que admitieron su participación permanecieron seis días presos en la comisaría local y dos en Fray Bentos. Allí los defendió el procurador Francisco Martínez Bracco, blanco y redactor del periódico «La Campaña». El incidente no afectó el desempeño electoral del PCU que al influjo del triunfo de la guerra votó segundo abajo del partido Colorado.

Entre 1947 y 1948, tras la muerte de Carlos Piñeyrúa –administrador de la Sucesión Carasale– Farrapos ingresó en un período de desorden y deterioro. Piñeyrua había resultado un entusiasta defensor de los intereses de sus patrones: refinó el ganado, promovió la jabonería, la colmenería, chacras, plantó grandes montes de eucaliptus, instaló buenos molinos, cuidaba los algarrobos como propios. Durante los meses posteriores a su deceso muchos de estos bienes desaparecieron, inclusive el monte de algarrobos. En su tala participaron hasta peones venidos de Brasil.

En 1949 la administración de San Javier pasó a manos del Instituto Nacional de Colonización. El 1º de mayo de 1950, no obstante haber perdido el entusiasmo de los no-comunistas como consecuencia de la «guerra fría», el Sindicato

Agrario con Basilio Jacina a la cabeza manifestó frente al casco de Farrapos reclamando su expropiación. Por esta época también se estableció en las proximidades de San Javier la colonia Gartental, constituida por refugiados alemanes asistidos por el Comité Central Menonita.

El «Día de los Trabajadores» de 1951 Jacina resolvió reeditar la movilización y solicitó en la Comisaría la autorización correspondiente. El propio comisario iba adelante para garantizar el orden. Al llegar se encontrarían con la «bienvenida» preparada por el nuevo administrador de Farrapos: un cráneo de carnero colgado en el portón con la inscripción «Este los escuchará».

La mayoría de los manifestantes no se enteró. Cuando la marcha, integrada también por mujeres y niños, estuvo a un kilómetro de la entrada de la estancia, los carritos rusos se arremolinaron. Cuando la policía llegó para ver qué pasaba ya habían cortado el alambrado e ingresado con tortas y ganso cocido suficiente como para sobrellevar la ocupación. Fue necesario un destacamento del batallón de Fray Bentos para retirarlos.

Mucho más frustrante fue, en el 53, la concreción del largo reclamo. Farrapos se repartió por el «3 y 2»: tres chacras para colorados, dos para blancos, en su mayoría ajenos a la región. Algunos rusos se hicieron blancos, otros abandonaron San Javier, muchos retornaron a su patria.

Este también fue el año de la muerte de Stalin. Cuando finalizó el homenaje que le tributaron en una vieja herrería, todos, inclusive mujeres y niños, fueron conducidos hasta la comisaría por una delegación policial que aguardaba a la salida. Tres fueron a parar a Fray Bentos; según se les explicó más tarde temían una «conspiración».

El que no salía de su asombro por el volumen de mercadería que vendía en la Cooperativa Agrícola era Miguel Gimeno, el corredor de «Pedro Compte». Si bien en otras regiones el producto más preciado eran las galletitas «María», en San Javier llamaba la atención el alto consumo de caramelos, por estos años envasados sin envoltorio en latas de cinco kilos. Una tarde, luego que un cliente se retirara con una barrica de quince kilos en su carrito, Gimeno no aguantó la curiosidad: «¿Este hombre tiene comercio?» El encargado develó la incógnita. Los rusos habían incorporado el hábito del mate, pero lo tomaban con un caramelo en la boca según el gusto preferido por cada miembro de la familia.

En 1958 las rutas nuevas habían relegado los puertos afectando las economías locales. Los portuarios de San Javier se unieron a los de Salto, Paysandú, Nuevo Berlín y Fray Bentos en la llamada Marcha del Hambre que sólo consiguió llegar hasta la isla en Mercedes. Allí fue disuelta con la promesa de un seguro de paro que demoró meses para concretarse. Otro hecho importante de este año fue la inauguración del liceo popular. Un grupo de madres entre las que se encontraban las señoras de Bugaiov y de Roslik, trabajaron incansablemente para conseguirlo.

Cuando el doctor Ricardo Voelker se hizo cargo de la policlínica ya habían transcurrido siete años sin médico permanente. En Salud Pública le habían dicho que si quería durar más de una semana en San Javier no debía hablar jamás de política ni de religión. Y así lo hizo, hasta 1971.

Recién graduado, todavía soltero, Voelker no demoró en exponer una pasión que dividía con la medicina: el tango. Su padre había sido cantor y él mismo lo había hecho en canal 4 y en el 12 de Fray Bentos. En Paysandú había participado en un ciclo llamado «Dos por cuatro en el tres». Amarrado durante años a la rutina estudiantil de levantarse a las cinco menos cuarto y acostarse a las nueve menos cuarto, el nuevo médico resolvió hacer de la noche día. Ni siquiera su designación como director fundador del liceo popular consiguió alterar las tertulias noche adentro que se producían casi todos los días.

Entre los visitantes más frecuentes, en su mayoría alumnos liceales, se encontraban Vladimir Roslik, dos primos de éste, Baby Ksenev, Nepomuceno Terra y un muchacho, Golovchenko. Fue un largo período de fascinación: el joven médico–director no sólo tenía simpatía y un grabador de cinta para divertirse en el medio de la noche; también representaba la esperanza de un futuro diferente para estos hijos de chacareros. Desde que terminara la primaria Vladimir había estado ayudando a sus padres y a su hermana Natalia en la cosecha de boniatos. Por estos años había comprado una bicicleta.

En este tiempo cantar era más bien gritar; Vladimir tenía predilección por «Tristeza Marina» –**tu quieres más el mar...mar, mar mío**– que conoció a través de las interpretaciones de Robertito Rufino y Libertad Lamarque. Una noche que estaban cantando en el banco de afuera su padre vino a buscarlo con un garrote. «Qué van a cantar ustedes, para cantar hay que tener una voz que se oiga a varios kilómetros de distancia!», desafió Miguel Roslik.

Cientos de noches transcurrieron en ese mismo banco. Cierta vez, luego que finalizó la reunión de la Comisión de Policlínica, alguien les arrojó unas piedras desde la oscuridad. Entre sorprendidos y vigilantes vieron luego un hombre que se alejaba desde la mitad de la cuadra y Vladimir y Baby Ksenev resolvieron salir en bicicleta, alternadamente, a su captura. Cuando Baby retornó de una de sus infructíferas vueltas un grupo de policías emponchados se abalanzó sobre él, que en medio de un gran susto sólo atinó a señalar a sus compañeros para indicar que

no estaba solo. «Ah! era usted, doctor, ¿qué pasa, quieren asaltar la policlínica?», interrogó el comisario.

Mientras el jerarca hacía revisar el local y providenciaba una guardia policial, Vladimir y sus amigos se percataron que a quien habían perseguido aquella noche, tras culminar una habitual cita amorosa, era el propio comisario.

Nunca se supo exactamente quién tiró las piedras, pero se desconfiaba de un funcionario de enfermería que tenía cierta rivalidad con el resto del personal. Recién al día siguiente cuando se retiró la guardia, Voelker pudo encontrar –entre el pasto– la sevillana que le regaló su padre y había arrojado cuando llegó la policía. «Me van a encontrar con esto y quién sabe qué lío se arma», pensó.

Vladimir –o **Valodia,** como lo llamaban cariñosamente los rusos viejos– tenía una personalidad tímida pero un trato agradable. En una oportunidad se enamoró de una profesora del liceo y solicitó el consejo de Voelker acerca de cómo debía actuar. «Usted lo que tiene que hacer es hablarle, esperarla por la calle y hacerle cualquier pregunta», le recomendó.

El médico no tuteaba a nadie.

Esa tarde Vladimir llegó golpeándose las piernas y los puños como era su costumbre cuando estaba nervioso: «Me fue como el diablo», dijo. Estaba a punto de alcanzar a su profesora cuando ésta, sorpresivamente, entró en una casa. «No hay ningún problema –lo alentó– usted sabe a qué hora sale de tal lugar y la espera». Se desencontraron.

Voelker ensayó una solución. En otras ocasiones su estrategia de recetar un medicamento inocuo había conseguido el efecto sicológico deseado; como aquella vez que los muchachos fueron a rendir examen al liceo de Nuevo Berlín y aun los más asustados resultaron airosos tras tomar una pastilla cualquiera. A Vladimir le dio un pedacito de **Largactil,** un tranquilizante, sin sospechar que los nervios le impedirían tragarlo y lo enfrentarían a la joven profesora con aquel gusto anestésico desesperante. A pesar de la adversidad Vladimir se «arregló» con la moza, sólo que cuando se fue a despedir –con el primer beso– no sabía adonde tenía la boca.

Una noche que no se cortó la electricidad –cosa frecuente por estos años– Voelker les hizo conocer el «tango de los dioses»: Malevaje. «¿Saben por qué se llama así?, porque lo compusieron Juan de **Dios** Filiberto y Enrique **Santos** Discépolo»,dijo, respondiendo a su propia pregunta. A veces cantaban «Nieve» de Magaldi: **«No cantes hermano no cantes que Moscú está cubierta de nieve...»**

«¿De qué partido político es usted?», lo desafiaron en cierta oportunidad.

Valodia: Pronunciación de **Volodia**, diminutivo de Vladimir.

Voelker era de familia colorada, su padre había peleado en 1904 y Eduardo Paz Aguirre era primo hermano suyo. Desde entonces, algunos de los muchachos, incluido **Valodia**, comenzaron a llevarle publicaciones del mundo socialista.

En 1961, interviniendo junto a un grupo de jóvenes en un curso de enfermería de Defensa Civil, Vladimir recibió las primeras señales de su vocación. El régimen era prácticamente de 24 horas. Cuando el coordinador de Fray Bentos consultó al doctor Voelker acerca de su disposición para dictar cursos éste se mostró interesado pero, observando el programa, le advirtió que no podría explicar cómo se tiende una cama porque no sabía hacerlo. La solución fue organizar un equipo docente con la nurse Lubov Tevenco, la partera doña María Arrazcaeta, el enfermero Marcos Martínez y el dentista Bernardo Beder, que también cantaba óperas. Para perfeccionar su propio canto, Voelker le estudiaba las posiciones de la boca.

Los participantes tuvieron ocasión de convivir con el ámbito hospitalario, un día cuidando un enfermo internado con una traqueotomía, otro asistiendo un recién nacido con asfixia que había que mantener con respiración artificial y masaje cardíaco. En este caso el tratamiento demoró unos veinte días.

En las vacaciones de julio Voelker convidó a Vladimir para conocer Montevideo. Fueron a ver Peñarol–Defensor y Vladimir quedó maravillado viendo cómo saltaba Alberto Spencer. Por los gestos la señora que estaba al lado era hincha de la «farola» y el marido «manya». Lo curioso es que cada vez que avanzaba Defensor la señora se movía para el lado del esposo y le tocaba el pie a Vladimir, que entre ingenuo y educado repetía: «Discúlpeme señora, perdóneme señora».

Visitaron librerías, disquerías, monumentos –otra pasión del médico– y parques, sobre todo el parque Batlle que quedaba próximo a su casa. Una noche fueron al Palacio Peñarol donde Carlitos Roldán –que se moría por efecto de la bebida– recibía un homenaje. Roldán había alcanzado un éxito singular cantando en la orquesta de Francisco Canaro.

Al retornar a casa, ya de madrugada, Voelker percibió que no había llevado las llaves. Hacía un frío enorme y de nada valió la insistencia con el timbre porque su padre, entonces con más de ochenta años, no lo escuchaba. Si nos quedamos acá, pensaron, nos morimos, y resolvieron dar vueltas a la manzana tocando el timbre cada vez que pasaban frente a la puerta. Cuando llevaban treinta o cuarenta vueltas el viejo Voelker apareció en el zaguán con el tarro de la basura: «¿Qué están haciendo ustedes acá afuera?», preguntó extrañado.

El año siguiente, estimulado por su familia y algunos amigos, Vladimir resolvió irse a Montevideo donde trabajaría y cursaría Preparatorios de medicina. Voelker le consiguió los libros con Santos Puig, un señor que le debía la vida al personaje de San Javier, Basilio Buracov. Vivió más de dos meses en una pieza que le cedió Susana, la hija mayor de Basilio Jacina, y luego se mudó a la casa

de Topusov, un búlgaro fabricante de calzados que era amigo de su familia.

Una tarde en el comienzo del invierno, Voelker, que estaba cursando su especialidad en Medicina Interna, fue sorprendido por una visita de Vladimir para solicitarle un certificado de salud. Cuando le preguntó adónde pretendía presentarlo –para saber cómo redactarlo– éste le pidió disculpas y le dijo que por el momento no podía informárselo. Su hermano Miguel, que ya había viajado a la URSS a través de sus vinculaciones con el sector cultural de la embajada, estaba gestionándole una beca en el Instituto Cultural Uruguayo-Soviético (ICUS) para estudiar en Moscú.

El gobierno soviético apoyaba la lucha independentista y de unificación de Patricio Lumumba en el ex-Congo Belga.

Cuando lo asesinaron en 1961, resolvió homenajearlo dando su nombre a la universidad para jóvenes del Tercer Mundo que estaba inaugurando. Algunas obras de infraestructura todavía no estaban prontas pero un anuncio público de Kruschef en la India había precipitado su entrada en funcionamiento.

En nuestro país las becas eran administradas por el Instituto Cultural Uruguayo-Soviético (ICUS) que oficiaba de puente entre la Universidad y los postulantes, en su mayoría estudiantes del idioma ruso o descendientes de alguno de los pueblos integrantes de la URSS. Muchos pertenecían a la Unión de Jóvenes Comunistas.

Fue en el ICUS que Angela Ragut, Vladimir Lebdushka, Antonio Hovajimian y Vladimir Roslik, se vieron dos o tres veces antes de abordar –el 25 de agosto de 1962– un vuelo de la Air France a París desde donde Aeroflot los conduciría a Moscú. Angela, hija de yugoeslavos, había elegido agronomía, y Antonio, de familia armenia, ingeniería. Los dos Vladimir –Lebdushka también había optado por ingeniería– se turnaban en el tercer asiento. Todos rondaban los veinte años.

Era como si la vida se precipitara. Hacía sólo algunos días habían preparado sus valijas con toda la ropa de invierno, una foto de la familia, y en cuestión de horas llegarían a París, única escala del viaje. En 24 horas más estarían en Moscú, con los recuerdos de la despedida aún frescos, y las emociones de los besos y los abrazos todavía húmedas.

En París la compañía los llevó a pasear por el Sena y a conocer la torre Eiffel; la excitación no conseguía disimular una cierta preocupación vinculada con lo desconocido. Tenían claro que esas becas representaban la oportunidad de sus vidas, pero no saber cómo serían todos aquellos años les producía una leve presión encima del diafragma. Ese día prometieron ayudarse mutuamente: cuando uno cayera los otros lo levantarían. El lunes 27 llegaron al aeropuerto de Sheremetyevo, 32 kilómetros al noroeste de Moscú. El verano boreal estaba languideciendo.

Los estudiantes aun no habían retornado de las vacaciones, y las residencias –varios bloques de cuatro pisos– estaban prácticamente vacías; los enviaron al

edificio de la calle Pavlovskaya. Angela tenía la idea de que encontraría las camas tendidas, como en los hoteles, pero las sábanas y frazadas se entregaban luego de la inscripción. **Valodia** iba siempre adelante, animoso, porque era el que hablaba mejor el ruso.

A los tres hombres les asignaron la habitación 376; Angela, que más adelante compartiría la suya con una paraguaya y una nicaragüense, sólo se separaba de sus compatriotas a la hora de dormir.

Los tres primeros días fueron de exámenes médicos. En términos de pudor la peor parte le tocó a Roslik quien –baqueano con el idioma– precisó oficiar de traductor en algunas consultas, inclusive de mujeres. Es difícil imaginarlo de espaldas, traduciendo las respuestas de un cuestionario en el que la estudiante, desnuda, debía informar cuándo había mantenido su primera relación. Se moría de vergüenza.

Aun con su timidez jaqueada, **Valodia** fue el que se adaptó más fácilmente a la nueva realidad. Un día que se juntaron en una habitación vacía a comer fruta seca –para algunos la alimentación obligada de los primeros tiempos– alguien abrió la puerta: era el rector. Si no hubiese mediado la intervención de Roslik que lo saludó y pudo decirle alguna cosa, estarían petrificados hasta hoy.

Entre los uruguayos –Carlos Silva, Cabot, Marisa Viniarsk, Juan Tolosa, Elder Cabrera– que habían llegado antes a la «Patrice Lumumba», el que tuvo la iniciativa de acompañarlos en el primer paseo fue Cabrera.

Bordeando el río Moskva desde las proximidades de la estación Kievsky, la primera visión sorprendente fue la del convento Novodevichy recortándose en el cielo como un palacio de cuento de hadas. Su campanario del siglo XVII se eleva sobre las cinco cúpulas de la catedral que data del XVI, todo rodeado de murallas. A la derecha la Universidad Estatal con su rascacielos monolítico y su trampolín de esquí, y enseguida el parque Gorki. **Valodia** se esforzaba por leer los caracteres cirílicos de los carteles; Lebdushka tomaba fotos.

El recorrido les permitió conocer también el puente de Crimea, la piscina de Moscú y el llamado «Gran Puente de Piedra», aunque su estructura actual sea de hierro y de acero.

Luego apareció el Kremlin. Desde esta perspectiva el ladrillo de su imponente muralla se veía más rojo y podía apreciarse el campanario sobresaliendo entre las cúpulas y hasta el Palacio de Congresos inaugurado el año anterior.

Un poco más adelante avistaron el hotel Rossia –con sus dos salas de cine, una de conciertos, varios restaurantes, tiendas y 6 mil camas, según les informó Cabrera–, y pasando el próximo puente, la confluencia del Moskva con el Yauza canalizada con muelles de granito. Más de dos horas después de la partida los uruguayos culminaron su paseo en la estación Taganskaya del Metro.

Durante el primer semestre los estudiantes encaraban una especie de introducción o preparatorio y un curso de seis horas diarias de ruso: fonética, gramática, laboratorio. En realidad este último abarcaba dos años pero quienes no se interesaban por la literatura abandonaban a los seis meses, con el conocimiento justo para enfrentar la carrera. Antonio había descubierto que la única manera de retener ciertas palabras era repetirlas hasta el cansancio, y para no perturbar a **Valodia** las recitaba caminando por los corredores.

Toda esta actividad no les dejaba mucho tiempo libre, pero siempre que podían se encontraban en alguna de las habitaciones para tomar té y conversar. Escuchar a alguien hablando en español los primeros meses sonaba a gloria; los uruguayos habían hecho buena liga con las compañeras de cuarto de Angela –Katia era muy especial– y los paraguayos en general. Algunos sábados o domingos salían a pasear o a hacer compras. Si el tiempo era escaso un breve trayecto de metro ya justificaba la salida; en Moscú las estaciones exhiben esculturas alegóricas, mosaicos y pinturas que constituyen de por sí atracciones turísticas. El entorno de la plaza Arbat, en la salida de la estación Arbatskaya, ofrece casas intactas de los siglos XVIII y XIX.

Valodia jamás inició una farra, pero una tarde que salió de compras con Angela, Lebdushka y un compañero paraguayo, se rio con ganas. Les encantaba visitar supermercados por la forma en que presentaban las frutas y legumbres. La contrariedad surgió cuando el paraguayo –ignorante del idioma y muy alegre– resolvió comprar huevos prescindiendo del dudoso auxilio de sus acompañantes.

De nada valieron su diccionario de bolsillo y las sucesivas consultas a las empleadas. Como el comercio estaba lleno, muy pronto su condición de extranjeros se tornó evidente: en cuestión de minutos una docena de clientes y funcionarios deseosos de ayudar los había rodeado. Fue entonces que aquel se agachó en medio de todos, dobló los brazos y batiéndolos contra el cuerpo cacareó como la mejor gallina de su tierra.

Promediando el primer otoño, algo más poderoso que el estómago, quizás el alma, empezó a reclamarles un asado. Muchas veces las nostalgias familiares se mezclaban con los recuerdos gastronómicos y el asado –aun tratándose de un alimento exótico en Rusia donde la carne es trozada con hacha– se tornaba un deseo recurrente.

Vencida esta dificultad, relevante por cierto, una mañana los uruguayos se unieron a los paraguayos y abordaron un tren con la idea de bajarse en la primera estación que les ofreciera un paisaje apropiado para el acontecimiento. Este no demoró en aparecer.

Como estaba acordado, descendieron en la parada siguiente y cruzaron el alambrado internándose en el bosque. El día estaba radiante y había un lago donde se refrescaron los pies; Katia seguía a **Valodia** a todas partes. Cuando el

fuego estuvo alto desenfundaron una guitarra y comenzaron a cantar temas del folklore latinoamericano; los paraguayos lo hacían mejor y conocían más letras que los nuestros.

Estaban felices, sacando fotos, cantando, arrimando brasas al asado, cuando de pronto se vieron rodeados –en medio de un gran estrépito– por cuatro o cinco motos policiales. En pocos minutos la confusión fue total: apagaron el fuego, requisaron el filme fotográfico y les exigieron los documentos que ninguno llevaba. El susto fue tan grande que los escasos conocimientos del idioma se desvanecieron.

La guardia de esa zona prohibida –cuyo enorme letrero los acampantes no habían visto– los condujo hasta una camioneta donde su explicación de que eran estudiantes de paseo no convenció. Querían llevarlos presos, pero aprovechando un momento en que la gritería cedió, alguien sugirió que llamaran al decano para confirmar su identidad. Fue así que recobraron la libertad.

Katia y **Valodia** no demoraron en formalizar un noviazgo que presentaba una seria incompatibilidad: mientras éste priorizaba su carrera recién iniciada, la apuesta de la paraguaya era casarse. Quería casarse de cualquier manera.

Un día que almorzó con Antonio quizo saber si había otra mujer en la vida de su amigo, pero no creyó ninguna de las breves historias de amor adolescente que aquel le contó. «Bueno, este es mi último paseo por acá», dijo al despedirse. «¿Cómo, no venís más?, interrogó Antonio siguiéndole la corriente.

Esa noche Katia se cortó las venas en la puerta de su habitación, y Antonio –que a los diecisiete años jamás había cargado una persona– fue quien la llevó hasta el hospital. Mientras bajaba los tres pisos con el cuerpo inerte, chorreando sangre, tuvo la certeza de que estaba muerta. Y había otro drama: ¿le dirían a Vladimir o lo dejarían dormir hasta el día siguiente? Pobre **Valodia**, era tan bueno, lo querían tanto, que justo a él le pasara eso.

Afortunadamente la paraguaya se recuperó y poco tiempo después cumplió su objetivo: se casó con un argentino. Entretanto el invierno había llegado. La primera nevada les produjo una cierta angustia, sobre todo a Angela que en más de una oportunidad llegó hasta la puerta del decanato dispuesta a desistir. **Valodia** siempre le decía: «No hagas eso, tenés que aguantar, el tiempo pasa rápido». Y era verdad.

Recibieron el 63 bajo nieve. A fines de diciembre Angela y algunos amigos cortaron un pequeño pino que decoraron artesanalmente e instalaron en la planta baja, donde funcionaba la sala de estudios y a veces se realizaba alguna conferencia. Aquel 31 de diciembre brindaron con **shampánskoye** –un vino blanco espumoso– en dos horarios: a la medianoche y a las siete de la mañana, que era la hora del año nuevo en Uruguay.

«Soy tu mamá y en este momento me encuentro aquí en el médico donde haremos una grabación para ti». La fuerza de las palabras rusas no permitía distinguir los matices de la emoción que sólo descubriría su hijo. «Te felicito con motivo del día de tu cumpleaños; todos te deseamos una feliz vida, salud y buenaventura, y suerte en tus estudios. Hoy hicimos una fiesta en la Colonia despidiendo a nuestra hija **Yhura**; se reunieron los parientes, te recordamos. Hoy es 12 de abril y esta noche salimos para Montevideo; el 19 ella parte así que esperemos que se vean allí en la Unión Soviética y hablarán sobre nuestra vida. Es todo por ahora; te deseamos una feliz vida en tu patria. Hasta la vista **Valodia**». A fin de mes la cinta llegó a Moscú.

«Buenas noches Vladimir. ¿Recuerdas cuántas veces grabamos esta pieza?, escuchala bien. Espero que pronto mandes una con tu voz: **Lucecitas de mi pueblo, que contemplo desde el tren... lucecitas de mi pueblo, algún día he de volver... callecitas de mi pueblo...**» La voz del doctor Voelker conducía la secuencia de los saludos y siempre que podía intercalaba el estribillo o los principales versos de algún tango.

«Salud, mi querido hermano Vladimir; soy tu hermana María Elena. Te felicito antes que nada por los seis meses que has pasado, parece que con buenas notas como nos decís. Hermano, me vas a perdonar por este temblor de voz, pero... Te deseo para tus 22 años –que vas a cumplir el mes que viene– muchas felicidades. Tuvimos un percance con Basilio, como ya te vas a enterar, pero gracias a Dios está aquí al lado de nosotros. El doctor Voelker ha hecho mucho y parece que va todo bien. Dentro de pocos días nuestra hermana va para allá, creo que te vas a ver con ella y te lo contará todo mejor. Te deseo mucho éxito en el estudio, lo que más te deseo de todo corazón».

Sólo de vez en cuando **Valodia** desviaba la mirada fija en la cinta para observar por la ventana. «Deseo que te vaya de la mejor manera posible, que todo te marche bien, que estudies y que muy pronto puedas estar de vuelta», auguraba Voelker. «Por supuesto que no vas a venir solo, que volverás acompañado, aunque Raquelita algunas veces ha preguntado por ti. Me gustaría mucho tener noticias tuyas. Si no te he escrito es porque no he tenido tiempo o he dejado de un momento para otro, pero muchas veces he deseado hacerlo. Desearía que volvieras. Y si lo hicieras, no sé si yo estaría acá o no, pero se podría poner en juego un sueño que he tenido: juntando los conocimientos que tú has adquirido en Rusia con los que yo he adquirido en Uruguay podríamos poner un sanatorio en beneficio de los dos y de los enfermos».

Y volvía la música: **«He querido rendirle a los barrios, un sincero homenaje de amor... y no encuentro motivo más lindo que brindárselo en una canción... cien barrios porteños... cien barrios de amor. Cien barrios metidos en mi corazón.** ¿Te acuerdas cuando oímos al propio Castillo cantando esta pieza?, ¿cuando le hicimos el homenaje a Carlitos Roldán y nos quedamos

afuera toda la noche porque no nos abrían?»

«Hola Vladimir, te habla Carmen. A pesar del tiempo transcurrido desde que te fuiste, los amigos que dejaste en el Uruguay siempre te recordamos. Tenemos la pretensión de que junto con esta cinta llegue hasta ti un reflujo de todo lo que sentimos nosotros; que te acuerdes de los momentos que compartimos en aquel comedor de policlínica, charlando, discutiendo, escuchando discos, cantando –ustedes dos con el doctor– ¿te acuerdas Vladimir, qué bellos momentos?»

La grabación concluía con todos cantando. «Vamos a ver si podemos grabar algo, no sé si saldrá –anunciaba Voelker–: **Si yo tuviera el corazón, el corazón que di... si yo pudiera como ayer, querer sin presentir...»**

Este fue un año de emociones fuertes. En julio los rusos de San Javier celebraron el cincuentenario de su fundación con inauguraciones y mucha fiesta. Solotariov pretendía hacer pública su visión sobre los primeros años, incluida su antipatía por la figura –venerada por muchos– de Basilio Lubkov, pero los organizadores de los festejos estimaron que no era el mejor momento.

En Moscú, entretanto, la noticia de que el Club Atlético Cerro disputaría un amistoso con la selección soviética avivó el fervor patriótico de nuestros becarios. Estas ocasionales visitas eran siempre aguardadas con alegría porque significaban también la llegada de cartas, yerba, regalos y la posibilidad de charlar, en los hoteles donde se hospedaban, sobre las novedades de nuestro país.

Lebdushka y **Valodia** compraron una tela de grandes dimensiones con la que Angela confeccionó una bandera uruguaya; la embajada les regaló las entradas. El día del partido eran cuatro con una bandera enorme que se agitaba cada vez que Cerro salía a la ofensiva. «Los uruguayos hacen teatro», comentaban los rusos mientras reían y también aplaudían. Y al culminar el juego, perdidoso para los visitantes: «Los uruguayos tienen que comer más **casha**», bromeaban.

En la Universidad existía una pequeña sala donde se distribuía la correspondencia en cajones identificados con el nombre de cada país; todas las mañanas corrían para ver a quién le había llegado algo. El que más recibía era Lebdushka, cuya madre –encantadora– le aportaba toda la información que luego éste distribuía entre sus compañeros. También recibían periódicamente «Marcha» y «El Popular».

Una vez corrió la noticia de que estaba por llegar otro becario y que venía de Salto. Cuando Eduardo Vedobatti arribó a Moscú, con 16 años y una valija de cartón, todavía persistían en la «Patricio Lumumba» algunas dificultades derivadas de su inauguracióm prematura. Los primeros treinta días debió hospedarse en una ex-residencia militar, lo que sumado al hecho de que las clases habían empezado una semana antes y sus compatriotas ya no disponían de mucho tiempo para atenderlo, le produjo una profunda desolación.

Fue ciertamente esta circunstancia y su nostalgia juvenil que lo resolvieron a iniciar desde el primer mes un plan de ahorro para, aun antes de culminar su

carrera de ingeniería, viajar al Uruguay. Cada vez que cobraba sus 80 rublos –que más tarde aumentarían a 90– el salteño separaba lo justo para alimentación y guardaba el resto.

Los comedores eran subsidiados, y el té y el pan –símbolos de la amistad y hospitalidad rusas– gratis; el hospedaje, la ropa de cama y la limpieza corrían por cuenta de la Universidad. Muchos le decían que estaba loco, pero en las vacaciones de 1965, época culminante de su proyecto, Vedobatti pasó dos meses con su familia en Salto. Cuando retornó a Moscú, conoció a la estudiante argentina con quien se casaría.

Valodia también era metódico y ordenado con sus finanzas, pero la proximidad de parientes –su hermana Alejandra había llegado recientemente– sumada a la dedicación a la carrera, no le dejaban mucho espacio para la nostalgia. En todo caso sus economías servían frecuentemente para sacar de apuros a algún compañero.

Esas vacaciones de invierno **Valodia** viajó 2 mil kilómetros para visitar a su hermana en la Caucasia, punto de partida de la inmigración de 1913 y de retorno para muchos colonos que vieron fracasadas sus expectativas. «Alejandra, aprontá el mate!», le gritaban los otrora habitantes de San Javier cuando la veían camino de la panadería. El pueblito, localizado en la falda del Elbruz –altura máxima del Cáucaso– se encontraba próximo de Nalchik, la capital de la ex-república Kabardin-Balkar.

Cuando Alejandra llegó con su familia fueron acomodados en un molino de trigo porque en el **koljoz** no había viviendas. Había mucho barro y la región permanecía bajo nieve siete meses del año lo que obligaba a trabajar en el verano las 24 horas del día. Sin embargo no fueron sólo estas las circunstancias que la convencieron de volver al Uruguay en 1967. Las vicisitudes de la guerra, la revolución –el exilio y el desexilio en el caso de los antiguos pobladores de San Javier, muchos de los cuales bebían en exceso–, habían endurecido el carácter de las personas y si bien ello no afectaba su condición de buena gente, dificultaba las relaciones.

Regar las huertas con el agua del deshielo –tarea en la que **Valodia** colaboraba– era siempre una pequeña tragedia: Alejandra abría un surco para conducirla hacia su quinta y le gritaba la mujer de al lado, lo hacía en otra dirección y saltaba la de más allá. El cuadro de hostilidades se completaba con los llamados **kabardinos** que habitan el poblado del otro lado del arroyo. De origen circasiano, tradición musulmana y guerrera, estos parecen resistir todavía su sometimiento a los rusos que data de 1864. Eran frecuentes sus incursiones nocturnas para robar un caballo o una vaca, que una vez ingresados en su territorio se tornaban irrecuperables.

La vida en Mareska se agitaba en junio, julio y agosto. Había que cumplir el horario en el Koljoz –si no no hay jubilación– y atender las tareas familiares.

Temprano cuando llegaba el pastor ya tenía que estar la vaca ordeñada; enseguida irrumpía el tractor y las mujeres salían a trabajar. Y regar la huerta, y guardar papas y repollos en el sótano. Alejandra, que también criaba sesenta conejos, después del primer verano se pasó un mes en el hospital.

Algunas tardes tomaban mate mientras observaban pasar los carritos. «Parece que fuman... pero humo no hay», era el murmullo de los primeros tiempos. Cuando se terminó la yerba pasaron a comprarle a los **kabardinos** un concentrado de té –parecido en su aspecto al tabaco de cuerda– que picaban con una pequeña hacha. La primera vez que lo tomaron sintieron ganas de vomitar. Después, cuando alguien de casa les enviaba algún paquete, le echaban media cucharadita para que durara más.

Buena parte del día 17 de agosto de 1964, fecha en que cumplía 18 años, Magdalena Rezzano la pasó en un aparato de la Air France. Destino: Moscú con escala en París. Junto a ella viajaban otros cuatro uruguayos –Valder Romero, Blanca Martínez, Daniel Loschak, Pedro Barna– y un joven argentino llamado Diego García. Todos con la ilusión de una carrera que aquí se presentaba difícil y la «Patrice Lumumba» ofrecía, sin costo, y –a esta altura– la garantía de cuatro años de funcionamiento.

En el aeropuerto, Angela Ragut –que encabezaba la bienvenida– les informó que las muchachas dormirían provisoriamente en el cuarto de Antonio y **Valodia**. Así lo habían dispuesto ambos antes de viajar con Vedobatti y Tolosa, entre cientos de estudiantes, al Kazakstán para participar en un período de trabajo voluntario. Durante treinta días los jóvenes colaboraban en la construcción de viviendas para los **koljozianos**, durmiendo en carpas, bebiendo agua de arroyo y cocinando su propia comida. El trabajo era duro y las condiciones adversas pero la experiencia siempre valía la pena.

Enseguida de su llegada los nuevos becarios conocieron al periodista de «El Popular» Carlos Castelgrande, que murió allá unos años después. Cuando supo que a Blanca Martínez le encantaba la ópera la invitó: «¿Querés ir a ver la Scala de Milán?» Conseguir entradas para el teatro no era fácil; el sistema de venta descentralizada a través de quioscos distribuidos por toda la ciudad hacía que éstas se agotaran con mucha rapidez. Aquella circunstancia deslumbrante de descubrir, ya en la segunda noche, los cuatro corceles de bronce que coronan el edificio del Bolshoi y el rojo y oro de sus salas, se transformaría luego en un hábito durante todos los años que la estudiante permaneció en Moscú.

Otro paseo obligado del primer año incluía los principales museos de la

ciudad. El más importante es la Galería Tretyakov, cuyo edificio y los primeros 1.500 cuadros fueron legados el siglo pasado por el mecenas que le dio el nombre. En él pueden apreciarse tesoros como **La virgen de Vladimir** –ícono bizantino del siglo XII– y cuadros históricos del gran pintor realista del XIX Ilya Repin: **Iván el terrible con el cadáver de su hijo**, o **Los bateleros del Volga**, entre otros.

En el Tretyakov existen también varias salas que contienen piezas del arte realista socialista: obreros triunfantes y alegres campesinas que inspiran laboriosidad y confianza.

Visitas ineludibles eran también el Museo Puschkin de Bellas Artes y el «Alejandro Puschkin». El primero exhibe desde estatuas de Babilonia y Egipto hasta una colección de modernos artistas franceses –Cézanne, Corot, Gauguin, Manet, Matisse, Monet, Picasso en su primera época, Renoir, Toulouse-Lautrec, Van Gogh– pasando por obras maestras de Boticelli, Canaletto, El Greco, Rembrandt y Rubens. El segundo edificio –una estructura de madera y estuco en estilo clasicista que data de 1814– contiene manuscritos y objetos personales del venerado poeta nacional. Para los amantes de la literatura y estudiantes de filología había un plato lleno: los museos Chejov, Dostoievski, Gorki, Mayakovsky, Tolstoi, de Literatura, de Teatro Bakhrushin, Glinka de Musicología, y del Folklore, entre más de sesenta propuestas.

El cine también representaba una buena oferta; la producción local era atractiva y había una sala en las proximidades de la residencia estudiantil. El problema era que no existían comentarios y entonces, salvo la procedencia en el caso de los filmes extranjeros, uno se sentaba frente a la pantalla sin ninguna referencia previa. El criterio de importación, basado en normas estrictamente comerciales, dejaba mucho que desear.

Otra actividad privilegiada del tiempo libre eran los deportes, especialmente esquí y fútbol. Los uruguayos habían constituido un equipo para participar en el torneo de países que siempre ganaban Brasil o Chile, más que nada por una cuestión de número. Las camisetas las había obsequiado el Agregado Comercial de nuestra embajada –Ramiro Píriz– quien alguna vez fue a verlos exhibir la vieja táctica del contra-ataque: los once metidos adentro del área sacando pelotas para todos lados. El desempeño mejoraría a partir del año siguiente con la llegada de Roberto Roslik –primo de **Valodia**– y del minuano Luis Marichal.

En octubre la destitución de Nikita Kruschef como primer Ministro y primer Secretario del PCUS no llegó a sorprender –dados los fracasos en la política agrícola y en su tentativa de colocar misiles en Cuba– pero asombraba la apatía general en la que tanto aquella como la sustitución por parte de Brejnev, Kossiguin y Podgorny se desarrollaron.

Los becarios tenían un nivel de información privilegiado no tanto por el acceso fácil a las publicaciones de los partidos comunistas –además de las

locales, Le Monde, L'Humanité, L'Unitá– sino por la riqueza del propio intercambio entre 3 mil estudiantes provenientes de más de 80 países. Lo que les chocaba, especialmente a los latinoamericanos, era la escasa disposición de los soviéticos a discutir sobre política. Era común ante cualquier planteo una respuesta extremadamente cortante, aunque muchas veces después aceptaran la conversación.

Cuando aquel 31 de diciembre los argentinos llegaron a la sala donde recibirían 1965, los uruguayos tenían preparada una sorpresa: un fogón de utilería, un mate, un termo, la bandera patria y los «gauchos» y las «chinas» sentados alrededor. Siempre que había fiestas internacionales aquellos presentaban un espectáculo de tango y los nuestros bailaban el pericón.

En enero Miguel Simoncelli se presentó en el ICUS dispuesto a hacer valer su apellido materno: Konovaloff.

Ya lo había intentado el año anterior ante organismos italianos –esta vez reivindicando su descendencia paterna– y la propia embajada de la URSS, que obviando el procedimiento derivó la carta a la «Patricio Lumumba». Desde allí le informaron que su solicitud había llegado fuera de plazo, pero que si deseaba insistir el año siguiente lo hiciera por medio de la institución representante en el Uruguay.

Si no hubiera recibido aquel telegrama el 12 de agosto –«Pasar Air France retirar pasaje MVD–MOW»– Simoncelli habría terminado su primer año de Preparatorios en Mercedes. Cuando su padre, que todos los sábados lo recompensaba por su ayuda en el almacén le preguntó para qué precisaba el dinero que pedía, Miguel respondió: «es para pasar unos días en Montevideo, recibí una beca, me voy a Moscú».

El estudiante nunca supo si su profesora de filosofía –dirigente comunista con quien comentó sobre sus planes– tuvo alguna participación en el otorgamiento.

Lo cierto es que ni él, ni **Valodia**, ni Hovagimian –a quienes conocería este año– pertenecían a la Juventud Comunista; por esta razón se excluían de las reuniones que todos los meses prolongaban las de la Asociación de Estudiantes Uruguayos. Cierta vez que la situación se reveló embarazosa comenzaron a invitarlos a permanecer. Siempre les preguntaban: «¿Y, cuándo se van a afiliar?».

Cuando Simoncelli, Marichal y Roberto, el primo de **Valodia**, llegaron, Blanca Martínez recién se había reconciliado con la cocina rusa. Detestaba la cebolla, la remolacha y el repollo –principales ingredientes de la sopa– y había

pasado varios meses comiendo tortas con café con leche. Valder Romero, corriendo de las clases de medicina a los cursos de gimnasia, canto y danza, resumiría más tarde que aquellos años en Moscú fueron la tregua que la vida le dio. Ambas habían viajado ese verano a Moldavia donde intercalaron hábilmente tareas en un **koljoz** con excursiones por el Mar Negro.

Valodia participaba poco de las cada vez más frecuentes discusiones políticas; estudiaba con ahínco, realizaba prácticas paralelas de enfermería y eso le impedía aprovechar la oferta complementaria de la Universidad. Había asumido que sería uno de los primeros –si no el primero– en retornar graduado al Uruguay, y ello le generaba una importante responsabilidad; junto a la decisión inapelable de radicarse en San Javier constituía su mayor desvelo. Una imagen recurrente era verlo bajar del ómnibus en la residencia, solo, encorvado con los libros, tomando el camino de su habitación donde se encerraba. Quien no lo conociese podía pensar que era un ruso: ojos celestes, gorro de piel, sobretodo negro, y aquel acento del sur que caracterizaba el idioma que había aprendido de sus padres.

Así también lucía su primo, aunque la personalidad fuese decididamente opuesta. Mientras Vladimir era sereno, modesto, delicado, Roberto Roslik se presentaba alegre, «entrador» y con una dosis de picardía. También es verdad que ciertas ocurrencias de **Valodia** a veces producían desconcierto: ¿sería pura inocencia o una intención bien humorada? Como aquella vez en el Quinto Pasaje de Daschkow.

Varios pasajes en la Universidad llevaban el nombre de la exdirectora de la Academia de Ciencias y Artes y expresidenta de la Academia Rusa –Catalina Daschkow– hermana de una favorita de Pedro III cuyo trono y vida ayudó a arrebatar. En el Quinto había una pequeña explanada con escaleras que conducían a un comedor; a la derecha estaba la puerta de la biblioteca, y a la izquierda la del café.

Sin ser muy afecto a la infusión, el futuro médico pasaba frecuentemente para charlar con los uruguayos. En una ocasión se encontró con Simoncelli, que estaba estudiando ingeniería, y Juan Tolosa, que cursaba su candidatura a doctor en Ciencias Matemáticas. En un momento que la conversación giraba sobre el futuro de este último, **Valodia** introdujo la posibilidad de que el grado de las ecuaciones aumentara con el desarrollo de la carrera: «¿Y ustedes en ecuaciones de qué grado van?», preguntó, provocando la risa de sus compatriotas.

Sin duda, lo que tornaba graciosas algunas intervenciones era su aire serio. Durante su período como presidente de la Asociación de Estudiantes Uruguayos ocurrió la expulsión de un becario, que luego fue reincorporado gracias a su gestión. Cuando un hermano –dirigente sindical– del mal alumno viajó a Moscú, éste había desaparecido. La milicia rastreó los ríos y sus compañeros casi

murieron de angustia antes de que lo encontraran en un hotel viviendo una historia de amor. Sus faltas de conducta incluían también diversas agresiones; para ilustrar sobre este punto el presidente informó que en cierta oportunidad había amenazado a alguien con «un objeto contundente». La frase provocó bromas por varias semanas.

El invierno no era solamente la época de las vacaciones más largas –de trabajos remunerados o voluntarios en algún lugar de la ex–Unión Soviética, o visitas a otros países– sino también tiempo de esquiar. Valder Romero tenía la certeza de que jamás podría hacerlo hasta que vio un niño de cuatro años tirarse por la pendiente. Los domingos formaban pequeños grupos y salían hacia las colinas de Lenin, cerca de la Universidad, o tomaban un tren para esquiar en un bosque en los alrededores de la ciudad. En el llano puede hacerlo cualquiera –ni hablar si uno va adelante abriendo senda– pero descender una montaña requiere equilibrio y cierto entrenamiento. A pesar de la temperatura siempre esquiaban con ropa liviana: un «jogging» y a veces hasta un short.

Sara Sabotin, hija de inmigrantes rusos, llegó en 1966.

Lo que la diferenciaba de **Valodia** era el hecho de haber nacido y crecido en Paysandú donde sus padres se radicaron un año después de casarse. Vino a conocer San Javier el día del entierro de su padre, cuando su abuelo materno –uno de los fundadores– le realizó un homenaje en la **sabraña**. Criada entre símbolos y emociones nacionales –el Himno, el escudo y la marcha «A mi Bandera»– lloró mucho escuchando aquellos cánticos rusos; quizás este descubrimiento la llevaría más tarde a estudiar Filología. No obstante esta notable diferencia en su crianza, ambos tenían en común el tema de los antepasados y su sacrificado establecimiento en el Uruguay.

En junio, al cumplir su primer año de estudio, Simoncelli resolvió anotarse para viajar a las estepas de Kazakstán.

El día del viaje la habitación que compartía con Marichal y un estudiante ruso, era un caos; lo único ordenado eran la mochila que había comprado y él mismo con el uniforme de gala que usaban en estas ocasiones. Estaba nervioso pensando en los tres días que pasaría en aquel tren, la travesía de los Urales, su primera salida de Moscú, cuando apareció **Valodia**.

«Para que te tranquilizes vamos a jugar a las cartas», le dijo, sacando un mazo de barajas uruguayas. Cuando llegó la hora lo acompañó hasta los ómnibus que aguardaban y de allí a la estación de ferrocarril para despedirlo. Nunca antes el mercedario se había sentido tan reconfortado con una «escoba de 15». Otro que viajó fue Roberto Roslik. Un accidente futbolero –una patada que le fracturó un dedo durante una atajada– lo confinó muy a su pesar en la cocina donde se desempeñó como ayudante.

La audición de música no estaba limitada a los primeros discos de «Los Olimareños» y Daniel Viglietti, que los tenían gastados. Muchos escuchaban radio todo el tiempo que permanecían en la residencia. Las emisiones de radio Moscú y radio Mayak se escuchaban en toda la Unión Soviética y el servicio mundial de la primera también trasmitía en onda media, intercalando comentarios con música rusa y europea.

En una oportunidad Daniel Loschak compró una antena aérea y la instaló en su habitación; aquella le permitía captar una programación para Italia de radio Argentina basada en tangos y noticias. Pero lo bueno dura poco: la Seguridad de la Universidad le retiró el artefacto y debió comparecer a la bedelía para explicar que no era una antena trasmisora.

Como consecuencia de las guerras y su posicionamiento frente al mundo, los rusos han establecido una serie de reglamentos que deben observarse rigurosamente: está prohibido, por ejemplo, sacar fotos desde un avión en vuelo –inclusive en las proximidades de la frontera– y es prudente abstenerse frente a puentes de ferrocarril, estaciones de radio, centros de investigación u otros locales que pudieran tener una importancia estratégica. Por el mismo motivo la profundidad de las estaciones del Metro es considerada un «secreto de Estado» y algunos mapas carreteros de los alrededores de Moscú contienen errores deliberados.

Un día que Valder Romero estaba estudiando en su habitación, Gardel comenzó a cantar **Lejana Tierra Mía**. Pensó, distraída: «Yo no puse ese disco»; ni siquiera lo tenía. Cuando percibió que era la radio bajó corriendo dos pisos avisando a todos para que sintonizaran radio Moscú y cuándo retornó a su cuarto, jadeante, la música ya había terminado. Y sintió deseos de llorar.

En el 67, Alejandro Borche llegó con los últimos discos y la idea de estudiar Ingeniería; cuando vio el programa decidió que lo más próximo de lo que quería era matemáticas. Con él viajó a la Patricio Lumumba la última tanda de uruguayos por lo menos hasta 1972, año en que, ya graduado, retornó al país.

Las «bienvenidas» que los veteranos dispensaban a los noveles estudiantes se habían tornado nuevamente fraternales. Muchos recordaban la cena que le ofrecieron a Sonia Odeso a su llegada de Paysandú: la teatral irrupción de Roberto Roslik y Diego López con sus uniformes verde-oliva de las brigadas juveniles, la falsa noticia de que todos en Moscú debían usarlos y la cara de espanto de **Valodia** que se moría de pena con estas bromas.

Mientras unos llegaban, otros culminaban su carrera preparando una tesis durante el último semestre. Los estudiantes de ingeniería, por ejemplo, trabajaban un período en una fábrica determinada recogiendo información para la elaboración de un diseño o proyecto que luego se enviaba a un oponente que le formulaba críticas. El día de defenderlo –ante autoridades del Ministerio y de las propias fábricas– una mesa integrada por entre 10 y 15 personas interrogaba al estudiante

y más tarde invitaba al público si deseaba intervenir. El acto académico concluía con la evaluación final.

La dedicación de los profesores era casi full-time: llegaban temprano y permanecían hasta las 18 o 19 horas muchas veces en clases de recuperación o de apoyo. En el llamado ciclo técnico la disponibilidad para consultas era de un profesor cada cuatro estudiantes. Eran también muy afectuosos; cuando veían un alumno «de capa caída» le preguntaban qué le pasaba, cómo estaban sus padres, si recibía cartas, y no pocas veces alguno lo invitaba a compartir con su familia una salida a esquiar o al cine.

El día que Luis Marichal resolvió corresponder el afecto que recibía de una profesora en la facultad de Medicina, terminó enamorándose. El minuano era conocido como buen jugador de fútbol y por su hábito de acostarse temprano. Le encantaba ponerse el piyama y batir el café instantáneo que un camioncito descargaba periódicamente en la residencia. Estuviera quien estuviera en la habitación solía comentar: «Bueno, vamos a tener que acostarnos porque la visita se quiere ir».

Sus cuatro años de diferencia con la carrera de **Valodia** no le permitieron mayor contacto; sin embargo nunca olvidará el día que lo encontró en un hospital en una práctica de cirugía.

La escena era tragicómica: mientras Roslik curaba una úlcera en la pierna de una anciana, aquella reprimía su dolor rascándose la barriga con las dos manos.

Por esta época Simoncelli se había dejado la barba. El encargado de mantenerla impecable a través de rigurosos recortes sabatinos era un cubano que conoció durante su viaje al Kazakstán. Mario Alemagni –como se llamaba– cursaba Física tras haber abandonado en su tierra una carrera de médico por la guerrilla. Fue en la sierra que aprendió mil y un oficios aunque su mayor destaque fuese como barbero; siempre contaba que le cortaba la barba a Raúl Castro provocando cierta incredulidad. Sin embargo, una vez que aquel viajó a Moscú y visitó la «Patricio Lumumba» alcanzó con ubicarlo entre el grupo de latinoamericanos para que se confundieran en un abrazo.

En contraste con las relaciones oficiales, extremadamente frías desde la diseminación de la teoría del **foquismo**, la revolución cubana despertaba simpatías entre los estudiantes especialmente los de América Latina. En ocasión de una amenaza de invasión todos participaron en un mitin frente a la embajada y muchos uruguayos se anotaron para viajar a Cuba y participar en trabajos voluntarios. El único que lo consiguió fue Daniel Loschak.

Fue un período fermental de grandes discusiones; la mayoría había leído **La guerra de guerrillas** y **El socialismo y el hombre en Cuba**. Grandes revolucionarios de café, la mayoría de los latinoamericanos eran capaces de pasar horas evaluando la conveniencia de la guerrilla urbana sobre la campesina, o viceversa.

La noticia de la muerte del Che sorprendió a varios escuchando música en el cuarto de Sara Sabotin.

Lebdushka comenzó a contonearse como los bolivianos cuando bailan el carnavalito y Laura, su novia, reclamó: «Yo no te entiendo, estamos de duelo y vos te ponés a bailar!».

«Es mi forma de sentir», explicó, y continuó danzando.

Aquella tarde, mientras atravesaban un puente sobre el río Moskva rumbo a la embajada cubana, Alemagni le pidió a Simoncelli que lo pellizcara: «Esto es una pesadilla», repetía llorando.

Antes de fin de año los uruguayos compartieron un asado en el bosque de abedules que estaba próximo al barrio 42, donde se alojaba la mayoría. La gran sorpresa se la llevó Alejandro Borche que, recién llegado, creía que la única forma de prepararlo era en el horno sobre un centímetro de sal para absorber el agua del congelamiento. Entre un trago y otro de vino búlgaro fueron pasando revista a las noticias provenientes del país: las primeras acciones tupamaras, la muerte de Gestido, la sucesión de Pacheco Areco, la proscripción de seis agrupaciones políticas y la clausura del periódico **Epoca.**

En 1968, cuando ya varios preparaban su retorno a Montevideo, ninguno recordaba la peripecia de los primeros meses, las dificultades de comunicación, las temperaturas bajo cero y el sabor agrio de ciertas comidas. A fuerza de hospitalidad la Unión Soviética se había tornado menos inmensa; Moscú no cesaba de ofrecerles arte, cultura, una carrera –en muchos casos amor y casamiento– y hasta había empezado a develar algunos de sus misterios.

Entre los pocos que resistían el encantamiento estaba Daniel Loschak. Tenía buenas relaciones con sus compañeros –había sido tesorero de la Asociación durante la presidencia de Vedovatti– pero algunas actitudes a veces lo distanciaban del grupo. Detestaba los cigarros rusos –fumaba cubanos cuando encontraba–, el café de los restaurantes –aguado y servido con limón– y los terrones de azúcar, duros como la piedra a raíz de un problema de embalaje. Gustaba del café que servían en la Universidad pero solía protestar cuando la señora no cambiaba el grano del colador; en vacaciones nunca participó de tareas colectivas porque una operación en la columna vertebral le impedía realizar trabajos pesados.

A pesar de esta característica contrastante con la serenidad de **Valodia** –que lo veía reclamar en la cafetería y no podía creerlo– por estos meses pasaron a compartir algunas inquietudes, generalmente en los desayunos o conversaciones de cuarto. La percepción de que asomaban algunas dificultades en la URSS –resumidas por nuestro embajador Virgilio Sampognaro en la frase: «Aquí

también se cuecen habas»– estaba bastante diseminada entre los estudiantes uruguayos, no obstante Loschak era más osado. Anunciaba a quien quisiera escucharlo, su preocupación por el «despilfarro», la falta de lógica del funcionamiento del sistema económico que era el soporte de la justicia social.

La otra preocupación compartida era el Uruguay: «cuando volvamos, qué vamos a hacer, cómo vamos a incidir para modificar las situaciones de injusticia». En este punto **Valodia** no tenía dudas de que volvería a San Javier; le inquietaba, eso sí, la necesidad de «traducir» no sólo la terminología sino también ciertos códigos vinculados a las normas terapéuticas, los criterios de diagnóstico y métodos auxiliares de exámenes, etc. que se aplicaban en nuestro país.

El 68 fue un año desbordante de hechos políticos: desde Francia llegaba información sobre los «fenómenos» de París, la llamada «Primavera de Praga» atraía la atención del mundo, y algunos países de América Latina se comportaban como usinas de noticias. Simoncelli aguardó hasta último momento una resolución de las autoridades soviéticas pero no pudo usar su visa cubana; en junio viajó a Bakú, la capital de Azerbaidján a orillas del mar Caspio, y más tarde a Yalta donde conoció a la que sería su esposa. Igual que en el 66 **Valodia** concurrió a despedirlo y de paso presentarle un amigo de Mareska, el pueblito donde residen varios ex-habitantes de San Javier.

El último de los tres días que pasaron en Viena, tras recorrer Italia durante un mes, Valder Romero y Susana, la novia de Vedobatti, sufrieron un ataque de nostalgia. El tren salía por la noche, pero al mediodía tenían tantas ansias de volver a Moscú que se fueron a la estación de ferrocarril. Y había un tren soviético: les hablaron en ruso –el samovar acababa de hervir– les ofrecieron té, y ya se quedaron. Estaban en casa.

En agosto, cuando la URSS y sus aliados del «Pacto de Varsovia» invadieron Checoslovaquia, Alejandro Borche estaba en Praga, con 20 años y una idea romántica sobre el socialismo. Luego de pasar dos semanas volvió convencido de que aquello era un proceso, que los alemanes occidentales estaban participando más que los propios checos.

Las noticias que llegaban desde Uruguay –al iniciarse el semestre– eran angustiantes: varios gremios habían sido militarizados y un estudiante de veterinaria, Líber Arce, había sido asesinado durante una represión policial.

En setiembre morían, en idéntica circunstancia, Susana Pintos y Hugo de los Santos. Entre tanta mala, Borche tenía una buena para contarle a **Valodia**: en un año su hermano Luis culminaría la carrera de médico en Montevideo convirtiéndose en el anfitrión ideal para sus primeros pasos en el país.

Quien no pudo terminar Física en Moscú fue el cubano Alemagni. En el carnaval del 69 cometió un desliz imperdonable para el gobierno de su país: se disfrazó, bailó una noche entera en la Embajada de Brasil y lo fletaron para Cuba. Le faltaban seis meses.

Los días previos a su retorno **Valodia** se despidió de todos –qué duro es despedirse de tanta gente para siempre–, de sus profesores y hasta de las empanadas de repollo que se vendían en las bocas del Metro. Al atravesar, por última vez, la plazoleta de tilos en la que muchas veces se sentaban al retornar de la Universidad, recordó el perfume maravilloso cuando florecían en la primavera y su paisaje cristalizado de diciembre y enero. Recordó también los finales de invierno y aquel pensamiento suyo que un día hizo llorar a Angela Ragut: «Es como volver a nacer», le había dicho, mientras observaban los primeros brotes.

Era siempre así. Toda vez que el doctor Voelker se ponía a tararear un tango o a silbar un vals en el medio de la consulta, doña Alcira Zabalkin interrumpía su largo rosario de males y dolores. «Prosiga, abuela, prosiga», le ordenaba, y ella, fastidiada: «Cuando usted deje de chiflar yo sigo contando». Vivía con su hijo menor y la nuera pero visitaba con frecuencia a Miguel, el mayor, sobre todo los fines de semana cuando su nieta Mary volvía de Paysandú donde cursaba quinto año de Humanística. El liceo local, Piloto desde 1966, contaba con alrededor de 130 alumnos que aguardaban con cierto escepticismo la culminación del nuevo edificio; éste se construía con recursos de la Asociación de Padres (APAL), la Intendencia de Río Negro y el Ministerio de Transporte y Obras Públicas. Cuando **Valodia** llegó, en 1969, todavía funcionaba en la sede del Centro Cultural Juventud Unida.

Comparada con Moscú y otras capitales que conociera, Montevideo continuaba siendo para él una ciudad casi desconocida. Fatigado por el viaje y la diferencia horaria, excitado por el retorno, quería llegar rápido a **Farrapos**; en quince minutos el ómnibus local lo devolvería a su gente, al pueblo donde descubrió que quería ser médico para servir.

Llegar a la casa de sus padres no fue tarea fácil; muchos vecinos y amigos conocían su retorno y lo aguardaban en las esquinas de San Javier. Todos querían abrazarlo y ayudar con el equipaje: muchos libros médicos, unos pocos instrumentos, algunos discos, una cámara fotográfica, pocos regalos y la clásica **matryoshka**. Ciertamente al anochecer los casi dos mil habitantes del pueblo ya sabían de su regreso.

Nunca imaginó una bienvenida tan afectuosa y prolongada. Durante varios días realizó y recibió visitas y fue invitado a homenajes y agasajos. Ninguno como el reencuentro con el **piraski** de su madre, y los **varieñiqui**, y el **shaslik** chirreando en el pincho el domingo al mediodía. El esfuerzo para recepcionar

---

Farrapos: Paraje situado en el km 61.5 de la ruta 24 desde donde se entra a San Javier.
Matryoshka: Muñeca de madera que contiene en su interior otras más pequeñas.
Piraski: Empanaditas de repollo, hígado o boniato.
Varieñiqui: Empanadas de ricota hervidas y servidas con crema doble.
Shaslik : Trozos de cordero asados en un pincho.

tanta información –las mejoras introducidas por el Instituto Nacional de Colonización en la ex-estancia Farrapos, los logros atléticos del Club River Plate, la falta de industrias y la emigración juvenil, el último pic-nic del Club de Pescadores y Náutico, etc., etc.– sumado a la posibilidad de poder expresar su propio relato en dos idiomas –en ruso para los viejos y en español para los más jóvenes y los criollos– terminaba agobiándolo al fin del día.

Entre sus primeras visitas **Valodia** fue a la policlínica a saludar al doctor Voelker. «Así que Spencer está lesionado», comentó, recordando su primer partido en el estadio junto al ex-director del liceo. Este había seleccionado las mejores anécdotas, como aquella vez que fueron con Alberto Mastra a la televisión de Paysandú y el conductor de un programa musical lo dejó cantar a él pero no a Mastra. Observando su tamaño y el aspecto –que es cierto, no coincidían con sus extraordinarias condiciones para la milonga y el tango– el hombre determinó: «Nosotros no podemos dejar cantar a cualquiera». Al promediar la conversación Voelker quiso saber cómo le había ido en Rusia desde el punto de vista político, pero la respuesta de su novel colega fue terminante: «No, yo no sé nada de política». **Valodia** volvió a concurrir los sábados a los ensayos tangueros, pero nunca más quiso cantar.

Una vez que el impacto de los primeros días cedió y le permitió ordenar sus pensamientos, la convalidación del título y la necesidad de adecuar los conocimientos al procedimiento uruguayo volvieron a encabezar su lista de prioridades.

Hasta el 8 de junio de 1970 –fecha en que el Ministerio de Salud Pública registró su título de doctor en medicina– **Valodia** viajó periódicamente a Montevideo para agilizar el trámite en la Comisión de Reválida de la Universidad y seguir de cerca, como le sugirió Alejandro, el final de la carrera de su hermano, el doctor Luis Borche.

Cuando éste cumplió su «internado» en el hospital de Rivera, pudo acompañarlo y observar con detenimiento las patologías más frecuentes, su medicación, tratamientos, e inclusive tomar contacto con la terminología en español. Ciertamente su reinserción total debe haberle costado, además de mucho tiempo, un gran esfuerzo. La experiencia fronteriza duró alrededor de diez días y también valió la pena por los tradicionales dulces brasileños; durante todo el período nunca despreció unos «tijolinhos», un buen pedazo de «rapadura» y ni hablar del ananá en almíbar.

Uno de sus primeros pacientes fue el papá de Magdalena Rezzano. Recién llegada de Moscú tras completar su carrera de ingeniera hidráulica, Malena fue a visitarlo a la chacra donde vivía solo, a 25 kilómetros de Paysandú. Habrá sido su llegada, el abordaje de tantos temas –algunos conflictivos– o la suma de ambos, lo cierto es que esa noche su padre se sintió mal. «¿Vos te animás a manejar?», le preguntó; a las tres de la mañana estaban en San Javier golpeando

en la casa de **Valodia**. Efectivamente se trataba de la emoción del reencuentro –estaba todo bien– pero desde entonces Malena nunca dejó de recomendarlo a su familia y amigos.

A fines de 1970, cuando terminaron las clases, Mary Zabalkin volvió a San Javier a pasar las vacaciones con su familia. La abuela estaba encantada con el médico nuevo: «Te pregunta qué comiste, cuántas veces fuiste al baño, qué te duele». Y lo más importante: «Te escucha atentamente mirándote a los ojos; la próxima vez que vaya a control quiero que me acompañes», le dijo, comprometiéndola.

Mary sufría de una afección en el rostro que recrudecía cada verano. Eran como unos forúnculos que se inflamaban y se multiplicaban provocándole un dolor punzante y un enorme disgusto cada vez que se observaba en el espejo. Tenía 17 años.

La abuela reclamaba: «Y por qué no va al médico»; cada consulta costaba $500 y la madre prefería desinfectar con líquido carrel, aplicarle una hojas de tuna que le habían recomendado y polvo de sulfatiazol para secar. Entretanto, una noche que reventó un forúnculo y le cerró un ojo, Mary no pudo dormir de dolor. Sin opción, al día siguiente la madre evaluó que no podrían esperar hasta la consulta de la abuela: «Andá y ve a este muchacho nuevo que vino».

Con un dolor similar al de oído o de diente y sintiéndose un «monstruo», golpeó la puerta con cierto histerismo. «Qué te pasó, una muela –interrogó Catalina Bishkov–, ya lo voy a llamar». Entre la puerta de calle y el pasillo que conducía al consultorio, un ex-dormitorio de los Roslik, ambos se miraron algunos segundos y largaron la risa al mismo tiempo.

Ante la quinta negativa en la lista de alimentos frescos **Valodia** le preguntó: «Bueno señorita ¿qué es lo que usted come? En realidad Mary se aprovechaba de su condición de hija única y era muy consentida, inclusive a la hora de comer. Le recetó antibiótico, vitamina C y una dieta con muchas verduras, legumbres y nada de frituras, chocolate, etc.; si bien las curaciones duraron tres días, cobró una sola consulta que fue también la única por esta afección que nunca más se repitió.

El nuevo médico era un buen partido para cualquier casamentera de San Javier: 29 años, «bien parecido» –según comentaban las señoras–, una carrera promisoria. Como siempre ocurre en los pueblos de campaña las noticias de que «fulanita» le llevó una torta o que en lo de «menganita» lo invitaron a cenar corrían como reguero de pólvora. Cada vez que le preguntaban a Mary si le gustaba, ella respondía sólo parte de la verdad: «me encantan sus ojos celestes»,

decía, recordando el impacto de su primer encuentro.

Astuta, a partir de marzo comenzó a investigar sus gustos y asuntos de interés con una amiga de la familia Roslik que le daba clases de inglés. Para su alegría descubrió que los principales hobbies –pesca y cine– eran también de su agrado; ella misma pescaba con su padre con quien habían ganado algunos campeonatos. Desde entonces, cada vez que acompañaba a su abuela a las consultas, esperaba el momento apropiado y deslizaba el tema del dorado, los horarios de mejor pique o la programación del **Pobieda** para el fin de semana.

En los primeros días de abril el médico recibió una comunicación del director del hospital departamental de Fray Bentos: «Cúmpleme poner en su conocimiento que el Ministerio de Salud Pública por resolución de fecha 16 de marzo/71 ha autorizado a Usted para actuar como médico en la Policlínica Móvil de San Javier, por lo cual corresponde coordinar tareas con el médico Jefe Dr. Ricardo Voelker. Saluda a Ud. atentamente, Dr. José Ma. Reyes Magariños».

«Si vas a venir acá sos un intruso», determinó Voelker, interpretando que no había trabajo suficiente para dos. **Valodia** intentó demostrar lo contrario en la práctica pero cada vez que concurría encontraba los armarios cerrados con llave y el instrumental disponible sin condiciones de uso.

Contrariado por la situación no demoró en perder el estímulo.

El 14 de mayo podría haber sido, como se programó, un día de fiesta: el flamante médico cumplía 30 años y mucha gente lo celebraba en el Centro Cultural «Máximo Gorki». Sin embargo esa nochecita se levantó una tormenta con lluvia anticipando el drama de la familia Zabalkin. Victoria, la esposa de Miguel, había salido a buscar leña y al volver se sintió descompuesta; cuando **Valodia** llegó presurosamente, ya estaba con las pupilas dilatadas.

A fuerza de llorar Mary quedó con los nervios destrozados –el médico la visitó varias veces en su casa– y tuvo la certeza de que nunca más sería feliz. Su padre tuvo que salir a deschalar maíz y ella precisó aprender a cocinar de apuro, abandonando sus estudios en Paysandú.

Una tarde, antes de culminar la clase de inglés, la profesora le sugirió que Vladimir la invitaría para ir al cine lo que terminó concretándose el miércoles. La función comenzaba a las 20 y 30 horas; dejó la casa de «punta en blanco» y antes de las 17 ya había sacado todo del ropero. No sabía qué ponerse porque tenía la impresión de que nada le quedaba bien.

A eso de las diez de la noche, cuando la fragancia de su perfume ya se desvanecía, comprendió que aquella primera salida había fracasado. Se acordó de toda la familia de **Valodia** y pensó que sólo por ser médico lo que quería era burlarse de ella. Llegó a creer que entonces era verdad lo que se comentaba en el pueblo: que se había casado –como casi todos los ex-becarios y colonos que viajaban a Rusia– y que su mujer e hijos llegarían de un momento a otro.

Pasó algunos días muy fastidiada antes de conocer el motivo del desencuentro.

Aquella noche habían venido a buscarlo para atender una emergencia en la colonia Gartental y sólo retornó en el comienzo de la madrugada. El convite se concretó el miércoles siguiente; cuando entraron el murmullo se tornó indisimulado y todos se dieron vuelta para mirarlos.

Formalizaron el noviazgo una tardecita de julio que soplaba un viento helado desde la costa y Mary volvió a cambiar una receta porque en la farmacia no había el medicamento prescripto para la abuela. Hablando de pesca y de bueyes perdidos no demoraron en envolverse en un clima de seducción.

Desde la muerte de su esposa Miguel Zabalkin había pasado a protegerla más y no le importaba que el 28 de junio hubiese cumplido ya dieciocho años. «¿Dónde estabas a esta hora?», le increpó. «Con mi novio», respondió con aire intrigante.

«¿Otra vez con ese abombado que te dejó?», retrucó furioso pensando en el único novio que le había conocido. «El sábado vendrá un rato y después vamos a ir al cine», insistió Mary, antes de deshacer el entuerto. Cuando le explicó a su padre que se trataba del doctor Roslik, éste quedó de lo más extrañado.

Otro hecho notorio del 71 fue el debut del doctor Voelker en la arena política. Tenía por sabio el consejo que le habían dado en Salud Pública cuando su designación en San Javier, pero el día que lo visitó una delegación de dirigentes nacionales y departamentales vinculados al presidente Pacheco Areco para ofrecerle el primer lugar en la lista a Diputados por Río Negro, se le hizo difícil rehusar.

Los datos del escrutinio local –485 votos para el Partido Colorado, 424 para el Partido Nacional y 286 para el Frente Amplio– sumados a la buena votación de su lista provocaron una cierta euforia al filo de la medianoche. Ya de madrugada los datos que llegaban desde la capital del departamento –la 15 ganaba en la interna y los blancos superaban a los colorados por escaso margen– echaron por tierra cualquier expectativa.

Decepcionado y cansado, Voelker le recriminó a su correligionario Luis Pons –que ya tenía asegurada su participación en la Junta Local– haber hecho las cosas a su manera «por ocupar un puesto». Este, que tampoco simpatizaba con el médico le recordó que nunca había pedido un puesto y que la plata para taxis y ómnibus había salido de su bolsillo. «Atrevido!», fue el retruque del candidato frustrado. Ante la desesperación de delegados y miembros de mesa Pons arrancó el saco de su casamiento del respaldo de la silla y se lo revoleó; Voelker hizo como que iba a sacar un arma y anunció:

«Ya me voy a la Jefatura a hacerte la denuncia».

El Ford Victoria de Pons era más veloz. Cuando el médico llegó a Fray Bentos en su Peugeot, aquel ya había hablado con el sub-jefe de Policía Félix Perazza, que era candidato a la Intendencia por el mismo sector de los denunciantes.

«Qué lástima hermano, después de freír las tortas, ustedes que estuvieron tan bien, tiraron la grasa...», fue el desahogo del jerarca.

Incidentes como éste, típicos de las mejores elecciones uruguayas, pasaban desapercibidos ante la alarmante polarización de la violencia entre los tupamaros y las Fuerzas Conjuntas. La fórmula más votada del 71 –Wilson Ferreira/Carlos Julio Pereira– obtuvo 450 mil votos, pero por la Ley de Lemas el ganador Partido Colorado había colocado en la presidencia al estanciero Juan María Bordaberry.

Seis semanas después de asumir –el 14 de abril de 1972– el país se desangró en una jornada de triste recuerdo. De un lado el Movimiento de Liberación Nacional asesinó al ex-ministro Armando Acosta y Lara, al capitán de fragata Ernesto Motto, al sub-comisario Oscar Delega y al agente Juan Carlos Leites; de otro, las FFCC abatieron a Jorge Candán Grajales, Gabriel Schroeder, Horacio Rovira, Armando Blanco, el escribano Luis Martirena y su esposa, y otros dos guerrilleros.

El 15 fue declarado el «estado de guerra interna» y el 16 el ejército mató a ocho militantes del Partido Comunista que se encontraban en el local de la seccional 20. En este clima desgraciado Alejandro Borche regresó de Moscú. Una de las primeras cosas que descubrió es que **Valodia** era considerado casi un nuevo miembro de la familia. Cada vez que venía a Montevideo pasaba por su casa –siempre con un frasco de miel, o de dulce, o conservas– y salían con Luis al cine o a beber cerveza. Al despedirse siempre le reiteraba su invitación para conocer San Javier.

Al comenzar la semana de Turismo de 1973, Malena Rezzano, Antonio Hovajimian y su hermana llegaron de sorpresa a San Javier. Tanto **Valodia**, que estaba pescando, como Antonio, eran hostigados frecuentemente por su amiga que veía –con cierto dramatismo– cómo pasaba el tiempo sin que ocurrieran cambios en sus respectivos «estados civiles». Cuando el médico retornó, Malena, que llevaba la voz cantante, le explicó el objetivo principal de la visita: «Te vinimos a buscar para ir a Paysandú a la Semana de la Cerveza».

Conociendo a su amigo, la respuesta estaba cantada: «Imposible, ¿y los pacientes?». Su mayor preocupación en aquel momento eran un anciano y una señora que esperaba su bebé por esos días. «**Valodia**, por favor: una noche; hacelo por nosotros», imploró Malena. Al final lo arrastraron: «Está bien, pero a las seis de la mañana me tomo un ómnibus y me vengo», condicionó.

Era agradable percibir que mantenía las cualidades que lo habían destacado durante su experiencia universitaria común; no obstante Antonio estaba preocupado porque continuaba siendo en cierto modo una persona infantil. Una tarde que lo invitó para ir a un parque de diversiones «a jugar a embocar», decidió ser severo: «Escuchame –le dijo– vos sos un médico, tenés que darte un lugar acá; mirá que la corbata y eso, pesa, un doctor anda siempre de corbata».

Valodia pareció estar de acuerdo pero todas las veces que su amigo volvió lo encontró: un día pescando, otro visitando pacientes en una bicicleta prestada, o entonces jugando a las cartas, naturalmente sin corbata. Sólo la usaba en algunas salidas con Mary y en las escasas oportunidades que su designación como presidente del Centro Cultural «Máximo Gorki» le imponían.

Estaba preocupado realmente con la necesidad de comprar algunos instrumentos –la mayoría de los que tenía eran producto de colectas y beneficios– y mejorar la casa de sus padres donde también vivía y atendía sus pacientes. En este caso sabía que sus hermanos no estaban en condiciones de ayudar, pero aunque así fuera, sentía que era él quien debía compensar el tiempo que pasó lejos de la familia.

Salvo alguna adhesión a la huelga general impulsada por la Convención Nacional de Trabajadores, ciertos movimientos en la comisaría y los comentarios que se suscitaban, el golpe militar del 27 de junio no llegó a perturbar la calma de San Javier. Entre sus escasos 2 mil habitantes había 170 funcionarios

públicos, casi 250 jubilados, 37 trabajadores portuarios en el seguro de paro; el resto de su población adulta estaba compuesta en su mayoría por peones, productores independientes y familias de chacareros ocupadas en las múltiples tareas del comienzo del invierno.

En una edición de «Marcha» que alguien compró en Paysandú, Quijano había escrito: «*Ahora comienza otro capítulo de la historia. La aventura se inicia con sus colgajos habituales:*

Consejo de Estado, Reforma de la Constitución. Ahora, es 'la soledad de las armas'. Ahora más que ayer, el dilema es: resistir o someterse. Ahora, como siempre, creemos en nuestra tierra y en nuestra verdad. La batalla no ha terminado; apenas empieza».

Independientemente de los atropellos que se cometen y el ultraje a la dignidad, las dictaduras siempre ofrecen un paisaje triste. Los inviernos parecen más largos, más fríos, y los veranos transcurren con la certeza de que el sol no brilla para todos. Si hubiera podido elegir el momento y el escenario de su retorno, la doctora Valder Romero ciertamente habría optado por otro. Habían intercalado las visitas con su madre de tal manera que pudieron verse cada dos años, y cuando fue su vez de pasar treinta días en Montevideo quería regresar a Moscú.

El día de la despedida lloró con los amigos que había hecho en la «Patricio Lumumba», tomó su hija en brazos, el equipaje repleto de discos y libros y partió. Al llegar, no demoró en descubrir que durante su ausencia había perdido los amigos de la juventud.

En setiembre, la caída del presidente chileno Salvador Allende significó para los militares uruguayos la señal de que ya no precisaban ser cautelosos. A partir de entonces se profundizó la represión a los militantes políticos y gremiales que resistían el atentado a la democracia y a los Tupamaros que colmaban el penal de Libertad.

Entre el 1º de octubre y el 1º de noviembre **Valodia** recibió dos oficios del Ministerio de Salud Pública: Por el primero se lo designaba médico asistente de la policlínica; el segundo dejaba sin efecto el anterior.

Con diferencia de minutos una madrugada de primavera la policía golpeó en su casa y en las de Francisco Colmán, que era corresponsal de «El Popular», Ricardo Belvey y Ernesto Capurro. Lo único que sabían en la comisaría es que había una orden de trasladarlos a Young.

«Recién me enteré que los partidos marxistas han sido declarados ilegales», dijo el comisario explicando el motivo de la detención. Capurro fue liberado enseguida. El agente que operaba la radio trasmitía información y aguardaba instrucciones de Jefatura: «El doctor Roslik no es comunista, pero es presidente de un club comunista. Cambio».

Al mediodía el comisario les ofreció un asado y hasta los cuchillos que se

niegan a los presos comunes; «ustedes son detenidos políticos», justificaba. **Valodia**, sentado en un catre, suspiró: «Y yo que iba a aprovechar para adelgazar!».

Esa tarde Colmán y Belvey fueron devueltos a San Javier y Roslik llevado a la capital del departamento.

Pasó siete días incomunicado en una comisaría de Fray Bentos; durante el interrogatorio un oficial le preguntó adónde debían comunicar en caso de accidente. Mary fue todos los días –aun sin poder verlo– con un pretexto diferente: una vez con vitaminas, otra con remedios, la siguiente con ropa.

Un día que recién había retornado y se disponía a bañarse llegó un policía para avisarle que estaba libre y había que ir a buscarlo. Cuando volvió en sí de su ataque de alegría ya le había dado un sonoro beso.

En la siguiente reunión de la directiva del «Máximo Gorki» **Valodia** renunció a la presidencia; el viejo Miguel Dubikin –suegro de su hermano Miguel– que era el vice-presidente, volvió a ocupar el cargo que le había cedido hacía pocos meses.

La desvinculación no fue obstáculo para concurrir a la fiesta de año nuevo. El 1º de enero de 1974, además del tradicional arbolito iluminado en el medio de la pista, las danzas del **Kalinka** y la algarabía de los niños en torno de **Diet Marotz** y Blanca Nieves repartiendo juguetes y golosinas, existía para él un atractivo especial: algunos números del conjunto de bailes rusos habían sido preparados por Mary.

Durante la semana de turismo Alejandro Borche cumplió su promesa de visitarlos. **Valodia** había comprendido que para atender las consultas de las colonias vecinas y los frecuentes requerimientos del área rural necesitaba un vehículo. Cuando su amigo llegó acababa de comprar un auto viejo que les permitió pasear por los alrededores e ir a un baile en Paysandú con su sobrina Ana y Mary. También jugaron al billar y algunas tardes se formaban ruedas para conversar; a Alejandro le impresionaba la facilidad con que se relacionaba con la gente joven que era la mayoría en esos encuentros tan cordiales. El año siguiente Borche pasó a residir en Porto Alegre.

Diet Marotz: Santa Claus.

«Che, ¿hay mucho tupamaro en San Javier?», preguntó un día el doctor Jorge Burjel. Durante los últimos años la amistad profesional entre el jefe del servicio quirúrgico del hospital de Paysandú y el doctor Roslik, había crecido al punto de incluir aspectos ajenos a la medicina. Su primer contacto había sido a través de los pacientes que Vladimir derivaba para ser operados y siempre le contaban maravillas: que era un médico excelente, que se ocupaba del enfermo, que seguía atentamente su evolución. Uno que también era amigo de Voelker llegó a decirle que Roslik trataba a las personas como si fueran de la familia. Cada vez que atendía a su madre lo hacía como si fuese la propia; le daba un beso y le preguntaba:«¿cómo anda abuelita?». Su sola presencia ya empezaba a mejorarla.

«Vos sabés que yo no soy tupamaro –explicó **Valodia**–, en San Javier, por ser una colonia rusa, hay cazafantasmas; puede ser que haya alguno y esté tapado, pero no creo...». En otra oportunidad Burjel, que hasta entonces había votado en 3 o 4 propuestas políticas distintas, quiso conocer –quizá confirmar– la opción de su colega. «Vos no me vas a creer: yo no soy comunista –le confesó– pero lo guardo en silencio; el Partido Comunista me ha dado mi carrera en la Patricio Lumumba, me ha tratado muy bien y yo no puedo salir a decir que no soy comunista».

Al promediar la década de los setenta el servicio de Inteligencia del Ejército intensificó el envío de agentes a San Javier. Periódicamente aparecían «vendedores de mesas y sillas», «despedidos de fábricas» y «perseguidos por el proceso» cuya identidad nunca pudo ser comprobada. Tampoco fue posible confirmar si detectaron –algunos piensan que instigaron– las fantasías de Carlos Jacina, el hijo menor de Basilio, y Antonio Píriz. Más conocido como «Café-Café», Píriz era un brasileño del sur dedicado junto a su padre a la fotografía, que cierta vez tomó la cámara que le había prestado el doctor Roslik y la vendió en Montevideo.

Francisco Colmán defendía su economía cortando leña; una noche que resolvió dormir en la chacra de Jacina para aprovechar mejor la mañana, se encontró con una sorpresa. Primero salieron los perros y en seguida Carlos y Café-Café; le extrañó ver un bulto negro encima del carro ruso que siempre cubrían con una «mora». «¿Y, no viste arriba del carro lo que había?», interrogó excitado el dueño de casa. «Sí, vi una cosa tapada con una lona»; ¿qué tapaste?, le dijo. «Es una ametralladora porque esta noche viene la invasión», explicó con seguridad.

«¿Lo qué?», retrucó Colmán sin distinguir aun si hablaban en broma o en serio. «Pero se van a chasquear porque para el otro lado tenemos un cañón antiaéreo», insistió Carlos, aludiendo a una máquina vieja que habían preparado con un fierro apuntando hacia arriba.

La noticia corrió como un gemido: el 20 de mayo de 1976 fueron asesinados en Buenos Aires el senador Zelmar Michelini –que denunciara la tortura hasta el último minuto democráticó y más tarde escribiendo en algunas publicaciones–, el presidente de la Cámara de Diputados, Héctor Gutiérrez Ruiz, y otros dos ciudadanos uruguayos: Rosario Barredo y William Whitelaw. A fines de marzo la Argentina había sufrido el golpe militar que derrocó a la viuda de Perón y colocó en su lugar una Junta presidida por el general Jorge Rafael Videla; durante los años que siguieron un largo centenar de compatriotas –entre los cuales algunos niños– desapareció en su territorio.

Quebrado el último espejo que aún reflejaba, especialmente para los habitantes del litoral uruguayo, las noticias prohibidas de nuestra propia dictadura –los medios electrónicos argentinos–, el silencio se convirtió en su cómplice más peligroso.

Dando sentido a la sentencia de que la calma precede a la tempestad, una fría tarde de fines de junio cuando parecía que la dictadura nunca llegaría a San Javier, unos camiones del ejército cargados de soldados con metralletas irrumpieron en la avenida Artigas. El tamaño del operativo no guardaba relación con el objetivo que, obviamente, cumplía una función intimidatoria: allanar la casa de Belvey, hacer una hoguera con sus libros y llevarlo detenido a Fray Bentos.

Cuando lo trajeron, el 13 de julio, se llevaron a Francisco Colmán, el «Negro» Klivzov –que era profesor de matemáticas–, el dirigente colorado Sharistky, Adela Guchin y Susana Zanoniani. Mucho más que el maltrato, la humillación y los interrogatorios del oficial Julio Danzov Jlaquin –que la acusaba de enseñar a sus alumnos de primer año los colores con que estaban pintadas las columnas de Montevideo: rojo, azul y blanco– Susana Zanoniani sufrió el efecto de su destitución.

No poder concurrir más a la escuela ni siquiera para ver a su hija Analía, entonces con tres años, le partió el alma y marcó su vida para siempre. Su hijo menor tenía un año.

En el verano del 77 las relaciones de Miguel Zabalkin con su hija atravesaban el peor momento. Mary no toleraba el declarado amor de su padre por la que sería su segunda esposa y éste –preocupado con eventuales habladurías– le recriminaba constantemente los viajes largos con **Valodia** y las llegadas tarde. Cuando esta perversa situación de presiones recíprocas se tornó insoportable, Mary resolvió aceptar una invitación que había desestimado al conocer a su novio: se iría a vivir con la tía Ana en Montevideo donde podría estudiar o trabajar. La

respuesta de **Valodia** fue decidida: «No te vayas, vamos a casarnos».

La resolución tuvo varias repercusiones: Miguel Zabalkin primero no lo creyó y después se puso triste –al final era su única hija–; los que aún esperaban la llegada de la esposa e hijos extranjeros del médico se sorprendieron, y la propia Mary que había priorizado el noviazgo y su curso de inglés descuidando la **pridana** no sabía por dónde empezar. Entre febrero y mayo compraron en Paysandú lo indispensable para vivir juntos, alquilaron una casita cien metros al sur de la avenida Artigas y el 15 de julio se casaron.

«Tu casamiento no es válido porque no dijiste Sí», bromeó Otto Gómez con la novia que, emocionada, no había conseguido articular su consentimiento. El juez de Paz apreciaba a ambos, especialmente a **Valodia** que lo había estimulado y apoyado para finalizar su carrera. La fiesta fue en el Centro Bar donde, como manda la tradición, familiares e invitados llevaron sus comidas típicas y muchas ganas de divertirse. Los esposos se sentaron frente a la torta de boda –dos bizcochuelos cuadrados esmeradamente decorados, separados por cuatro copas y coronados con un adorno floral– y se mostraron radiantes toda la tarde. Ya en el final los clásicos festivos rusos y los tangos habían sido desplazados por el último disco del conjunto argentino «Katunga».

Salvo las pulgas, el hotel donde se hospedaron la primera noche en Porto Alegre resultó confortable; al día siguiente ya estaban buscando otro. Durante mucho tiempo recordaron aquella cena con Alejandro Borche en el bar Prinz cuando luego de comerse unos cuatro o cinco «sandwiches abiertos» con cerveza y mostaza –la más famosa oferta de la casa– y unos filets con crema, el médico los tranquilizó: «Pueden seguir comiendo que yo después les doy unas pastillas que resuelven todo».

El casamiento no alteró demasiado la rutina anterior.

Durante los seis años de noviazgo Mary había comprendido que debía compartir su marido con la medicina y una progresiva afición a los juegos, especialmente los de baraja. A **Valodia** le fascinaba la conga; era capaz de pasar horas jugando con su suegro, Ernesto Capurro y Miguel Kotvinski y –amparado en la intimidad de la noche y la confianza– putear como un maleducado cuando ligaba mal o le anticipaban un corte.

Jugar con Miguel Zabalkin era divertido por las historias que contaba aunque fuesen repetidas; siempre remataba su receta de **kvas** con la siguiente definición: «El vino de miel no sube a la cabeza; se te doblan las rodillas». La ocurrencia más festejada era aquella del comerciante de Paysandú cuando su madre le llevó su primer traje tras una noche de lluvia y baile. Ante el conjunto groseramente encogido el hombre había exclamado: «Qué estirón dio el nene!».

Mary tenía resuelto completar su «Teachers Training Course» en la Alianza Uruguay-Estados Unidos y seguir dando clases en San Javier. Ello significó continuar viajando todos los martes a Montevideo –hasta fin de año y luego todo

el 78– desde donde retornaba los jueves de noche o los viernes muy temprano. Como dignos recién casados siempre encontraban tiempo para pasear, pescar o compartir una comida con amigos. El sistema, empleado por muchos pacientes, de pagar la consulta con patos, pollos, corderos o lechones, proporcionaba frecuentes pretextos para el asado. Los visitantes, si deseaban, sólo tenían que llevar el vino.

«Mi amor te extraño mucho, muchísimo», escribió **Valodia** el 15 de abril de 1978. «Con esta nota te envío los libros que me pediste, falta el de Nelly que es el séptimo que te lo va a enviar por Onda el lunes desde Young. Por aquí no hay ninguna novedad de importancia. Espero que estés bien y que estudies mucho. **Yipsi** me viene a visitar todos los días y te busca hasta en el ropero. Te espero el viernes; con un fuerte abrazo y muchos besos: Vladimir. Saludos a todos. Portate bien.Chau».

Y el 31 de mayo: «Mi amorcito, te quiero mucho. De nuevo te escribo en una receta porque esta nota espero que sea como un tratamiento para ti. Bueno, yo estoy bien, pero estoy en un lamento solo. Jugué a la quiniela el 00 a la cabeza y me sale a los 2; si salía a la cabeza con el 18 (que salió) ganaba como 1.200, bueno que le vas a hacer. Junto con ésta te envío las órdenes de O.C.A. queda todo como te expliqué. Por el momento no he alterado el viaje, pienso estar el sábado por la mañana. Aquí mucho trajín; hoy no he podido recostarme al mediodía. Con un fuerte abrazo y muchos besos, Vladimir. (Hoy saqué $50 con el 916 que salió antes de los 10)».

Y el 14 de junio: «Mi amorcita querida Mary: Hoy de tarde recibí tu cartita; me puse muy contento por ella y porque salvaste la prueba. Pequeñas felicitaciones; las grandes van a ser para la próxima semana (felicitaciones). Yo casi saqué el doble que la quiniela $1.225 y tu padre está contento sacó $600. De regalo quiero un billetito de Montevideo, aquí ya compré. Estoy apuradísimo porque está por salir el ómnibus. Son las 9 y 45. Creo que me va a ser muy difícil viajar a Salto por algunos trabajos que tengo. Para el Ford Escort habrá que sacar alguna lotería más. Con un fuerte beso, Vladimir».

En la semana de turismo de 1979, Juan Semikin, el marido de Natalia Roslik, convidó a **Valodia** y otros parientes para pescar y cazar en la zona del río donde tenía su colmena y un galpón de apoyo. Allá fueron –unos embarcados y otros en auto–además de Juan, su hijo Alberto, su sobrino Alejandro, el primo Américo Roslik y el médico, que aceptó ir sólo unos pocos días.

Una vez que estaban comiendo un carpincho dice Américo: «Yo traje un vino especial». Era una delicia. «¿No te irá a hacer mal?, interrogó Alejandro sin ánimo de fastidiarlo. Recién de noche cuando se disponían a salir a cazar tatúes percibieron la situación: un pedo por unanimidad.

A través de una cruel mutación **Valodia** pasó de médico a paciente. «Yo los curo a ustedes; lo único que les pido es que me curen a mí», proponía. Entre

sorprendido y preocupado por su inusual situación preguntaba: «¿Y ahora qué le digo a mi mujer cuando llegue?». La respuesta acudía casi a coro : «Y bueno, quedate un día más»– y se repitió varios días porque el siguiente estaba peor que el anterior.

Este año Mary decidió rendir los exámenes en Montevideo pero estudiar en Young, lo que le permitía estar más tiempo con su marido. Cada vez que tenían un tiempito se iban a pescar al Puerto Viejo y pasaban por la casa de María Roslik. Su hija mayor había heredado de la bisabuela las artes culinarias; desde los 13 o 14 años sólo con el librito Royal como guía preparaba tortas que su tío consideraba un verdadero manjar.

Valodia era un individuo dulce y sereno; por eso Mary se asustó la única vez que lo escuchó gritar. El tema recurrente de cierta tensión era la timba: «Un día voy a ir y te voy a hacer volar todas las cartas de la mesa», lo había amenazado. Un domingo como a las dos de la tarde cuando el pollo ya se había achicharrado de tanto horno se fue en bicicleta hasta el Club River. La Brasilia estaba afuera y el **Yipsi**, llegando primero, delató su inminente presencia.

Cuando se paró en la puerta todos la observaron en profundo silencio. No volaban ni las moscas; parecía el momento del **western** en que van a desenfundar las pistolas. **Valodia** empalideció, saltó como un resorte y pasó al lado de ella sin pronunciar palabra. Se fue derecho a la cama y Mary tiró el pollo a la basura; la discusión, fuerte, aconteció después de la siesta. Fue entonces que negociaron tres días por semana para la conga –lunes, miércoles y viernes–; eso sí, sin límite de horario.

Un día, previo a la semana de Turismo de 1980, el director de la Alianza Uruguay-Estados Unidos convocó a Mary a su oficina. Parker Anderson, que también dirigía el departamento de Cultura de la Embajada, era una persona cordial. «¿Usted está casada?; ¿su esposo es médico?; ¿y es ruso?», preguntó sucesivamente. «No, es uruguayo y estudió medicina en Rusia», le explicó. «Pero usted nunca me había dicho eso», reclamó el director.

Anderson le contó que había sido informado por Daniel Jajulin –un vecino de San Javier muy vinculado con la Embajada– y le averiguó otras cosas. Cuando llegó a Farrapos Mary le comentó a **Valodia**, que había ido a esperarla, su extrañeza por la ocurrencia.

El marido de Susana Zanoniani –Jorge Gurin, más conocido como «Carozo»– trabajaba en el taller mecánico de su padre donde se construían equipos para recolección de girasol, carrocerías de camiones y galpones de toda forma y tamaño.

Sin embargo no era esta actividad que lo tornaba un invitado clave en las reuniones sociales y familiares de San Javier, sino su condición de buen acordeonista. Cuando la semana de turismo regresaron de Montevideo –luego de recibir a su suegra que retornaba de México– Basilio Semikin los convidó a comer un cordero en Puerto Viejo para celebrar el ansiado cobro de su jubilación. «Qué vamos a comer un asado un viernes santo», pensó Susana; al final fueron. Los Semikin estaban emparentados con los Roslik y juntos constituían la mayoría de los comensales; también participó un ingeniero hidráulico –descendiente de rusos y ex-becario de la Patricio Lumumba–, Esteban Gilsov, que trabajaba en la construcción de la represa de Palmar.

El domingo siguiente detuvieron a un hijo de Miguel Roslik que acababa de cumplir 18 años –Vladimir como su tío– y le informaron a la familia que se trataba de algunas averiguaciones. El martes 29 de abril de 1980 el pueblo amaneció invadido por camiones y otros vehículos del ejército; allanaron decenas de casas y arrestaron veinte y tantas personas con una ferocidad comparable a las invasiones de langosta que arrasaban las cosechas de los primeros años.

Uno de los primeros procedimientos, al amanecer, fue en la chacra de Jacina; Carlos interrumpió el ordeñe para acompañarlos en la revisación que incluyó hasta la plancha de la cocina a leña que su padre había construido. Buscaban armas pero sólo consiguieron llevarse una escopeta que colgaba de la pared y un baúl con cartas y fotos de los primeros años junto a unos discos rayados de Gardel.

Si el operativo hubiese terminado aquí, los pobladores lo habrían vinculado con la trayectoria de Basilio Jacina –viejo militante comunista y adalid de los movimientos agrarios de San Javier– o entonces la confirmación de dichos de su hijo que todos interpretaban como fantasías. Nunca entendieron por qué Carlos decía que «tenía un contacto mandado por Arismendi» o que estaba esperando dólares y armas. Los allanamientos continuaron durante todo el día.

El «botín» más preciado, salvo las escenografías montadas por ellos mismos, eran los libros. Además de éstos a Susana Zanoniani le llevaron una cassette que su cuñada había enviado desde México –y ella ocultaba en el fondo del ropero temiendo que su marido la borrara con otra grabación– y un ejemplar de Marcha de 1971 donde Quijano y Julio Castro le dedicaban artículos a su fallecido padre. La cassette contenía discursos y cánticos vinculados a la visita del Papa a tierra azteca.

«Yo jamás trabajo con contrabando», se disculpó ingenuamente Miguel Roslik. Con ese pretexto militares y policiales rodearon el Centro Bar y lo revisaron de punta a punta; igual suerte corrió la papelería de su esposa ubicada a unos doscientos metros. No encontraron nada. Cuando recibió la orden de acompañarlos Miguel le preguntó al agente Aguilera si había que llevar «ropa para abrigarse o algo»; «no, es un ratito nomás, para averiguaciones», respondió aquel.

El allanamiento a la sede del «Máximo Gorki» cumplió dos objetivos: vulnerar el espacio donde la colectividad reivindicaba sus rasgos culturales y fotografiar las armas de utilería del **Kalinka** –junto a la escopeta de Jacina y alguna otra– para exhibirlas como auténticas. Todavía sobró tiempo para arruinar las pinturas de Tocach –a ambos lados del escenario– y otros destrozos.

De a uno fueron conducidos al espacio abierto frente al destacamento de la Prefectura donde concentraban a los detenidos; la mayoría –incluido **Valodia**– había participado en el asado del viernes. Y empezó a llover. Al oscurecer fueron trasladados a la comisaría donde aguardaron el día siguiente sentados en el suelo.

En la noche del 30 de abril –víspera de un 1º de mayo cuya celebración imposible había sido transferida para el lunes– los cargaron en un camión y abandonaron el pueblo con rumbo desconocido. Durante el trayecto, que todos percibieron había virado al sur, sólo se veían las puntas luminosas de los cigarros que fumaban los soldados. Cuando el vehículo enfrentó el acceso a Fray Bentos entró a la derecha y no paró hasta llegar a su punto de partida: el Batallón de Infantería Nº 9. Allí, encapuchados, fueron confinados en el sector de celdas donde se inició el «plantón».

La proximidad de éste con la sala de torturas no era casual; los gritos desgarradores de familiares o amigos siempre producían en los que aguardaban su turno, el dolor, la angustia y el miedo que pretendían los torturadores. Algunos interpretaron más tarde que por tratarse de la madrugada del verdadero 1º de mayo hubo un especial ensañamiento; lo cierto es que para todos, especialmente para la familia Roslik, aquella noche estaban empezando los días más terribles de sus vidas.

El expediente debía concluir con la aceptación de que el asado de Semikin había servido para organizar el Partido Comunista, y –por fuerza de la tortura– no cabían negativas. **Valodia** gritó y lloró hasta el amanecer. «Hablen con

Alberto Silva!», imploraba cada vez que cedían los golpes o las quemaduras con cigarro.

Ciertamente el comisario conocía todos y cada uno de sus movimientos y los de cualquiera de sus compañeros de infortunio; en San Javier siempre bastó cruzarse con alguien en la calle o encontrarlo en el almacén para saber lo que comería ese día en el almuerzo o en la cena.

La acusación contra los hijos de Miguel Roslik –también habían traído a Víctor desde Montevideo– era tenencia de armas y práctica de tiro. «Ustedes revisaron mi casa y sólo encontraron cuchillos de mesa», se defendía Miguel, sin comprender aún que los inquisidores no estaban interesados en sus argumentos. Cuando la golpiza arreció porque, según indicaba la secuencia del interrogatorio, habían encontrado armas en la Cueva del Indio, recordó –en los pocos instantes de lucidez que la agresión permitía– a los hombres y muchachones que en la semana de Turismo habían llegado al Centro Bar en un camión. Y cómo le llamó la atención, a pesar del anuncio de que andaban de «caza mayor», la cantidad de armas modernas, algunas con mira telescópica que cargaban en el vehículo estacionado a cien metros de la comisaría.

Susana Zanoniani ya había percibido que era **Valodia** –lastimado, quemado–, el que pasaba al baño cuando sintió que arrastraban a los hijos de Miguel y otros jóvenes y los tiraban a su lado. La mayoría tenía menos de veinte años y habían sido sus alumnos en la escuela.

En algún momento difícil de precisar fueron conducidos al examen médico de rutina en los cuarteles de la dictadura.

«Desnúdese», ordenó el doctor Eduardo Saiz a la maestra; mientras obedecía a la vista de algunos soldados sintió miedo y, sobre todo, la horrible sensación de que su dignidad ya no valía nada. Salvo para el bancario Hugo González –a quien autorizó a estar sentado por su alta presión– el infierno se prolongó todavía algunos días.

De repente se oían unos chorros potentes de agua –para agudizar los choques eléctricos– y los gritos de **Valodia** pidiendo por favor que lo dejaran, que no podía decir nada porque no tenía nada para decir. Los primeros días con fuerza y después ya con poca voz. Susana no sabía si tiritaba de frío, de hambre, por agotamiento nervioso o por la suma de todo. Mientras oía los alaridos y temblaba, pensó en sus hijos, en los ataques de bronquitis del menor y recordó la permanente disposición de Roslik para acudir sin importarle nunca la hora.

Ese fin de semana, cuando Mary volvió de Montevideo se encontró con la noticia y la casa en el más absoluto desorden.

También percibió que el miedo, en muchos casos el terror, había ganado el ánimo de parientes y vecinos.

Simoncelli había trabajado hasta la madrugada con los balances de Arinsa, pero aquel lunes feriado tenía prometido a su familia hacer un asado y no tuvo otra alternativa que levantarse. El rocío todavía abrillantaba las plantas.

Mal había comenzado los preparativos llamaron a la puerta: era un comando militar instruido para allanar la casa y llevarlo detenido. La capucha que le colocaron al subir a un volkswagen blanco que aguardaba en la puerta, no le impidió percibir cuando atravesaban el puente sobre el río Negro. Tampoco demoró en reconocer que estaba en el cuartel de Fray Bentos.

El olor a excremento y la humedad, dominaban el ambiente. El uso permanente de la capucha les había hecho perder la noción del tiempo y aguzado la percepción auditiva. Nunca olvidarán los gritos y lamentos, el sonido próximo de aquel tren y, sobre todo, el abrir y cerrar del portón que los separaba de los torturadores.

«Qué olor a mugre que hay acá!; hoy se van a bañar todos», resolvió un oficial al comenzar la segunda semana. Simoncelli pidió el bolso donde tenía su máquina de afeitar y luego de usarla la ofreció a sus compañeros de cautiverio. Entonces se acercó una mujer militar: «¿Podría darme la máquina para una persona que está en otro lado?... Usted la conoce, es para Vladimir Roslik», explicó al ver la cara de sorpresa del ingeniero.

Susana estaba con la presión alta y no paraba de llorar: el lunes siguiente su hijo menor cumpliría cinco años, una edad en que la infamia es aún un fenómeno incomprensible. «¿Qué te pasa?», la interrogó un soldado con dudoso sentimiento. «A vos te vamos a dejar salir; total, con tu marido nos alcanza», anunció. La liberaron en la víspera del cumpleaños, junto con el bancario González, cuya esposa los condujo hasta San Javier. A Simoncelli lo largaron el miércoles y luego otros.

Los once restantes –los dos hermanos Roslik, los dos hijos de Miguel, Esteban Gilzov, Jorge Gurin, Víctor Macarov, Aníbal Lapunov, Miguel Schevzov, Ricardo Bozinski y Carlos Jacina–permanecieron incomunicados. Todas las veces que Mary fue con la intención de ver a **Valodia**, recibir alguna información o, quién sabe, retornar juntos a San Javier, sólo consiguió cambiar el bolso de ropa limpia por el de ropa sucia; en el primer canje las prendas estaban ensangrentadas y rotas. No era un trámite fácil: las esperas eran largas y siempre concluían con el argumento angustiado de que en diez o quince minutos partiría su último ómnibus.

A veces, ante el reclamo de que ya hacía tiempo que había iniciado la gestión, le preguntaban: «¿Y con quién habló?» ¿Sería el capitán NN o el coronel JJ? Y como nunca nadie sabía nada la diligencia se iniciaba nuevamente. Otras, la dejaban con un perro mientras ella presentía que la observaban.

El 30 de noviembre los militares someterían a plebiscito su propuesta conocida como «Pautas y Nueva Constitución» a través de la cual, invocando

razones de Seguridad Nacional, se consagraba la tutela permanente de futuros gobiernos.

En el comienzo de julio, a las seis de una mañana terriblemente fría, cargaron a los presos en un camión y los trasladaron al Penal de Libertad. La rutina de las primeras horas incluía revisación médica, entrega de uniforme, corte de cabello «al rape» y asignación de número y celda; pasaron a dormir en unas tarimas de hormigón sobre unos colchones que se entregaban de noche y se retiraban de mañana temprano. Tenían que hacer ejercicios permanentemente para no desmayar de frío.

Más desgraciados eran los que recluían en la «leona», un diminuto espacio cerrado con gruesas cadenas y enormes candados donde dormían en el suelo; **Valodia** y su sobrino Vladimir pasaron allí una semana. Y aún más temible era «la isla», un sitio de castigo donde muchos terminaban delirando.

A través de la mampara de vidrio Mary observó cicatrices en las manos de su esposo, sobre todo en la que sostenía el tubo del teléfono; no obstante, nunca supo que durante varias semanas no conseguía levantarlas ni para comer. Habían pasado dos meses sin verse y sin embargo no pudieron articular una conversación: **Valodia** lloró todo el tiempo jurando que era inocente, angustiado por la posibilidad de que su esposa no le creyera, y ésta porque sufría viéndolo como nunca lo había visto antes. Antes de concluir la visita pudo asegurarle que creía en él, que lo quería como siempre y que procuraría un abogado para sacarlo de allí.

Mary, que hasta ese momento había vivido protegida y mimada por su marido, se encontró sola con un montón de papeles vinculados al consultorio, la casa, el auto, y descubrió que ni siquiera sabía llenar un cheque. Fue entonces que resolvió buscar trabajo en Montevideo, empleándose como administrativa en el mismo lugar donde estudiaba inglés: la Alianza Uruguay-Estados Unidos. De un modo especial, comprendió que la situación había invertido los roles y que ahora era su vez de velar por **Valodia**.

Durante los doce meses que permaneció en el penal nunca dejó de llevarle el paquete con los productos autorizados; abundante, para compartirlo con alguno de los que no lo recibían. Era como un rito: lo preparaba con bastante anticipación y lo acondicionaba en la bolsa en que había bordado, con hilo azul, el nombre, el número de piso y el sector donde estaba recluido. Tenía miedo de que le rechazaran algún alimento por exceder el peso permitido y pesaba todo

rigurosamente: el dulce de membrillo hecho puré, la cocoa que muchas veces sustituía por «completo puritas». El único preparativo que la contrariaba era rallar el chocolate y las barras de jabón por las lastimaduras que le producía en los dedos.

Si **Valodia** hubiese imaginado que a veces no tenía dinero ni para comprar la leche, ciertamente no le habría pedido dulce de frutillas o aquel libro de Farmacología que su mujer se empeñó en llevarle. En materia de alimentación Mary tenía crédito en el almacén que había abierto en San Javier –luego de jubilarse de la policía– el agente que en 1973 le trajo la noticia de que el médico estaba libre.

En la primera visita de agosto Susana Zanoniani la encontró en la puerta del Penal y le informó: «Tu suegra murió el miércoles y ya la enterraron». **Valodia** volvió a llorar pero esta vez con un llanto más contenido; lo que Mary no sabía es que al morir un pariente directo tenía derecho a una visita especial donde podría abrazarlo y tomarle las manos. Cuando se lo explicó a Amanda –la oficial que tenía a su cargo la relación muchas veces tensa con los familiares– el encuentro quedó acordado para la próxima.

Durante todo el invierno concurrió al Penal con el mismo vestido, igual que el verano siguiente. Los familiares de los presos «veteranos», con años de experiencia, siempre recomendaban: nada de mariposas ni flores, ni tajos en la pollera, ni blusas sin mangas, ni escotes. Las visitas «especiales» transcurrían en un subsuelo –a veces simultáneamente– bajo la atenta vigilancia de soldados y perros. Estuvieron sentados en un banco sin saber qué decirse; cuando faltaban diez minutos para finalizar Mary preguntó si podía tomarle la mano. Le informaron que sí y que podía abrazarlo, pero tenían miedo hasta de tocarse. Estaban aterrorizados.

Buena parte de la atención de la salud estaba a cargo de médicos reclusos. Una mañana que Miguel Roslik se quejaba por causa de su hernia, uno de los llamados médicos-compañeros abrió la ventanilla de su celda en el tercer piso: «¿Vos sos Roslik?», preguntó en voz baja. «¿Y usted es Day?, conocí a uno que era juez en San Javier». «Ese era mi padre», respondió el doctor Eduardo Day, recordando que cuando niño había frecuentado la chacra de los Roslik para comprar aves y crema de leche.

El médico inició el trámite para una rápida intervención quirúrgica pero Miguel evitó preocupar a su mujer. Cada quince días María Rosa Dubikin, apoyada alternadamente por sus dos hijas y las cuñadas, visitaba al marido y sus dos hijos en tres tandas: empezaba a las siete de la mañana y terminaba a la una de la tarde.

Una noche cerca de las nueve –la hora en que se apagaban las luces– alguien le ordenó: «2767, vístase y acompáñeme hasta la sala de oficiales». Decididamente no era un horario normal para sacar a nadie de su celda; los vecinos del sector

le prometieron mantenerse a la expectativa. Cada piso que bajaba los recuerdos frescos del cuartel lo atropellaban aumentando el miedo.

«Queremos pedirle un favor –comenzaron–; en el primer piso está faltando un médico y su hermano está dispuesto a trabajar. Para que no esté solo, si está de acuerdo, mañana a primera hora se viste y trae todas sus cosas para estar con él». Miguel no había tenido una alegría así en mucho tiempo.

Todas las mañanas temprano **Valodia** recorría las veinticinco celdas de cada sector distribuyendo los medicamentos recetados por su antecesor –que pasó un mes en «la isla» tras su renuncia– y atendiendo eventuales consultas entre los cien reclusos del piso. El reencuentro con Miguel contribuyó para concretar su internación en el hospital militar donde el descubrimiento de un quiste sobre un riñón acabó postergando la operación de hernia.

Ni durante este primer período ni en las dos oportunidades que lo llevaron para operarle la hernia le autorizaron visitas. Un día hubo una falsa alarma: «¿Quién es de Río Negro? –preguntó un capitán– prepárese que va a tener visita». Miguel se aprontó pero más tarde le informaron que había sido un error. Al retornar al Penal, dos meses después, volvió a compartir la celda con su hermano.

El día del plebiscito transcurrió sin información. Era sospechoso porque la noticia del triunfo de Reagan la habían difundido por los altoparlantes esa misma medianoche. Cuando la dieron, al día siguiente, la algarabía fue tan grande que les impusieron una sanción colectiva. Algunos guardias comentaban entre ellos: «Los **pichis** les ganaron a los **viejos**».

Era difícil de entender. Para los opositores al proyecto no hubo radios, ni diarios, ni televisión –exactamente al revés que el gobierno militar–, ni un solo acto masivo en Montevideo ni en ninguna capital del interior y sin embargo ganó el NO.

Cómo temblaba el ministro del Interior al anunciarlo: «66 por ciento NO y 33 por el SI en Montevideo; 58 y 42 en todo el país».

En San Javier y otras localidades donde el miedo había calado más profundamente, el SI ganó por escaso margen –539 contra 502 según el escrutinio primario– pero ciertamente el 30 de noviembre de 1980 las boletas amarillas y negras del NO hirieron de muerte a la dictadura con el arma que ella misma había elegido.

En diciembre, al finalizar los cursos de la Alianza, Mary resolvió continuar trabajando durante las vacaciones y se fue a Punta del Este. Su ocasional empleo de mucama tenía mucho que ver con las telenovelas argentinas –delantal combinando con las cortinas, etc,– y al principio se sintió horrible, pero eso le permitió pagar las deudas, continuar viajando a Libertad con el paquete permitido y hasta economizar los $5 mil de la fianza de **Valodia**.

Decidida a no desmayar un instante continuó las ineludibles peregrinaciones

por los juzgados militares de Montevideo, muchas veces con Susana, la esposa de «Carozo», y María, la mujer de Esteban Gilzov, que es rusa y tenía tanto miedo que siempre hablaba en voz baja por temor a los micrófonos ocultos. Sin formación política, crítico del comunismo, «Carozo» fue uno de los que más sufrió el cautiverio. «Si ellos me metieron aquí que me saquen ellos», solía argumentar para justificar su decisión de no contratar un abogado.

Los tres eran defendidos de oficio por el coronel Otto Gilomen, un abogado que se comportó correctamente; no era de crear falsas expectativas, atendía con cordialidad y se ocupó personalmente de notificar, llegado el momento, la libertad preventiva decretada por el juez.

En relación directa con los movimientos de la «marea» en el penal, Mary encontraba a su marido más o menos animado. «¿Sabés que me ofrecieron para lavar las ollas?», le decía. «Qué bárbaro!», lo alentaba; de esa forma podía ganarle al black-out de las 9 de la noche y quizá comer algún plato extra. Otras veces lo vio bronceado por el sol que recibían cuando lavaban las sábanas entre cuatro –un cuarto para cada uno– mientras aprovechaban para conversar.

En un momento de «marea baja» lo cesaron en su función de médico y pasó a ocupar la misma celda que «Carozo». «Tengo un doble castigo», comentó cariñosamente aludiendo a su comportamiento. Su compañero no quería salir al recreo –se pasaba todo el tiempo trabajando con cuero y fumando– y sufría unos pozos depresivos terribles. La proximidad y el afecto de **Valodia** le permitieron sobrevivir.

En marzo, cuando terminó el trabajo en Punta del Este, Mary retornó a Montevideo y se empleó sucesivamente en varios lugares como limpiadora. Un día que caminaba por la calle Mercedes casi llegando a Ejido, vio un aviso laboral en la farmacia Canon y entró; empezó limpiando, haciendo mandados y permaneció alrededor de tres meses.

Demoró en descubrir que las manualidades y pequeñas piezas de cuero y acrílico que recibía no las hacía su marido sino sus compañeros; **Valodia** ocupaba su tiempo en tareas colectivas –cuando se lo permitían– y especialmente en la lectura. Sin contar las Paturuzito, una de las revistas autorizadas, leyó todos los libros de medicina que le llevó su esposa y buena parte de los volúmenes que la Cruz Roja había donado al Penal.

Nunca antes Mary deseó tanto haber tenido un hijo. Durante las visitas los presos disponían de 45 minutos para conversar a través de la mampara y cuando tenían hijos transcurrían otra hora con ellos en un pequeño parque. Mientras regresaba un domingo a Montevideo pensando en qué momento le propondría a su esposo la paternidad, otro familiar que viajaba en Cita le informó el nombre y la dirección de uno de los pocos abogados que a esta altura asumían la defensa de presos políticos: el doctor Morás Outeda.

Una mañana en que casi todo el tercer piso salió a carpir, **Valodia** se

reencontró con su hermano. «¿Sabés que ya firmé en el juzgado y tengo la condicional decretada por el juez? Así que...

Capaz que ésta es la última vez que nos vemos por acá», completó Miguel sin poder abrazarlo.

Aquel miércoles Mary ya había aprontado el paquete que llevaría al día siguiente y estaba trabajando en la farmacia cuando llegó corriendo la dueña de la pensión. Doña Carmen estaba pálida y Mary pensó en su padre. «Llamaron del Penal y el viernes tenés que ir a buscar a tu esposo», le dijo, mientras se abrazaban y lloraban. Los dueños de la Canon nunca creyeron –como les informó al reivindicar el empleo– que el marido la había abandonado; acordaron el cese y le adelantaron el sueldo con el que compró unos zapatos «Gallarate» para la salida.

Loca de alegría, Mary se dedicó el jueves a los últimos detalles; mientras se comunicaba con Susana y María –confirmando la liberación también de sus maridos– y telefoneaba a San Javier para que tuvieran las estufas prendidas y providenciaran los platos favoritos, **Valodia** permaneció en la fila de espera –angustiado por su ausencia– todo el tiempo de la visita. Hasta el último minuto no les comunicaron la salida.

El 24 de julio a las siete ya estaban en la puerta del Penal; había que estar a las diez. El día era hermoso pero el escenario y la circunstancia le restaban brillo: revisación exhaustiva, bayonetas por todos lados, trámites interminables. Salieron como a las tres. Para no defraudar a su mujer **Valodia** se puso el traje –le parecía ostentoso– y guardó la corbata; Mary le dio un beso en la mejilla.

Las tres parejas salieron de manos dadas, en fila india, sin emoción, sin sonrisas. El reglamento les impedía ser efusivos y un extraño designio les prohibía ser felices: el del miedo. Esteban se fue para Montevideo y la camioneta de «Carozo» estaba tan llena que decidieron aguardar un ómnibus. Mary le había propuesto pasar dos o tres días en la capital pero **Valodia** dejó entrever que le atemorizaban los grandes espacios y el gentío.

Tenían que esperar hasta las siete y se fueron a comer algo en un bar de Libertad; antes, Mary lo presentó a la señora que atendía en la agencia Cita y había sido tan gentil con los sanjavierinos. Como no tenía hambre pidió un café y un sandwich caliente; **Valodia** la sorprendió ordenando frankfurters porque deseaba reencontrarse –a través de la mostaza– con sabores más gustosos que los que había experimentado en todo este tiempo.

La espera no tardó en resultar tediosa. A **Valodia** le temblaban las manos y

el diálogo se desarrollaba como a través de la mampara: telegráfico, sin encontrar su cauce.

En determinado momento dijo que iría al baño y demoró diez o quince minutos; Mary se había puesto nerviosa.

«Me estaba mirando en el espejo», dijo, recordándole con la expresión que aquel le había estado vedado todos estos meses.

La charla se hizo fluida en el viaje. Cuando el ómnibus paró quince minutos en Cardona estaba tan animado que pidió una botella de vino; sólo percibió que estaba sin dinero al llevar la mano al bolsillo. Hablaron de tantas cosas, de manos dadas todo el tiempo, que cuando quisieron acordar ya estaban en Farrapos. Eran las once de la noche. En la casa no cabía un alfiler, la estufa era un fogón a todo trapo y la cocina estaba particularmente repleta: pollos, crema, ricota, huevos, dulces, tortas. Mary tomó a **Yipsi** en los brazos y se sentó en el único rincón que estaba disponible; pensó, íntimamente: «misión cumplida».

Eran como las tres cuando un pastor pidió la palabra y sugirió: «Bueno, vamos a retirarnos porque esta pareja tiene que gozar». Lo dijo en el sentido del reencuentro pero a Mary le pareció grosero. **Valodia** estaba nervioso, sufría de calambres y como no podían dormir a eso de las cinco prepararon un té con limón; él mismo lo llevó a la cama con un plato de pollo cortado en pequeños pedazos. A las siete, como había sido acordado, Miguel Zabalkin y otros amigos ya estaban en la puerta para salir a recorrer el pueblo. Las visitas se sucedieron por varios días.

Ni durante las primeras semanas ni en el transcurso de los meses siguientes conversaron sobre sus vidas en aquel período. Tenían la percepción de que ambos eran diferentes y que en consecuencia había que empezar de nuevo. Y así lo hicieron.

Los efectos de la tortura y la prisión se reflejaban casi a diario bajo signos y gestos físicos y sicológicos; **Valodia** se mostraba nervioso, angustiado, con miedo del frío, de los ruidos. Cualquier auto que paraba frente a su casa le humedecía las manos de transpiración; dormía poco y tomaba té continuamente como prolongación del hábito que los mantenía calientes en el Penal.

Sin embargo ninguno de estos sufrimientos era comparable al dolor que le producía no poder ejercer la medicina; lo tenía prohibido hasta nueva notificación. Sus pacientes –muchos de los cuales habían jurado no consultar al doctor Voelker ni enfermos– lo visitaban en su casa tras haberlo aguardado todos estos meses; él les explicaba la situación y a lo sumo anotaba alguna indicación en un papel cualquiera.

«Calma! –reclamaba Mary– lo que pasa es que el permiso viene en tortuga», y lo invitaba a podar las rosas o a cortar el césped. A veces Miguel Zabalkin venía para jugar a la conga y otras salían a pescar. Así transcurrieron más de dos meses.

Una tarde a la hora de la siesta un agente policial trajo la noticia de que debía

concurrir a Fray Bentos a firmar la autorización para ejercer. «Vladimir: llegó la tortuga con el permiso», le avisó, sin comprender cabalmente lo que ello representaba para su marido. Primero **Valodia** lloró como un niño y luego la abrazó con tanta fuerza que Mary sintió dolor en los huesos. No pasaron cinco minutos y ya estaban en el consultorio limpiando y acomodando las cosas.

Y estaban en plena tarea cuando llegó el primer paciente: un niño que al caerse se había hecho un corte en la cabeza. Nunca entendieron cómo la novedad se extendió tan velozmente; la gente continuó llegando hasta la noche y sólo pudieron irse a eso de las once.

Era como si hubiese empezado a vivir muy tarde: **Valodia** comenzó el liceo a la edad en que los jóvenes de las ciudades lo terminan y se fue a Moscú con 21 años, la época en que la mayoría de los estudiantes está promediando su carrera. Esta circunstancia, agravada por factores como el postergado proyecto de construirse una casa con consultorio y la precaria economía de su padre, lo conflictuaban a la hora de asumir responsabilidades personales. Un caso patente había sido la dilatada concreción de su casamiento.

No era que no le gustaran los niños, pero cada vez que Mary le proponía la paternidad –algo que ella ya había resuelto antes de que saliera del Penal– **Valodia** insistía en que no estaba preparado y que aún no había llegado el momento. El pretexto más frecuente era su régimen de «libertad vigilada» que lo obligaba a presentarse los lunes a las 7 de la mañana en la comisaría y a solicitar autorización para desplazarse fuera de la planta urbana.

Un día que la situación se reveló insostenible viajó a Montevideo para entrevistarse con Moras Outeda; el abogado se había hecho cargo de su causa prácticamente al producirse la excarcelación por lo que recién se conocieron cuando reivindicó la devolución de los libros que le sustrajeron durante el allanamiento de 1980. Algunos eran fundamentales para su labor médica, siempre minuciosa y responsable.

Toda vez que debía responder a un llamado fuera del perímetro urbano se planteaba un proceso «kafkiano»: dependiendo de la distancia y el período de ausencia tenía que autorizar la salida en el Batallón o la propia comisaría, sin contar con que la mayoría de las veces el pedido había sido recepcionado telefónicamente en esta última. «Más allá de formular un planteo en la justicia militar –donde el mando del juez comienza y termina en la puerta del juzgado– es poco lo que se puede hacer», le explicó el abogado.

Como indicaba el cronograma de la «transición» iniciada en setiembre de 1981 por el general Gregorio Alvarez, en noviembre de 1982 se celebró la elección de autoridades partidarias. La proscripción de la mayoría de los dirigentes políticos provocó el surgimiento de nuevos candidatos y en los partidos Nacional y Colorado prevalecieron las fuerzas claramente opositoras a la dictadura. Como reflejo de la propuesta del general Seregni, preso desde 1973, encauzada por una campaña del semanario «Aquí», hubo más de sesenta mil

votos en blanco representantes de la existencia del Frente Amplio que tenía prohibida toda actividad.

También en noviembre, imprevistamente, se produjo el quiebre de la llamada «tablita» que disponía el ritmo y la medida de las devaluaciones del peso uruguayo. El hecho no sólo consternó la economía del país y su imagen frente a los acreedores, sino que llevó a la ruina a miles de pequeños productores y empresarios que habían tomado créditos en dólares.

Aquel verano Mary resolvió que no daba para discutir más: «Lo tenemos y punto», le dijo; al comenzar el otoño descubrió que estaba embarazada y a **Valodia** se le cayeron las babas. «Por fin –lo embromaban sus amigos– después de tantos años!».

Desde Montevideo llegaron noticias del acto del 1º de mayo –el primero autorizado en diez años de dictadura– convocado por las «asociaciones profesionales» que dieron origen al Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT): 100 mil personas. También en este sector las numerosas proscripciones y el exilio produjeron el nacimiento de jóvenes dirigentes sindicales.

Mary quería una nena –hasta había elegido el nombre de Larisa Irina– pero tenía certeza de que sería un varón como apostaba su marido jugando billetes de lotería con amigos y pacientes. La incógnita se develó en setiembre a través de una ecografía y el nombre lo eligió el padre: se llamaría Valery. Mary, que padecía algunos transtornos derivados de su presión alta, aprovechó el consejo de su ginecólogo Fernando Burjel en el sentido de reposar y una súbita disposición de **Valodia** para disfrutar durante algunas semanas las añoradas «mañas» de recién casada.

El diálogo del Parque Hotel entre los militares y los partidos políticos habilitados había fracasado; aquellos insistían en imponer las 24 pautas constitucionales rechazadas en el plebiscito de 1980 y surgieron los «caceroleos» como gesto de protesta colectiva. El 9 de noviembre una manifestación convocada por el PIT en el centro de Montevideo fue disuelta a sablazos, gases y cargas de caballería. Las cifras informadas por los organizadores duplicaron las oficiales: 500 detenidos y más de cien heridos.

El nacimiento fue el 22 de noviembre, por cesárea; a pesar de que en determinado momento se sintió mal y le ofrecieron un asiento, **Valodia** fue el primero en verlo. Y en malcriarlo.

Había pasado meses anunciando que no le haría upa, ni mimos, ni mañas y terminó desatendiendo el consultorio. Atendía un paciente y salía corriendo; atendía otro y disparaba. Le dio los primeros baños, lo paseaba por la casa mientras Mary preparaba el almuerzo, o se sentaba abajo de un árbol en el fondo y le mostraba hojitas y le conversaba. Ya desde el embarazo Valery había comenzado a devolverles la ilusión de que era posible vivir en paz.

En la tarde del 27 de noviembre –una iniciativa similar había sido denegada

en agosto– unas 400 mil personas cantaron, bailaron, aplaudieron y lloraron en el parque Batlle de Montevideo frente al enorme estrado que ocuparon, salvo los proscriptos y exiliados, todos los dirigentes políticos del país. El actor Alberto Candeau leyó una proclama unitaria redactada por los abogados Enrique Tarigo y Gonzalo Aguirre y la mejor foto del acto fue publicada bajo el título: «Un río de libertad».

Ni bien le cayó el ombligo Valery recibió sus primeros baños en la costa; lo llevaban todos los días para tomar el sol que se filtraba entre los sauces. **Valodia** lo presentó por los boliches y el abuelo Zabalkin lo paseaba en cochecito por el pueblo; al final sólo lo traían a la hora de mamar. Estaban tan orgullosos! En un viaje a Paysandú el médico llegó a comentarle a «Carozo» y a su esposa que «hasta los diez» no pararían.

En la víspera de Navidad Mary aun no había superado la hipersensibilidad típica del posparto: le dolía la herida, transpiraba, le brotaba la leche y sentía los olores de su cuerpo; precisaba sobreponerse porque esa noche cenarían en la casa paterna de los Roslik. Recién había vestido a Valery con las mejores galas y se había puesto la única pollera que le prendía cuando aquel le vomitó encima. No conseguía parar de llorar. **Valodia** cambió al bebé, limpió la pollera con un paño húmedo, la secó con el secador de cabello y pasó perfume en los tres. Cuando llegaron al largo corredor ya era más de medianoche.

Esta manera de ser, a veces su sola presencia, siempre trasmitía serenidad. Aun jaqueado por las secuelas del Penal –calambres, insomnio, sobre todo miedo– y el despersonalizante régimen de «libertad vigilada», **Valodia** encontraba motivo para el humor: «Soy un preso de lujo –solía bromear– tengo agua caliente, televisión, perro, gato, como cosas ricas...».

Antes de fin de año Elena Rezzano le trajo un mensaje de su hermana que había retornado hacía poco de Buenos Aires. Malena guardaba un recuerdo tan grato de aquellos años en Moscú y sentía tanto afecto por él que no tuvo dudas en reivindicar a Valery como ahijado. Quería conocerlo, abrazar a los padres y anunciaba su visita. «Si me quiere lo suficiente, dile que no venga», mandó decirle.

En el comienzo de 1984 –año electoral según el cronograma–las tensiones y contradicciones del régimen abrían y cerraban, intermitentemente, el curso del retorno democrático. Con las negociaciones políticas interrumpidas como inquietante telón de fondo, enero fue escenario de una visita de 154 niños –hijos de exiliados y presos políticos– patrocinada por el gobierno español y la Cruz Roja Internacional; el PIT fue ilegalizado luego de impulsar el primer paro general desde la huelga de junio de 1973. La prensa escrita sufría un peculiar régimen de censura: la autorización para circular dependía de la revisación de los primeros ejemplares que se practicaba al pie de la impresora. En mayo, tras 32 meses de «transición», el general Gregorio Alvarez había decretado 9 clausuras definitivas y 21 cierres temporarios incluyendo radios y TV.

En San Javier la mejor oferta informativa continuaba siendo la televisión argentina; las tomas horrendas de la guerra de Las Malvinas y, en la secuencia, el principio del fin de la dictadura, habían dado paso en diciembre a las imágenes de una trabajosa reconstrucción democrática timoneada por el presidente Raúl Alfonsín.

Durante la segunda quincena de marzo el doctor Roslik y su esposa resolvieron pasar unos días en las termas de Guaviyú y solicitaron el permiso correspondiente en el cuartel de Fray Bentos. Fueron con una prima de Mary que vivía en Paysandú –Quela– y su familia. Todo había transcurrido normalmente hasta que **Valodia**, antes de volver a casa y cumpliendo con los requisitos de la autorización, se presentó en el Batallón Nº8: lo tuvieron tres horas esperando en el patio; cuando volvió, pálido y nervioso, Mary ya estaba saliendo en su busca.

La liberación del general Líber Seregni y del dirigente comunista José Luis Massera ocurridas en este mismo período, coincidieron con la llamada «crisis de confianza» entre los partidos Colorado y Nacional. El primero había acusado a los blancos de pretender postergar las elecciones y éstos habían respondido con un desmentido oficial y algunas provocaciones.

El 2 de abril el Comité Ejecutivo colorado emitió una declaración reclamando «la apertura de un gran diálogo nacional sin exclusiones de clase alguna» y señalando su voluntad de «no dejarse arrastrar en el camino de los agravios».

Por detrás de la retórica, la proscripción del candidato presidencial Wilson Ferreira Aldunate había determinado el retiro de los blancos de las negociaciones

con los militares; radicado en Londres, el líder había anunciado un viaje a Buenos Aires para el día 23 desde donde retornaría al Uruguay culminando once años de exilio. El viernes 6 al mediodía radio Carve informó, citando fuentes castrenses, que sería detenido inmediatamente a su llegada.

Las desproscripciones de Zitarrosa –que cantó el sábado 7 en el Franzini– y Viglietti, y los avisos de la Corte Electoral comunicando, imperturbables, que el 15 de mayo vencía el plazo para la inscripción cívica, constituían aisladas pero auspiciosas señales de apertura. Entre el lunes 9 y el miércoles 11 el general Alvarez mantuvo sucesivas reuniones con los comandantes de las tres armas para ajustar el documento que presentarían a los partidos; el martes 10 y el sábado 14, a instancias del general Seregni, los dirigentes políticos alcanzaron avances en procura de la concertación.

El jueves 12, apenas tres días después de que los partidos tradicionales hicieran pública su preocupación por los nueve dirigentes tupamaros considerados «rehenes», seis de ellos fueron trasladados al penal de Libertad y más tarde los tres restantes.

El Comando General del Ejército incorporó por estos días una demanda interna: al cabo de un encuentro reservado los jefes de Salto, Paysandú, Fray Bentos, Tacuarembó y Durazno, habían resuelto exigir a los mandos superiores que obtuvieran la seguridad de que en futuros gobiernos civiles no habría revisionismo sobre los métodos empleados para «combatir la subversión». Fue precisamente el jefe de la Brigada Nº3 de Infantería en Salto, coronel Ruben González, quien trasladó al Batallón Nº9 de Fray Bentos la orden de realizar un operativo para esclarecer maniobras subversivas en la zona de San Javier.

El martes 10 una Brasilia blanca con militares vestidos de particular comenzó a recorrer el pueblo usando la comisaría como base de operaciones. **Valodia** comentó con Mary: «Esos son del Batallón de Fray Bentos, del S2; es personal especializado de inteligencia». El lunes un chofer de Sabelin se encontró, a la altura de Porvenir, con el brasileño Antonio Píriz da Silva Junior. La sorpresa fue mayúscula: «Café-Café» había abandonado San Javier junto con sus padres en 1978 y desde entonces nunca nadie tuvo noticias. En 1980, luego de vivir un período en Livramento había retornado a Sao Francisco de Assis –su ciudad natal– donde se casó, por poco tiempo, con Santa Almeri Muller; decepcionado por la separación volvió a la ciudad fronteriza donde hizo amistad con unos ediles y conoció los calabozos tras involucrarse en algunas peleas. Como la vida no mejoraba el 3 de abril cruzó a Rivera y rumbeó, sin prisa, para Río Negro. «Llevame», le pidió al chofer.

Píriz no era el tipo de persona que despierta simpatía: hablaba en portuñol, se comportaba de manera «cantinflesca» y su afecto por la bebida le había permitido conocer también los calabozos de San Javier. Muchos que lo vieron llegar en aquella actitud ambulante –oscilando entre la busca de una changa y la

oportunidad de un robo– no pudieron disimular su desagrado. Aprovechando su condición de recién llegado el brasileño visitó algunos conocidos, bebió unas copas gratis y consiguió colarse en el camioncito de Juan Chimailov cuando éste viajó a Bellaco para llevar unos cueros de oveja.

El martes lo detuvieron; luego de un rato en la comisaría lo metieron en la Brasilia blanca y salieron en dirección a Fray Bentos. Al llegar a un recodo del camino lo bajaron, le quitaron las esposas, el delantal que le cubría el rostro y comenzaron a golpearlo. Las preguntas eran: dónde están las armas y a qué grupo pertenecía. Uno de los golpes le partió el labio, le arrancó un diente y le aflojó el de al lado. La agresión duró unos quince minutos; le limpiaron la cara, le retornaron la venda, las esposas y continuaron el trayecto. Al ingresar al Batallón Nº9 permaneció varias horas de «plantón».

Estaría anocheciendo cuando lo trasladaron al húmedo local –aparentemente un subsuelo– donde los sanjavierinos pasaron los peores momentos de 1980. Lo colocaron sobre una tabla de inmersión y le conectaron un cable eléctrico en la mano y otro en el pie; mientras le practicaban el «submarino» y le aplicaban choques las preguntas de la golpiza se repetían.

En la madrugada Píriz fue conducido a una celda donde transcurrió el miércoles atado y arrodillado; ese día, en un monte donde cortaban leña, prendieron a Gmurenko y Esteban Balachir.

En la noche el brasileño volvió a ser torturado y al amanecer –encapuchado, esposado y con los pies atados– fue llevado en un camión hasta las inmediaciones de «Puerto Viejo»; al retirársele la capucha y las ataduras pudo percibir que estaba rodeado por unos diez soldados armados.

Le dieron una pala, le ordenaron que cavase «su propia tumba» y más tarde le pidieron que se acostara adentro para comprobar si el largo era suficiente. «Cavá más si no la cabeza te va a quedar afuera», reclamó un oficial. Cuando la fosa quedó pronta simularon una ejecución.

Por curiosa coincidencia aquel fin de semana liberaron a cinco de los recluidos en Libertad desde 1980: Vladimir Roslik –hijo de Miguel– Víctor Macarov, Aníbal Lupunov, Miguel Schevsov y Ricardo Bozinski. El estado de salud del joven Roslik, entonces con 22 años, requirió un tratamiento siquiátrico que se ha mantenido durante todos estos años. Aún permanecían Miguel Roslik, su hijo mayor –Víctor– y Carlos Jacina; éste fue retirado del Penal un sábado, durante el recreo y trasladado a Fray Bentos.

Ese sábado comenzaba la semana de turismo, un período tradicionalmente dedicado a los campamentos, la caza y la pesca. El liceo había organizado para el domingo una fiesta en «Puerto Viejo» y las embarcaciones partirían desde el puerto de San Javier. Muchos tenían su propio programa: Viviano Silva, un jubilado municipal, y el viejo Saavedra le pidieron a Chimailov que les prestara el bote para acampar en El Alamo, un bello lugar situado a unos setecientos

metros al norte del río. El ruso les cedió su chalana «Santa Rosa» y prometió: «Yo voy mañana».

El doctor Roslik y su familia fueron al cumpleaños de una sobrina y volvieron a la medianoche. A eso de las cuatro se despertaron con un gran barullo de vehículos, portazos y corridas y Mary pensó en un accidente: se tiró de la cama, prendió la luz y lo ayudó a vestirse. Golpeaban tanto y con tanta insistencia que el médico mal pudo calzar sus alpargatas, y como nadie dijo nada al abrirse la puerta su mujer pensó que se trataba de la salud de su padre. «No te asustes que son soldados», le avisó desde la cocina. **Valodia** comenzó a llorar y preguntó si podía despedirse; cuando llegó al dormitorio, vigilado por dos soldados –uno con un revólver y el otro con una metralleta– ya estaba esposado. De las pocas cosas que le había contado sobre su tragedia del 80/81 Mary recordó el sufrimiento del frío y pidió para abrigarlo: le puso los zapatos, las medias en un bolsillo y un saco de lana por arriba. Sólo ella podía abrazarlo y cuando lo hizo irrumpieron en llanto: «Qué hicimos para que nos pase esto; por qué siempre se la agarran con nosotros», preguntaron, sin obtener respuesta. **Valodia** empezó a gritar: «otra vez no, otra vez a lo mismo no, no y no...»

Apuntada por la metralleta Mary recibió instrucciones para no moverse de la pieza, pero a través del corredor pudo ver cuando lo encapuchaban en la cocina antes de llevárselo. El del revólver le pidió que lo acompañara en la inspección de la casa y le formuló dos preguntas: si había armas y si tenían galpón. A ambas respondió negativamente y cuando fue la vez de revisar el cuarto de Valery pidió para que no lo asustaran. «Si quiere tómelo», le dijeron. Lo que más revisaron fue la ropa del bebé. Los responsables del operativo eran el capitán Daniel Castellá y el teniente 2º Rodolfo Costas.

Con diferencia de minutos los militares asaltaron también las casas de Román Klivzov –director del liceo–, el camionero Pedro Marzeniuk y el viejo Basilio Jacina que ya tenía 72 años. Mary le pidió a un vecino que tomara cuenta del bebé y se fue a la comisaría a llevar la cédula de **Valodia** y a averiguar lo que estaba ocurriendo. Pidió para hablar con el jefe y éste la atendió; había soldados por todos lados.

El militar le informó que estaba detenido en averiguaciones y la esposa del médico le recordó que estaba en régimen de «libertad vigilada». «¿Es algo que hizo ahora?», preguntó. «No, es de antes del 80, de antes de estar en el Penal», respondió aquel. Mary expresó su deseo de que lo asistiera un abogado pero el oficial fue terminante: «No, no, no, está totalmente incomunicado; ni el abogado ni usted pueden verlo y para llevarle ropa después le vamos a comunicar por medio de la comisaría».

Nepomuceno Terra lo apreciaba desde las tertulias tangueras en lo de Voelker. Serían como las cuatro y media cuando volvió de cazar nutrias en una cañada y se cruzó en bicicleta con un «camión de los verdes». Su esposa le

comentó: «Sabés que andaban las Fuerzas Conjuntas y me parece que lo llevaron a Roslik de vuelta...» Alrededor de las cinco Sara Kijtenko de Klivzov llegó a la comisaría pero su esposo ya no estaba; le dijeron que lo habían llevado al Batallón Nº9.

Chimailov se levantó a las cinco y media para esperar a sus compañeros de campamento; había tomado tres mates cuando llegó el policía Machín: «Juan, hay una orden en la comisaría que tenés que presentarte». Fue como estaba –con un pantalón finito y de chinelas– directo a un calabozo; un oficial grandote de bigote le informó que sería conducido a Fray Bentos para averiguaciones. Lo llevaron en la Brasilia blanca y al llegar le colocaron una bolsa de arpillera en la cabeza y le ataron las manos atrás con una piola muy sedosa.

Transcurrieron el domingo incomunicados, de «plantón», distribuidos en diversas «salas de disciplina». Entre las 8 y las 9 horas el doctor Saiz Pedrini los sometió al examen médico de rutina; en el caso de **Valodia** recibió orden de verlo nuevamente al mediodía y más tarde a la hora 20. En su afán de obtener cualquier información Mary volvió a la comisaría –el comisario Castro había sido designado recientemente– pero éste sólo pudo informarle que el sábado había recibido un comunicado anunciando que «el Mayor venía para San Javier».

El Jefe de la División III del Ejército –con sede en Paso de los Toros– fue comunicado sobre el operativo en Paysandú donde se encontraba visitando a su hijo. La noticia lo sorprendió y quiso saber por orden de quién y en qué circunstancia se había desarrollado. «Mañana a primera hora estoy ahí», anunció el general Medina.

Cada detenido era custodiado por dos soldados; a Chimailov lo vigilaban dos de Paysandú: «Mickey» y «El gusano». En determinado momento quisieron saber sobre su hija, si estaba linda. «¿No querés ser mi yerno?», preguntó, decidido a seguirles la corriente. «Mirá que yerno jodido no quiero: traeme agua», desafió. «No me trabajes...», reclamó el pretendiente cortando la charla.

Ya había anochecido cuando uno de ellos le recomendó: «No te vayas a retobar que te van a pegar; a las diez hay cambio de guardia y vienen los de Fray Bentos». A eso de las once le colocaron una capucha arriba de la bolsa de arpillera y lo llevaron a la sala de torturas; aun confundido pudo percibir los movimientos de un grupo importante de militares y la presencia hasta ese momento insospechada de varios de los detenidos. La primera pregunta no se hizo esperar.

Querían saber si estaba involucrado en un «contrabando de armas». «No, yo no ando con porquerías», respondió con desprecio. «Conteste bien!», gritó un oficial mientras le golpeaba los oídos con las dos manos; el interrogatorio machacaba sobre barcos y armas. «Yo lo que tengo –asumió el ruso– es una chalana para 300 kilos que está desguasada, tirada en un pastizal y que ustedes conocen porque ya anduvieron en ella».

«¿Cómo sabés que anduvimos?», quisieron saber. «Porque había casquillos de 9 mm, un arma automática que en San Javier nadie tiene y yo no soy bobo», explicó, seguro de lo que decía. Hacía algún tiempo le había prestado la embarcación al jefe de la aduana, Lilo Golovchenko, y éste la había compartido con militares. Le preguntaron si conocía a Píriz. «Conozco a todos los Píriz», dijo, sin pensar que se trataba de Café-Café y que aquel estaba a pocos metros próximo a recibir su propia paliza.

Lo torturaron junto a **Valodia**; si el cuartel no estuviese en el medio de un gran terreno a orillas de la planta urbana, los gritos y los llantos podrían haberse escuchado desde el centro de la ciudad. Irónicamente aquel 16 de abril Fray Bentos celebraría su 125º aniversario. A Esteban Balachir también lo sometieron al «submarino» y a los choques eléctricos pero además le colocaron una pistola vacía en la cabeza y la dispararon varias veces; era el más joven, tenía 29 años, y por un instante deseó que hubiese estado cargada.

«Vamos a traer a tu hija y la vamos a coger aquí adelante tuyo», valentonearon con Marzeniuk. «Eso es sagrado, muchachos... ustedes tienen hermanas, tienen madre», apelaba el camionero. Alrededor de las 0.30 horas la voz de **Valodia** dejó de escucharse y un oficial ordenó suspender los castigos. El teléfono del sanatorio de la Asociación Médica de Río Negro (AMEDRIN) sonó nervioso y el doctor Saiz recibió orden de presentarse urgente en el Batallón: «Se descompuso Roslik».

Lo encontró en el suelo mientras el enfermero-sargento1º Agustín García realizaba maniobras de reanimación cardio-respiratoria; él mismo le aplicó un inyectable intravenoso y le practicó respiración «boca a boca» durante quince minutos. Era inútil, **Valodia** estaba muerto; Saiz lo examinó y certificó «fallecimiento por paro cardio-respiratorio». A eso de la 1 y media Chimailov sintió que arrastraban a alguien; «ahí lo llevan al duro –comentaron unos soldados– qué lo parió, no larga nada».

Salvo el brasileño, que inclusive había reconocido la voz del sub-jefe del Batallón mayor Sergio Caubarrere entre los torturadores, ninguno de los otros detenidos percibió la tragedia. Mientras el jefe de la repartición, teniente coronel Marïo Olivera telefoneaba al general Medina y al coronel González en Salto para determinar los pasos que debía dar, los presos fueron conducidos para la ficha fotográfica y dactiloscópica. «Peinate», ordenó un funcionario vestido de particular; Chimailov tenía las manos tan acalambradas que el agua con que pretendía mojarse el cabello escurría entre sus dedos. Luego lo ataron y encapucharon nuevamente. «¿Estás bien atado, te duele?», lo consultaron; «Sí», asintió el ruso. «Mejor», concluyó el soldado.

A las tres de la mañana Olivera telefoneó al juez militar de Instrucción de 5ºturno, coronel Carmelo Bentancourt, y le trasmitió que Roslik, detenido por presuntas actividades subversivas, había fallecido como consecuencia de un

paro cardio-respiratorio. El juez dispuso una autopsia, la entrega del cadáver a los deudos y el inicio de las investigaciones; como el doctor Duffaut –médico forense del Batallón– estaba fuera de la ciudad, la tarea recayó en su suplente. Saiz no era autopsista y en un principio resistió la designación, pero le informaron que estaba obligado a hacerla por ser médico supernumerario de la policía.

Antes de las cinco los militares rodearon el hospital, desalojaron la morgue y condujeron el cadáver de Roslik para la pericia; acompañaban al médico el enfermero Agustín García, el teniente 1º Dardo Ivo Morales –«encargado» de **Valodia** durante el cautiverio– y el agente policial de 1ra. Luis Cardozo. Cerca de las seis llamaron a la comisaría de San Javier para que avisaran a la familia.

Cuando vio a su padre temblando pensó que lo habían llevado nuevamente al Penal. «No, tenemos que ir a retirar el cuerpo –le dijo– tuvo una parada cardíaca». Mary no entendía, formuló decenas de preguntas sin respuesta y luego se sumió en una crisis nerviosa. Lloró amargamente y por un instante pensó en dejar todo en manos de familiares, pero recordó los años que habían compartido y la ternura con que **Valodia** retribuía su apoyo y resolvió enfrentar la situación nuevamente.

Dejó a Valery con Yola, la esposa de su padre, pidió que llamaran a la empresa «San Miguel» para encomendar el servicio y partió hacia Fray Bentos acompañada por Miguel Zabalkin, una cuñada y un sobrino. Cuando el dueño de la funeraria telefoneó para avisar que el cadáver «no estaba en el hospital», le informaron que ella ya estaba en camino. Ni bien abrió la centralita de Antel, Ana María Roslik –hija de Miguel– llamó a CX 30 y comunicó la tragedia; había conocido a José Germán Araújo en un curso de periodismo.

Mary fue directo a la morgue. Saiz acababa de firmar el resultado de su examen: «La autopsia no muestra más que signos leves e inespecíficos de asfixia, sin violencia, compatibles con una muerte por paro cardio-respiratorio». Ella llegaba y él salía. «Usted es Saiz, el que atendió a mi esposo en un infarto», le dijo señalándolo con el dedo; el médico agachó la mirada. «Soy militar, no puedo hablar, no puedo hablar», respondió, mientras aquella lo perseguía a través del patio gritando: «se les fue la mano en la tortura y por eso lo mataron». Saiz desapareció tras la primera puerta que encontró.

Fuera de sí, Mary trató de «asesinos» a los policías que custodiaban la morgue; el encargado de la guardia le explicó que ya le habían hecho la autopsia y que no podría entregarle el cuerpo sin una orden del Batallón. Pidió para verlo antes de que cerraran el cajón: tenía puesto el saco con que lo abrigó el domingo y la cabeza envuelta por un vendaje; percibió manchas de sangre en la camisa y una marca oscura en la nariz. Unas enfermeras la llevaron a tomar café y le aseguraron que su marido ya había llegado muerto; amparada por las mujeres y la intimidad de la cocina, Mary telefoneó al doctor Jorge Burjel en Paysandú.

«Vladimir está muerto», le dijo llorando. Lo tomó tan desprevenido que en un primer momento pensó que estuviese atravesando una crisis histérica. «Vamos a hacer las cosas bien claras –le propuso–, tú pedí para hacer una autopsia aquí y de eso me encargo yo; quedate tranquila, yo te doy mi palabra de que tendrás toda la garantía».

Burjel, que había hecho buena amistad profesional con Roslik a través del sector quirúrgico del hospital, también prestaba servicios como médico militar equiparado; cierta vez, luego de salir del Penal, **Valodia** le había pedido que le diese «una mano» si algo extraño volvía a suceder. Cuando llegó a Paysandú en 1959 nadie quería ir al cuartel porque la función no era remunerada; lo convenció un vecino suyo –el coronel Pereyra– con quien jugaba a la pelota a paleta y trabajó 17 años en forma honoraria. Tras el golpe militar fue equiparado al sueldo de alférez pero –dada su condición de votante del Frente Amplio en 1971– no experimentó ascensos hasta su cese meses después de la muerte de su colega.

Durante algunos minutos Mary observó la llovizna a través de la ventana y luego le pidió a su padre que la llevara hasta el cuartel. Faltaban pocos minutos para las 10. Gestionó para hablar con el jefe pero no supo quién la atendió; un oficial –alto, de bigote– le dijo que su marido había muerto durante un interrogatorio víctima de un paro cardíaco y le dio a entender que tuvo asistencia médica inclusive en el hospital. Se ofreció para ayudarla en la medida de sus posibilidades y agregó: «Ya le hicimos una autopsia para tranquilidad de conciencia de todos». Presa de la angustia, la viuda descargó su sospecha sobre el militar anunciando que encomendaría una reautopsia en Paysandú. «Comprendo su dolor, señora», le dijo. Observando un retrato que tenía sobre el escritorio lo increpó: «Si le faltara uno de éstos, ¿son sus hijos, verdad?, si se los mataran, recién podría comprender mi dolor». Mary insistió con una nueva pericia; viéndola tan decidida el oficial le indicó que aguardara un momento.

Medina telefoneó al doctor Saiz: «¿Pueden hacer otra autopsia?». El médico no era legista titulado pero estaba convencido de la profesionalidad de su trabajo: «Hasta diez si quieren», respondió. El coronel González llamó al juez Bentancourt y éste la autorizó disponiendo que la hiciera el forense de Paysandú en presencia de Saiz y los que designara la viuda de Roslik. Media hora más tarde el oficial volvió al despacho y le anunció que podía disponer del cuerpo como quisiera. «Comunicaremos la autorización a la morgue», dijo.

Burjel fue al Batallón Nº8 y pidió para hablar con el jefe: «Tengo un amigo que se llama Roslik, tuvo un accidente en el cuartel de Fray Bentos y la señora confía en mí para que yo le haga la autopsia», explicó. Lo hicieron esperar dos horas. La viuda debió aguardar tres para que liberaran el cuerpo, exactamente el tiempo que insumieron las tensas comunicaciones entre ambos cuarteles.

Saiz le informó al dueño de la empresa fúnebre que debía recoger el

certificado de defunción en el Batallón, pero Onetto insistió tanto que resolvió firmar uno provisorio omitiendo datos imprescindibles en un documento definitivo. Entretanto, finalmente autorizado, Burjel había convocado para la reautopsia al anátomo-patólogo y supernumerario de Servicio Público doctor Gonzalo Zuasti, el médico comisario Aníbal Mojoli y el de Sanidad Policial doctor Adolfo Montauban. Cumpliendo la disposición del juez las autoridades militares enviaron a los doctores Eduardo Laluz y Saiz Pedrini.

La ambulancia que conducía el féretro llegó a Paysandú después de las 15 horas y fue –por error– directo al hospital; llovía copiosamente. Ajena a las deliberaciones que se habían sucedido hasta después del mediodía, Mary pretendía presentar en el juzgado letrado un documento designando al doctor Burjel representante de la familia, pero ya en el cementerio –local de la segunda autopsia– los médicos le indicaron que no sería necesario. El doctor Mojoli pidió en Jefatura que enviaran un fotógrafo; además de los seis médicos y éste había dos oficiales militares y algunos empleados de la morgue.

«Che, ¿tu tenés el resultado de tu autopsia? –consultó Burjel–, te digo para confrontar con lo que encontremos ahora». «Lo tengo en el bolsillo», confirmó Saiz introduciendo su mano en el saco y produciendo ruido de papeles. Estuvieron hasta las 20 horas; las únicas noticias que Mary recibió –sentada en el vehículo, muerta de frío– a través de un funcionario que iba y venía, referían a un cierto clima de «revuelo». Definitivamente Saiz no quiso mostrar el resultado de su pericia y declaró que lo había dejado en casa; los médicos acordaron reunirse en la Jefatura para elaborar un documento. Al salir, Burjel abrazó a la viuda: «Comprendemos tu dolor y lo único que te puedo decir por ahora es que hiciste muy bien en traerlo, que estuviste muy acertada, ¿me entendés, no?».

Tras los pésames Mary vio a los médicos alejarse y continuó aguardando el cuerpo y un documento; a eso de las 21 horas un empleado le dijo que para entregarle el féretro precisaba un papel.«Soy yo la que estoy esperando un papel», respondió desesperada; acostumbrado con trámites civiles el hombre creyó que éste vendría de Jefatura. Zuasti era el que más sabía y redactó el acta que luego de firmada fue encaminada junto con las fotos al juez Bentancourt. Al ver a la viuda uno de los forenses le preguntó qué hacía allí todavía; «estoy esperando el papel», dijo. El médico le informó que debía usar el certificado que le habían entregado en Fray Bentos y ya no tuvo fuerzas para comprender lo que estaba sucediendo. En la cocina del cuartel, Chimailov escuchó que lavaban platos y pidió agua. «Dejá, yo le doy», dijo un pardo grandote mientras le ofrecía un líquido con sabor salado.

Llegaron a San Javier cerca de las 23 horas. Antes de ir a ver a Valery le colocó una fotografía del pequeño sobre el pecho; luego tomó algo caliente, lavó sus pies helados y se recostó en la cama de soltero de **Valodia**. Aquella

madrugada fría y lluviosa de Turismo en aquel pueblo aterrorizado a 350 kilómetros de Montevideo –reventada física y espiritualmente– no podía imaginar que la noticia de la muerte de su esposo había recorrido el mundo. Alertadas por CX 30 tras la denuncia de Ana María Roslik, las agencias internacionales habían divulgado información en algunos casos confusa por causa de la auto-censura y el hermetismo oficial.

Antes del mediodía el comandante en Jefe del Ejército, teniente general Pedro Aranco, ya había confirmado la muerte a la agencia UPI aunque se negó «a explicar las razones del procedimiento o a comentar el hecho». Esa misma noche en Paysandú, mientras esperaba en la vereda de la morgue, el vespertino «Mundocolor» –situando la tragedia en un «incidente»– anunciaba: «Habría un muerto tras Operativo Antisedicioso». La especie, recogida por algunas radios de la zona, fue comentada con sorpresa durante el velatorio. A las cinco de la mañana en Montevideo, Magdalena Rezzano caminó por Vázquez hasta Constituyente y llamó en la casa de Manuel Flores Mora: «Maneco, mataron a Roslik!». El director del semanario «Jaque» ni siquiera conocía la existencia del médico; telefoneó al general Medina y confirmó la información.

Angela Ragut asesoraba una investigación técnica en la Embajada de Bulgaria –además de trabajar en el MGAP– y se dirigía a Rocha en un auto cuando la radio trasmitió la noticia; el informe no contenía nombres pero ella intuyó que se trataba de **Valodia**. En Porto Alegre, el ómnibus en el que viajaba Alejandro Borche se detuvo frente a un kiosco de diarios y una pequeña nota en el «Correio do Povo» le paralizó el corazón; volvió a casa perturbado, juntó las pocas fotos que tenía y se fue al «Zero Hora» a decir lo que dictaba su dolor. Daniel Loschak vivía en Lima y se enteró escuchando el canal internacional de radio Berlín; lo había visto por última vez en 1973 cuando compartieron un café en 18 de julio y Yi.

A esta altura la Comisión Uruguaya de Derechos Humanos tenía dos enormes desafíos: confirmar sus sospechas acerca de las circunstancias que habían rodeado la muerte de Roslik –para lo cual era imprescindible conocer el resultado de la segunda autopsia– y proteger a quienes continuaban detenidos. Constituída hacía pocos meses se diferenciaba de su homónima del Colegio de Abogados –más profesional– por su conformación política plural; era presidida por don Horacio Terra Arocena e integrada por Rodolfo Canabal, Alberto Zumarán, Eduardo Jaurena, Arturo González Vidart, Renán Rodríguez, Tomás Brena, Luis Hierro Gambardella, Manuel Flores Mora, Alejandro Bonasso y Francisco Ottonelli. Aquella mañana, luego que este último intentara infructuosamente obtener información en el Batallón Nº9, una delegación compuesta por el doctor Fernando Urioste de la Comisión de DDHH del Colegio de Abogados, Efraín Olivera y Marta Delgado del ilegalizado Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ) y los periodistas Zelmar Lissardy, de U.P.I. y Roy Berocay,

de Reuter, ambos del semanario «Aquí», partió hacia Paysandú. La tradicional «Semana de la Cerveza» no conseguía disimular el temor y las tensiones acumuladas.

El pequeño cementerio de San Javier está situado a dos cuadras de su única avenida y los entierros casi siempre se realizan a pie. El vecindario aguardó en completo silencio la llegada del viejo Miguel Roslik, y todos pudieron ver las lágrimas corriendo por su rostro antes de dar la señal de sepultura. Fortalecida por la presencia de tanta gente, Mary expresó a viva voz: «No podemos seguir viviendo así; no debemos seguir callando todo lo que nos está pasando. Yo juro sobre el cuerpo de mi marido muerto que no descansaré hasta lograr justicia». Muchos mantuvieron sus miradas clavadas en el barro y unos pocos prometieron: «Si, Mary, te vamos a ayudar».

Dejando constancia de que no disponían del «protocolo de la primera autopsia» ni conocían «las circunstancias inmediatas en que ocurrió el deceso», los médicos de Paysandú habían detallado los principales hallazgos del examen. Causa de la muerte: «anemia aguda; síndrome asfixtivo». Y concluían: «No es posible, tratándose de una segunda autopsia en las condiciones reseñadas, determinar cuál de estos dos elementos, o bien su asociación lesional ha sido la causa última de la muerte». Obligados al secreto del presumario, la información no podía ser trasmitida por los participantes en la pericia. Los visitantes se entrevistaron sucesivamente con el padre Francisco Romero de la parroquia «San José Obrero», un periodista de «El Telégrafo» –que curiosamente tenía una versión opuesta a la verdadera– y el doctor Fernando Burjel quien, sin comprometer a su hermano, dejó entrever lo que había sucedido. Abandonaron la ciudad ya de noche; en el control policial volvieron a pedirles los documentos y a preguntarles para dónde iban. «Hacia Montevideo», respondieron. En realidad iban para San Javier.

Tomaron por un atajo. La usina de UTE resplandecía en medio del campo y luego el camino se angostaba hasta desembocar en un puente semiderrumbado y cubierto de arbustos. Adentro del pueblo parroquianos jugando a las cartas o bebiendo se asomaban con temor a las ventanas al ver pasar la camioneta. Estaban allí, o parecían estar, como presintiendo la llegada de un nuevo golpe. Con la denuncia firmada que redactó el doctor Urioste y los datos de los periodistas la Comisión Uruguaya de Derechos Humanos emitió al día siguiente una declaración pública. Al despedirlos con Valery en los brazos Mary anunció: «Voy a pelear, ya no tengo nada que perder, ya no me importa nada a no ser que se haga justicia; no tenemos tiempo para llorar a los muertos, porque voy a salir a encontrar la verdad, cueste lo que cueste».

El nerviosismo y el miedo hicieron desaparecer cualquier referencia sobre el tema hasta las afueras de Mercedes, donde un pinchazo demoró el traslado de su valiosa y terrible certeza. Lo que no sabían es que el doctor Saiz acababa de

remitir al juez un estudio comparativo de los signos de ambas autopsias –«faltó docimasia hepática para hablar de anemia aguda; los elementos de asfixia son inespecíficos y se dan en una muerte por paro cardio–respiratorio»– y mucho menos que al amanecer, los restantes detenidos recorrerían el mismo camino rumbo al Batallón de Infantería Blindado Nº13.

Al mediodía la Comisión Uruguaya de DDHH declaró «su vivísima preocupación ante este tipo de acontecimientos que el país juzgaba absolutamente superados en la presente etapa de distensión y reinstitucionalización», y solicitó «una urgente explicación pública por parte de las autoridades y la realización de una investigación exhaustiva encaminada al esclarecimiento de las responsabilidades que correspondan».

Pidió también «que se informe sobre la situación y estado actual de los demás detenidos y se permita que delegados de esta Comisión los visiten», y –dirigiéndose al Colegio de Abogados– «promueva en cuanto esté a su alcance, el amparo y defensa de los mencionados detenidos». Un rato antes, al llegar al Penal de Libertad, Susana Jacina fue informada de que su hermano había sido «severamente sancionado» y que la visita estaba cancelada. En aquellas horas aciagas nada ni nadie parecía estar en el mismo lugar; al igual que su padre, teóricamente recluido en el Batallón Nº9, Carlos Jacina había sido trasladado al cuartel de la avenida de las Instrucciones.

El jueves la Comisión Uruguaya envió un telegrama al comandante de la División de Ejército III: «De conformidad con resolución hecha pública solicitamos nos sea permitido visitar a detenidos operativo San Javier para comprobar su actual situación e instrumentar ejercicio derecho constitucional de defensa». Firmaban: Rodolfo Canabal, Flores Mora y Francisco Ottonelli. Al mediodía personas de particular detuvieron al otro hijo de Jacina –Basilio, como el viejo– y lo condujeron al departamento 5 en la calle Maldonado, luego a la Jefatura de Policía y finalmente al Batallón Nº13; lo liberaron el sábado.

Al mismo tiempo que el coronel Bentancourt investigaba «el caso Roslik» y el juez de 2º Turno, capitán de Navío Ricardo Moreno interrogaba sobre el tema de las armas, el ejército insistió durante algunas semanas en su «caza de brujas».

«¿Por qué dice usted **supuesto** contrabando de armas?», preguntó alguien a Chimailov. «Porque yo nunca supe nada y en San Javier se sabe todo –respondió el ruso–, y además el **crimen perfecto** no existe; ustedes no tienen datos, indicios, no saben nada», agregó con cierto desparpajo.

Como derivación del estudio de Saiz, los autopsistas de Paysandú respondieron una solicitud del juez militar: «en el protocolo de autopsia anteriormente emitido se aclara que se constatan signos de un síndrome asfixtivo, y no que el fallecimiento haya sido por asfixia como única causa, sino que la asociación de las lesiones demostradas concurrieron –por anemia aguda y síndrome asfixtivo–

a determinar las causas últimas de la muerte».

El sábado el general Hugo Medina respondió a la Comisión Uruguaya de DDHH: «Atento a lo manifestado en su telegrama de fecha 19 hago saber a ustedes que con fecha 18 de los corrientes, mencionados detenidos fueron puestos a disposición de la Justicia Militar encontrándose en estos momentos fuera de la jurisdicción del suscrito».

El domingo –faltando doscientos días para las elecciones– los diarios publicaron un «comunicado oficial» en el que poca gente creyó. «La reactivación de una agrupación subversiva vinculada al clandestino Partido Comunista que cuatro años atrás había operado en zonas del departamento de Río Negro, quedó al descubierto a partir de la captura de uno de sus miembros –requerido desde entonces– cuando en fecha reciente reingresó al país para tomar parte en tareas de introducción ilegal de armas desde el exterior. Se trata de Antonio Pires da Silva Junior, un delincuente común que había escapado a territorio brasileño en 1980 cuando en el transcurso de operaciones antisubversivas realizadas en la zona de colonia San Javier, se desbarató una importante célula que reclutaba adeptos, impartía cursos de adoctrinamiento, daba clases prácticas de tiro, fabricaba y enseñaba a fabricar explosivos y equipos de comunicación e introducía clandestinamente armas desde Argentina, que posteriormente eran ocultadas en distintos puntos del país».

Luego de pasar revista a los once «conspiradores» procesados y sus respectivos «delitos», el comunicado continuaba:

«El pasado 10 de abril se materializó el reingreso al país, procedente de Brasil, de Pires da Silva, y su seguimiento permitió establecer la reanudación de viejos contactos con algunos de los componentes del grupo desbaratado en 1980, actualmente en régimen de libertad vigilada. Capturado el requerido, sus declaraciones dieron por resultado la detención de otros involucrados –algunos de la primera época y otros recién integrados a la asociación– pudiéndose establecer en el curso de las investigaciones el origen, modo de introducción y posterior transporte y ocultamiento de las armas, en operaciones que incluían la utilización de lanchones y una avioneta y que eran supervisadas por Vladimir Roslik, con la colaboración de Esteban Balachir, Carlos Jacina Leivas y varios elementos más cuya participación efectiva en los hechos se investiga».

El informe daba cuenta que «en el curso de los careos realizados entre varios detenidos se produjo el fallecimiento de Vladimir Roslik a causa de un **paro cardio–respiratorio sin muestra de violencia**, según el resultado de la autopsia que se le practicara por disposición del Juzgado Militar competente», y se refería también a la existencia de una segunda pericia solicitada por la familia. «Todos los antecedentes del caso se hallan radicados en la órbita judicial mientras prosiguen las actuaciones para el total esclarecimiento de las actividades subversivas que habían vuelto a desarrollarse en la referida zona de San Javier», concluía.

Aquel domingo de Pascua en el que Mary Zabalkin se aprestaba para la próxima ofensiva en defensa de la memoria de **Valodia**, la dignidad de su hijo y la propia, el pequeño Valery cumplió cinco meses. El lunes llegó a Montevideo.

Se entrevistó con la Comisión Uruguaya de DDHH, el abogado Morás Outeda, que tras la muerte de Roslik pasó a representar sus propios intereses, y autoridades del Partido Colorado. El prosecretario Roberto Asiaín –que durante la semana de turismo había mantenido diversas entrevistas en Río Negro y Paysandú– le informó, en presencia del secretario general doctor Julio María Sanguinetti, las circunstancias en que había muerto su marido. Esa misma noche el Comité Ejecutivo Nacional emitió una declaración reclamando de las autoridades «un inmediato esclarecimiento de la situación, la publicidad del testimonio de todos los médicos presentes durante las autopsias practicadas y demás elementos de juicio que puedan referir al caso aún pendiente sobre varios otros detenidos sin las garantías procesales normales».

El martes el semanario «Aquí» estampó en su tapa una foto de **Valodia** con Valery en brazos y la frase que Mary había dicho una semana antes al despedirlos: «Voy a salir a buscar la verdad cueste lo que cueste». Era la primera publicación que contrariaba la versión oficial y su relato, prudente, evitó que el tema se acallara. En la tarde las Comisiones Uruguaya y del Colegio de Abogados recibieron a familiares de los detenidos que recién el día anterior habían sido localizados en el Batallón Nº13; en un clima de mucha angustia la esposa de Chimailov relató que había recibido una esquela en la que reconocía menciones a los niños y a un tractor pero no la letra de su marido. La Comisión Uruguaya resolvió insistir con la visita, esta vez ante el presidente del Supremo Tribunal Militar –coronel Federico Silva Ledesma– enviando copia del pedido al comandante en Jefe del Ejército teniente general Pedro Aranco.

El miércoles la viuda fue citada al juzgado militar de 5º Turno donde el juez –luego de explicarle la necesidad de examinar muestras de tejido de algunos órganos– le solicitó autorización para proceder a la exhumación del cuerpo; Mary consintió con la única condición de que los doctores Fernando y Jorge Burjel asistieran en su representación. Cuando llegaron los peritos del Instituto Técnico Forense acompañados por funcionarios del juzgado y algunos militares, Nepomuceno Terra –obligado por su condición de funcionario municipal– ya estaba en el cementerio. Ajeno al resultado de la segunda autopsia y los pasos que se seguían en Montevideo, el «gaucho» sólo podía interpretar que aquello era la profanación de la tumba de un amigo. Y sintió un inmenso dolor. Ese día el semanario «Búsqueda» editorializó: «Queremos decir que el comunicado de la Dinarp, si aspira a suscitar nuestra inquietud al informarnos sobre actividades subversivas recientemente reanudadas en algún lugar de Río Negro, consigue ciertamente su objetivo. Pero no en grado suficiente para que no insistamos en saber qué fue lo que aconteció al doctor Roslik».

«La viuda de Roslik dice su verdad» anunció en tapa el semanario «Convicción». Tras una viaje a Río Negro el periodista Roger Rodríguez publicó una crónica actualizada de los hechos y una entrevista a Mary Zabalkin destacando la frase: «San Javier es un campo de concentración». Aquel jueves en la contratapa de «Opinar», Luis Hierro López señaló que el caso Roslik presentaba varias incógnitas que debían develarse. Los docentes de la facultad de Medicina reclamaron «el inmediato esclarecimiento de la situación» y la Federación Médica del Interior (FEMI) formuló una declaración pública donde exigía que «el marco en el que se desarrollan las actuaciones profesionales asegure la total independencia de criterios que sólo deben responder a irrenunciables principios de ética profesional»; a renglón seguido afirmaba «su disposición para respaldar estas actitudes, así como para determinar las responsabilidades de todos los miembros del cuerpo médico».

El viernes fue un día clave. Once días después de la muerte de **Valodia** el semanario «Jaque» recogió en su portada la oración de un cura de Paysandú durante la misa: «Oremos por el alma de Vladimir Roslik que murió asesinado». Recién llegados de aquella ciudad y reservando sus fuentes a expreso pedido, Juan Miguel Petit y Alejandro Bluth revelaron que el médico «murió a causa de las torturas que se le infligieron en el lugar donde se encontraba detenido». Al agradecer «el coraje cívico» de sus informantes, los periodistas estaban honrando el valor de algunos autopsistas que ofrecieron ciertas pistas, vecinos, personal militar y particularmente al exdirector del hospital doctor Rómulo Calegari por su valioso testimonio.

En su clásica contratapa Flores Mora escribió: «Un gobierno puede decretar el silencio; pero ningún gobierno puede evitar que el silencio se pueble de versiones (...). El Proceso ha insistido mil veces en que está donde está porque en 1973, bajo la democracia, se operó un vacío de poder. Este silencio ¿qué marca sino un vacío?». Ese mismo día, mientras una representación del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado –Asiaín, Hierro López, Paz Aguirre– visitaba San Javier, Mary Zabalkin se entrevistó con el embajador de Alemania Johanes Marré y una delegación de la Asociación de Abogados de Nueva York; más tarde los juristas trasmitirían su preocupación al embajador norteamericano.

Las misivas que los presos enviaban a sus familias generaban más inquietud que tranquilidad. «Nada te digo sobre cómo hemos pasado para que estas líneas puedan llegarte», escribió el profesor Klivzov a su esposa; las esquelas del viejo Jacina, escritas con lápiz, llegaban con varias tachaduras de birome. Este era un anciano con problemas de hipertensión que requería atención médica.

La doctora Magdalena Piazza –secretaria de la Comisión de DDHH del Colegio de Abogados– primero se convenció a sí misma, luego lo comentó con el doctor Jorge Pessano y más tarde redactó un escrito breve que puso a consideración de la Comisión y el directorio del Colegio. Instrumento básico de

la defensa del individuo, el «habeas corpus» había caído en desuso por imperio del régimen militar; Piazza, entretanto, evaluó que además de confirmar el sitio donde estaban recluidos serviría para trasmitir la señal de que no estaban solos. A la una de la tarde compareció al juzgado militar de turno y presentó el recurso **en baranda**; «Vuelva dentro de tres días», le informaron. Aún dudando sobre la oportunidad del alegato la abogada argumentó que la Constitución indicaba un efecto inmediato; luego pidió para hablar con el juez Dardo Preza. «Yo me siento y espero», le dijo decidida. A las 18 y 30 horas la resolución confirmó que los detenidos estaban en el Batallón Nº 13.

El sábado, antes de reencontrarse con su hijo en San Javier, Mary Zabalkin conversó con monseñor Carlos Partelli. A esa hora en Buenos Aires, el estadio de la Federación de Box lucía repleto y la gente se agolpaba sobre la calle Castro Barros: los blancos de **ACF** aguardaban el primer discurso de su líder tras once años de exilio. Al comenzar su oratoria de más de una hora y media, Wilson Ferreira homenajeó a Gutiérrez Ruiz y a Zelmar Michelini y se refirió a un tipo de evocación –«más desgarradora y triste»– que había presenciado en diversos encuentros por el mundo con otros exiliados.

«Es cuando la gente empieza, como en una letanía, a recitar el nombre de los compañeros muertos y luego la multitud va recogiendo el de cada uno contestando: Presente!», recordó. «No concibo que se reúna gente –continuó– cualquiera sea su orientación o filiación política y no diga: compatriota, y se sientan compatriotas y todo lo que ello significa, no sólo nacido en la misma patria sino patriota como nosotros». Y remató entre aplausos: «Compatriota Roslik, presente!».

Aquella última semana de abril, luego de publicar crónicas referidas al retorno de Ferreira a Buenos Aires, las publicaciones «Cinco Días», «Tribuna Amplia» y «Somos Idea» fueron clausuradas definitivamente. El editor del semanario «Búsqueda» –suspendido por ocho ediciones–, Danilo Arbilla, evaluó que la ofensiva indicaba «el final de la primavera informativa en el país». También «La Prensa» de Salto, tras publicar una caricatura que las FFAA consideraron ofensiva, había sido sancionada por tres meses. Esta vez el coro de protestas de los colegas, organizaciones sociales y partidos políticos incorporó una voz «privilegiada»: El Departamento de Estado norteamericano a través de su vocero John Hughes deploró «la violación de la libertad de expresión, uno de los derechos humanos esenciales para el desarrollo democrático en Uruguay».

El lunes la doctora Piazza resolvió ganarle al feriado. Designada defensora por los familiares y sintiéndose más segura con la compañía del doctor Canabal, la abogada concurrió al juzgado militar de 8 de Octubre y Jaime Cibils donde presentó otro «habeas corpus» solicitando el expediente y la presencia ante sí de los detenidos. Debería aguardar una comunicación.

«1º de Mayo. Unidad, Solidaridad, Lucha. Por Libertad, Trabajo, Salario, Amnistía. Sin desaparecidos y nunca más rehenes. Un sólo movimiento sindical.

PIT-CNT»; el cartel del estrado sintetizaba el contenido del acto. Poco después de las 13 horas una verdadera marea humana tomó cuenta de la explanada del Palacio Legislativo; una hora más tarde mientras la multitud coreaba «se va a acabar la dictadura militar», Ruben Castillo y Graciela Possamay tomaron posición frente a los micrófonos para conducir el mitin. Entretanto, un septuagenario con apariencia distante contrastaba con la algarabía general: era Basilio Ostroujov, aquel que casi murió de hambre en 1917 durante las primeras peripecias de San Javier. Si no hubiese vivido atado al yugo de la chacra probablemente hoy sería escritor, o poeta, o periodista; siempre que disponía de tiempo hacía abstracción de sus dificultades gramaticales y escribía.

«Yo estaba parado como un poste, paralizado por la emoción; me sentía como un animal campestre en este extraño borbollón hirviente de la ciudad», describió. «De repente sentí que me tocaban en las costillas y una voz que me decía: **¿Qué pasa, no aplaudes y no saltas?**»; era Carlos, uno de los yernos de su esposa. Al resolver imitarlo, pese al cansancio, se encontró con una dificultad: «me molestaba el saco que tenía colgado en un brazo y lo puse en el suelo al lado de mis pies; cuando lo levanté a los pocos minutos no lo podía reconocer!». El viejo Ostroujov «escuchaba esos discursos fuertes y decididos, llenos de heroísmo, capaces de enfrentar hasta la muerte» y se sentía «como perdido, desorientado». Y pensó: «Qué diferentes son la vida del campo y la ciudad; la gente del campo es tranquila, trabajadora, siempre con temor e ignorancia, indefensa». La última parte de la proclama leída aquella tarde refería a la Concertación Social: «Los trabajadores tenemos la responsabilidad de buscar y consolidar alianzas en el marco de una amplia concertación que profundice el aislamiento del régimen de facto y posibilite su derrota total y definitiva».

Cuando la doctora Piazza volvió al juzgado, un funcionario le informó que el detenido Píriz da Silva solicitaba su defensa; sorprendida, la abogada argumentó que había sido designada por los familiares de los otros presos. El problema radicaba en que la secuencia de las detenciones –indicando la posibilidad de que el brasileño hubiese implicado a los otros– sumada a su mala imagen, había predispuesto a aquellos en su contra; en esta circunstancia, defender también a Píriz podía constituir **prevaricato.** «Pero usted representa a una entidad de Derechos Humanos –interpeló el funcionario– ¿cómo es que existen para unos y para otros no?». Perturbada, Piazza abordó el primer ómnibus que pasó por la parada y fue hasta la parroquia a consultar a su asesor espiritual; resolvió asumir.

Estuvo cuatro días grabando el expediente en el patio del juzgado: Una verdadera novela que arrancaba en el operativo de 1980. Viéndola todos los días algunos colegas –Batalla, Tourné, Clavijo– sucumbían a la curiosidad: «¿qué estás haciendo?». El día de la audiencia el primero que le trajeron fue Píriz; la abogada debió hacer un esfuerzo para no pensar: si este es el jefe de la banda, yo

soy la reina de Inglaterra. En su afán desesperado por mostrar marcas de tortura «Café-Café» se habría sacado hasta el pantalón, pero un guardia lo detuvo justo a tiempo; al denunciar ante todos la verdad –que había declarado bajo apremios físicos– provocó la caída de las acusaciones y la apertura de un expediente personal. Marzeniuk, Gmurenko y Chimailov fueron liberados dos semanas después y el viejo Jacina –que según la resolución del juez debió haber salido con ese grupo– veinte días más tarde junto con Klivzov; Balachir y el brasileño fueron trasladados al penal de Libertad.

Las conclusiones autópsicas opuestas sobre la muerte de **Valodia** obligaron al coronel Bentancourt a solicitar un peritaje técnico; el documento, firmado por el jefe de los Servicios de Anatomía Patológica de la Sanidad de las Fuerzas Armadas, doctor José Mautone y el médico forense doctor Augusto Soiza, llegó al juzgado el lunes 7 de mayo. «Por lo expuesto y dando contestación a lo preguntado por el señor Juez, concluimos que: 1) Se trata de una muerte violenta multicausal; a) existió ingreso a los bronquios de un material fluido de aspecto similar al del estómago, que al ser aspirado en vida obstruyó la vía aérea determinando una asfixia aguda rápidamente mortal; b) existió un desgarro del hígado con un hematoma subcapsular que determinó un secuestro sanguíneo a la circulación general; c) se comprobaron los estigmas de múltiples traumatismos superficiales y profundos. 2) Todas las causas antedichas han concurrido para provocar la muerte, estando tan interrelacionadas entre sí que no pueden separarse». Ajena a éste y todos los informes, Mary Zabalkin fue recibida por el directorio del Partido Nacional.

El martes 8 se entrevistó con el embajador de los Estados Unidos, Thomas Aranda, y el jueves el Departamento de Estado emitió una declaración: «el gobierno uruguayo no respondió formalmente a los pedidos de aclaración de los hechos que desembocaron en la muerte de Roslik el pasado 16 de abril».

Las detenciones continuaron a manera de estertores de una máquina fuera de control: primero el bancario Alberto Gerfauo en Maldonado y luego la señora Rosa Solotariov de Markoff, de 62 años, en Fray Bentos; ambos habían residido en San Javier y fueron interrogados acerca de la intimidad del matrimonio Roslik-Zabalkin. El jueves en la colonia Ofir detuvieron a Demetrio Subotin y dos de sus hijos; los liberaron el sábado.

El viernes en «La Democracia», el presidente del Colegio de Abogados doctor Rodolfo Canabal, criticó –a través de la tragedia de San Javier– el documento que las Fuerzas Armadas presentaron el 1º de mayo a los sectores políticos. «Lo que se ha hecho en el caso de San Javier –opinó– con todas sus consecuencias (allanamiento con detención en horas de la noche, privación de libertad, apremios ilegales) coincide palmo a palmo con alguna de las pretensiones que el referido documento pretende consagrar para **constitucionalizar** un tipo de operativos en los cuales las garantías de los ciudadanos resultan totalmente

inexistentes, de manera incompatible con cualquier régimen de derecho, pero conforme en cambio con la concepción de la llamada **doctrina de la seguridad nacional** que ha pretendido, y pretende, a nivel continental, dar respuesta a los problemas de la seguridad de la región de manera que en los hechos ha servido para conculcar derechos y garantías en detrimento del estado democrático».

El lunes 14 la asamblea del Sindicato Médico del Uruguay, luego de anunciar que compartía «el dolor por la muerte del doctor Roslik», convocó «a los profesionales de la Medicina y el Derecho en especial y a la sociedad toda, sin distingos, a reflexionar que la violencia implícita en éste y otros sucesos concomitantes que han conmovido a la conciencia ciudadana, en cuanto atentan contra todo valor humano y las bases de cualquier orden social, hace inadmisible el silencio de quienes pueden y deben impedir que pasen tales cosas».

Ese mismo día, tras evaluar las evidencias arrojadas por el peritaje técnico, el juez Bentancourt viajó a Fray Bentos para interrogar a todos los involucrados en el período comprendido entre la detención y la muerte de Roslik. Las averiguaciones incluyeron, además del teniente coronel Mario Olivera, el mayor Sergio Caubarrere y el teniente 2º doctor Eduardo Saiz Pedrini: el comandante (hasta 1995) del Batallón Nº9 –en aquel momento capitán– Jorge Solovig, los responsables del arresto, capitán Daniel Castellá y teniente2º Rodolfo Costas, el «encargado» durante la prisión, teniente1º Dardo Morales, capitán Heber Calvetti, teniente Oscar Lauber, teniente2º Luis Estevenet, teniente2º Alberto Loitey, los alférez Edgardo Favier, Darío Nieto y Nelson de los Santos, el sargento1º enfermero Agustín García, cabo2º Julio García y cabo Ubaldino Miranda.* Todos coincidieron en que «estando el detenido de pie, de espaldas a una pared, con las manos atrás –sueltas– y con los ojos vendados, sufrió un desvanecimiento cayendo al suelo de bruces».

Mary hubiera preferido –si Valery no fuese la principal razón de su existencia– no retornar a casa; todo en San Javier le recordaba a su marido en el momento en que comenzaba a sufrir uno de los aspectos más dolorosos de la muerte: su permanencia. El lunes 14, día en que **Valodia** habría cumplido 43 años, fue al cementerio por primera vez desde el entierro.

En la madrugada del miércoles, presa de la angustia y el insomnio, preocupada porque su hijo, resfriado, tampoco conciliaba el sueño, escribió: «a mi mente embotada de tantos tranquilizantes llegan manos. Sí, pienso en manos; manos que si estuvieran aquí aliviarían a mi hijo, esas manos que lo tomaron al nacer, lo acariciaron, lo levantaron con orgullo.

Esas manos que brindaron tanto alivio a tanta gente, que recibieron nuevas

---

* Los grados se corresponden con abril de 1984

vidas, que estrecharon ricos y pobres, sanos y enfermos, ilusionados o desesperanzados. Manos que hace treinta días se fueron esposadas para nunca más volver a abrazarnos a mí y a mi hijo. Mi pregunta ahora va dirigida a esas otras manos, esas que vinieron llenas de prepotencia, de violencia, con olor a sangre y a pólvora; esas manos que firman papeles, documentos importantes, que deciden con una simple firma o sello el destino de las personas. ¿Es posible que esas manos sin rostros ni nombres no tengan sentimientos hacia sus semejantes y puedan vivir en paz amparándose en las sombras de la mentira?».

A las cinco de la tarde el cementerio se llenó de gente: dirigentes nacionales de todos los partidos, periodistas y sobre todo muchos vecinos y pobladores. Una ofrenda en la que había sido dibujada la paloma de la paz, rezaba: «Siempre vivirás», destacándose entre cientos de flores. «Nuestro espíritu está seguro que él, como todos los que cumplen la misión del Padre, se sacrificó por los hermanos para obtener la tan deseada paz», reflexionó el cura Merlinov. «La sangre vertida tan generosamente, como los sacrificios de los campesinos, hará brillar nuevamente el sol de la fraterna alegría que se manifestará en cada rincón de esta querida colonia...surgirá San Javier con más vitalidad porque ha sabido callar, sufriendo», aseguró. Katia Kastarnov leyó un poema de Ostroujov: «Tu imagen jamás se borrará de nuestra mente, eras un angel amable, querido salvador, y en las almas de tu pueblo vivirás eternamente, un corazón latiente como una hermosa flor». Al atardecer, la acústica de los árboles que rodean el cementerio amplificó las estrofas del himno patrio enfatizando los versos: «Libertad o con gloria morir» y «Tiranos temblad!».

Ese mismo día, conversando en una rueda con el presidente de FEMI doctor Gregorio Martirena y el director de CX 30 Germán Araújo, Mary Zabalkin comunicó su intención de mudarse a Paysandú y su disposición de donar un terreno céntrico –que **Valodia** había comprado aún soltero– para construir un parque infantil. Entre todos comenzaron a madurar la idea de una Fundación que a través del servicio social homenajeara permanentemente la memoria de Roslik; el parque para niños sería el primer desafío.

«Jaque» no tenía motivos para retroceder. Al contrario, en posesión de algunas pistas del peritaje que confirmaban el protocolo de la reautopsia, el viernes 18 Maneco Flores Mora adelantó con bastante exactitud detalles del informe final. La publicación no hacía otra cosa que agravar la ausencia de una versión oficial; todos la aguardaban con expectativa. «Lamento profundamente la muerte de mi colega pero todavía no tengo seguridad completa acerca de lo que pasó –dijo el doctor Voelker al semanario «Aquí»–; si hubiese muerto como consecuencia de torturas como se dice, cosa que no creo, sería inconcebible que ocurriese en Uruguay».

El 28 de mayo, la unanimidad en la elección del general Hugo Medina como Comandante en Jefe del Ejército –era el oficial de mayor antigüedad en el grado–

disipó, aunque «hay sospechas que mueren con uno», la diseminada hipótesis de que el crimen de **Valodia** hubiese estado vinculado a una intriga para evitar su designación. Medina reemplazó a Aranco el 7 de junio, día en que al cumplir sesenta años pasó a situación de retiro; tras el cónclave de Toledo ambos visitaron al general Gregorio Alvarez y anunciaron un inminente pronunciamiento sobre el caso Roslik.

La conferencia de prensa fue al día siguiente en la sede del Supremo Tribunal Militar; «Jaque» no fue convidado.

Como era de presumir, el presidente del organismo coronel Federico Silva Ledesma, cometió severas desprolijidades: No permitió ver el protocolo completo de la segunda autopsia –«les puedo permitir ver esta parte y les pido que no miren el resto»– y atribuyó a **Valodia** declaraciones de 1980 –«nos entrenábamos con el fin de participar en un futuro en la lucha armada por el Partido Comunista»– que pertenecían a otro Vladimir Roslik: su aterrorizado sobrino, entonces con 18 años, que había recobrado la libertad hacía más de seis semanas. El militar informó de dos procesamientos, uno por homicidio ultraintencional y otro por irregularidad en el servicio, pero se negó a confirmar los nombres de Caubarrere y Olivera que ya circulaban desde hacía más de diez días: «Decía un penalista italiano que el procesamiento es como cuando se clava un clavo en una tabla; se arrepiente y saca el clavo pero la marca queda para siempre», argumentó.

Un día la doctora Piazza recibió información de que Píriz ya no estaba en el penal de Libertad; la noticia la decidió a pedir una entrevista en el consulado brasileño donde pretendía exponer la necesidad de que asumieran su defensa. No obstante, el funcionario que la atendió dio claras señales de que no había interés por el asunto; ante la insistencia de la abogada el hombre se limitó a indagar si en el entorno del detenido alguien podía hacerse cargo de las costas. Sus padres ya habían fallecido; la respuesta fue negativa. Piazza habló con el juez militar, y con la tarjeta que éste le dio –sumada a las que conservaba de su charla con los colegas de la Asociación de Abogados de Nueva York– se presentó en el Comando General del Ejército: «Toda esta gente está pendiente del caso del brasileño; sería un escándalo para el país si el tema llega a las Naciones Unidas», amenazó. Café-Café había estado internado en el hospital militar y –persuadido por un oficial que prefirió ser llamado de «pelo blanco» y le aseguró que la abogada estaba generando un «conflicto internacional»– renunció a su defensa. Cuando ésta fue a visitarlo al Penal le explicó, llorando, que lo habían obligado; en los momentos más tensos de la entrevista gritaba: «Si me largan me matan!».

Dando cumplimiento a su propio anuncio y sobre todo a un largo deseo, el 16 de junio las fuerzas armadas detuvieron en el puerto de Montevideo a Wilson Ferreira y su hijo Juan Raúl; éste quedó en libertad poco tiempo después pero el líder blanco fue confinado en un cuartel y procesado por delitos que hubieran representado –de no mediar el advenimiento democrático– diez años de cárcel.

Entre julio y agosto se derogaron los «actos institucionales» 7 y 14, se aceleró la liberación de presos políticos y se desproscribieron el Partido Demócrata Cristiano (en los hechos el lema electoral del Frente Amplio), el Partido Socialista, la Lista 99 y la agrupación «Pregón».

El Partido Nacional no participó en las decisivas conversaciones del Club Naval entre los comandantes de las tres armas y dirigentes del Partido Colorado, el Frente Amplio y la Unión Cívica, pero concurrió a la elección con la fórmula Alberto Zumarán-Gonzalo Aguirre. El 7 de julio la asamblea de FEMI resolvió «exigir la suspensión preventiva en su carácter de miembro de Amedrin del doctor Saiz, y cometer a un Tribunal integrado por médicos y juristas de reconocida actuación la investigación de los hechos ocurridos, solicitándole un informe sobre los aspectos morales y éticos de los mismos». Saiz ya había sufrido un arresto en el cuartel por presentarse a la justicia ordinaria –a través de un escrito del abogado Viana Reyes– sin autorización de los mandos.

El 24 de julio, tras el término del sumario, el juez Carmelo Bentancour permitió a la viuda y su abogado acceder al voluminoso expediente; ambos grabaron en varias sesiones los contenidos más relevantes y luego los ordenaron en una versión escrita. Morás Outeda hubiera deseado que no viese las fotografías de la segunda autopsia –eran particularmente impactantes–, pero una tarde Mary percibió su crispación y no quizo atender recomendaciones: las vio una por una y pasó descompuesta tres días. Casi enseguida el juez convocó al abogado a su despacho; «Coronel –comenzó Morás– ambos conocemos el funcionamiento de una estructura jerárquica como la castrense donde existe lo que se llama obediencia debida; mi curiosidad es saber dónde va usted a dar el tajo porque la cosa empieza muy bajito y termina muy alto». El profesional quería significar que la línea de mando terminaba en el presidente de la República como comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas; el juez no respondió.

Morás Outeda habló con él en otras ocasiones. Un día que la entrevista transcurrió más distendida aprovechó para desahogarse. «Lamentablemente –le dijo– por obra y gracia de quienes lo detuvieron, Roslik se nos escapó y está más allá del bien y del mal, ya no puede ser juzgado por nosotros; pero si usted quiere yo le concedo, le doy de barato, que en la escuela de espías comunistas de Moscú lo hayan convertido en el 007». El abogado se esforzaba para no perder la compostura.

«Ahora bien, ¿usted sabe lo que cuesta preparar a un personaje de esta naturaleza? Entonces, después de toda esa inversión le dan como destino: San Javier, República Oriental del Uruguay; no me joda coronel, James Bond destinado a San Javier, no me haga reír. Discúlpeme, pero es una comedia.».

El 24 de agosto el doctor Fernando Urioste presentó en el juzgado de Paz una denuncia –acompañada por más de doscientas firmas– por «discriminación racial». El documento acusaba al gobierno militar de «la práctica de hechos

discriminatorios, en razón de su origen étnico, contra los habitantes de ese pueblo, provocados por funcionarios del Estado y que constituyen una flagrante violación de la Convención Internacional sobre Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial que fuera ratificada por el Uruguay».

«Al declararse ilegal el Partido Comunista del Uruguay –explicaba– este grupo étnico quedó **ipso facto** bajo sospecha de actividades subversivas. En razón de su origen, por ser descendientes de rusos, sus integrantes fueron considerados proclives a la ideología comunista y sospechosos por lo tanto, de conspirar contra la patria y ser enemigos del país. Como consecuencia de este entorno ideológico el pueblo de San Javier fue colocado bajo un estricto control de seguridad y sometido a una vigilancia especial. En los años 1976 y 1980, las autoridades denunciaron la existencia de grupos armados subversivos, aun cuando las únicas armas que se encontraron fueran de caza deportiva. Muchas personas fueron detenidas y otras sometidas a la justicia militar. Todo el pueblo experimentó temor e inseguridad ante la ausencia de las garantías constitucionales y legales». La denuncia establecía que «si no obtuvieren reparación satisfactoria dentro de los seis meses, se podrá comunicar el asunto al Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial de las Naciones Unidas».

En una entrevista que «Aquí» publicó en su primera edición de setiembre, el doctor Alberto Zumarán justificó que los blancos debían «estar presentes en las elecciones para tirar abajo el Pacto», y aseguró que de algún modo el Partido Colorado había «sido designado para continuar la obra del régimen militar». Consultado por Alfonso Lessa si pensaba que existiese un pacto expreso entre los colorados y algún sector de las Fuerzas Armadas, el candidato presidencial respondió:

«No. Creo que son intereses convergentes y que no es necesario un pacto expreso. Evidentemente esto se decidió antes del pacto del Club Naval en la medida en que en febrero el doctor Tarigo anunció públicamente que había que aceptar la proscripción del Partido Comunista y Wilson Ferreira Aldunate».

El miércoles 5 a las tres de la tarde, dos oficiales y dos soldados subieron hasta el cuarto piso del Penal y le informaron a Píriz que estaba libre; ya habían soltado a Balachir. Lo condujeron en un vehículo policial hasta Libertad y allí lo transfirieron para una Brasilia roja equipada con un trasmisor de radio; llegaron a Rivera cerca de las 23 horas.

Le dieron 80 mil cruzeiros y lo dejaron frente a la aduana brasileña, del lado uruguayo; Café-Café primero respiró y luego remontó la calle Tamandaré hasta encontrar un bar donde pidió un cognac. Mientras bebía tuvo la idea de llamar a un abogado que conocía –el edil de Livramento Antonio D'Avila Junior–, preguntó por un teléfono y terminó contando su amarga experiencia al dueño del «buteco».

Sorprendido, el hombre le facilitó dinero y le pidió que fuera a comprar un

«jornal»: la denuncia que Magdalena Piazza le trasmitió en São Paulo al presidente de la Asociación de Abogados Latinoamericanos por la Defensa de los Derechos Humanos, Belisario dos Santos Junior, había sido publicada aquel mismo día por los principales diarios brasileños. Alentado por el dueño del bar y otros parroquianos, Píriz concurrió aquella madrugada a la redacción de «A Plateia» –que tituló a cinco columnas: «Militares uruguayos liberan aquí brasileño torturado en Montevideo»– y en la mañana siguiente fue examinado por un médico policial. Sólo más tarde pudo viajar a São Francisco de Assis.

El 3 de octubre en el transcurso de su 831a. sesión, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA resolvió «considerar que existen suficientes elementos de juicio para demostrar que el gobierno uruguayo es responsable por la tortura y muerte del doctor Vladimir Roslik, y declarar que tal hecho y la forma en que se llevó a cabo configura una grave violación a los artículos I, IX, XVIII y XXV de la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre».

El 23 de octubre el «tribunal extraordinario» de la FEMI –integrado por el jurista Rodolfo Canabal y los médicos Tabaré Caputti y Gregorio Martirena– concluyó «que la conducta del doctor Eduardo Saiz Pedrini en los hechos relacionados con el fallecimiento del doctor Vladimir Roslik no se ajustó a los principios éticos que debieron regular su intervención como médico». Cuatro días después la asamblea general extraordinaria de la Federación Médica del Interior, reunida en Melo, resolvería su expulsión por unanimidad.

En noviembre el triunfo del Batllismo Unido convirtió al doctor Sanguinetti en el próximo presidente constitucional; en Río Negro ello significó la elección de Mario Carminatti como intendente municipal y Guillermo Stirling a la Cámara de Diputados. En San Javier ganaron los blancos –558 a 513– y el Frente Amplio disminuyó su desempeño; el 60 por ciento de sus votos fueron sufragados en favor del sub-lema que representaba al proscripto Partido Comunista. Comenzaba la fiesta de la democracia, el trabajoso reacomodo institucional, la urgente restañadura de tantas heridas.

Daniel Loschak había retornado de Perú en diciembre y en el comienzo de febrero resolvió estrenar el parrillero de su nueva casa convidando a sus ex-compañeros de la «Patricio Lumumba»; algunos fueron con sus familias y sin que nadie lo programara cada uno llevó una flor. Vieron varias películas filmadas por el economista: en una, **Valodia** aparecía en un costado de la cancha mirando un partido de fútbol; en otra el hijo mayor de Sara Sabotin y el arquitecto Lara –presente en el asado con diecinueve años– se veía bebé en los brazos de su padre. Hubo momentos de nostalgia y de mucha emoción; todos hubieran gustado de apoyar a Mary Zabalkin –a quien la mayoría no conocía–, pero la vida volvió a dispersarlos sin que llegaran a concretar su deseo.

Al atardecer del 12 de febrero, las gorras de los generales –solitarias sobre una mesa tallada frente al salón rojo del Palacio Estévez– anunciaban no sólo el inminente retiro del teniente general Gregorio Alvarez, que sería sustituido provisoriamente por el doctor Addiego Bruno, sino también la irrevocabilidad de la asunción del presidente Julio María Sanguinetti. El 15 asumieron los senadores y diputados electos; miles de uruguayos rodearon el Palacio Legislativo con sus banderas y no resistieron la tentación de abuchear al batallón Florida durante la tradicional revista frente al presidente del Senado. Dos hechos, sin embargo, conseguirían empañar la fiesta: por un lado la muerte, exactamente treinta años después de su debut político en la Cámara de Diputados, de «Maneco» Flores Mora; por otro, el penoso retroceso contenido en declaraciones del comandante del Ejército.

«El proceso no finalizó –había alertado–, continúa porque tiene muchos defensores, tiene muy buenas intenciones, tiene vidas entregadas y no puede decirse ahora que el proceso finaliza». El teniente general Medina no quiso dejar dudas: «De ninguna manera pensamos en dar un golpe de Estado, nosotros no queremos un golpe de Estado. Lo que quiero decir es que si nos obligan, si se dan las causales del año 73, no vamos a tener más remedio que darlo».

El 1º de marzo amaneció soleado; Sanguinetti y Tarigo cubrieron el trayecto entre el Palacio Legislativo y el Palacio Estévez en un coche descapotado, saludados por partidarios de todas las banderas. Al llegar los aguardaban ocho jefes de Estado –Raúl Alfonsín, Belisario Bentancur, Hernán Siles Suazo, Daniel Ortega, Luis Alberto Monge, Mejía Víctores, Felipe González y Bettino

Craxi–, los futuros ministros y otras autoridades. Una de las medidas del gobierno constitucional aguardada con mayor expectativa era la liberación de los presos políticos que aún permanecían en Libertad, Punta de Rieles y Punta Carretas; ésta se produjo el 11 de marzo, tras la aprobación en las cámaras de un proyecto de «amnistía procesal».

Con destino inverso, ajenos a la fiesta democrática, Olivera y Caubarrere permanecieron presos treinta y seis y cuarenta meses respectivamente; fueron excarcelados en 1987 por haber cumplido con la mitad de la pena. Caubarrere integra la lista de militares denunciados por IELSUR* ante el juzgado de Primera Instancia en lo Penal de 1er Turno por torturas en el Batallón «Florida» entre los meses de mayo y agosto de 1972; en la denuncia colectiva se incluye la muerte de Juan Fachinelli ocurrida el 28 de junio en ese cuartel. La misma fue presentada en octubre de 1986 y archivada posteriormente como consecuencia de la aplicación de la «Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado» aprobada en diciembre. Caubarrere fue denunciado también por Antonio Viana como uno de los integrantes del comando uruguayo-argentino que lo secuestró y torturó en Buenos Aires en febrero de 1974 trasladándolo luego al Uruguay. A pesar del esfuerzo de SERPAJ y otras entidades de derechos humanos, tanto Olivera –en 1989– como Caubarrere –en 1993– fueron ascendidos por el sistema de antigüedad al grado de Coronel.

El 17 de marzo de 1985 los sanjavierinos realizaron un ensayo general contra el miedo; apenas diez días antes un camión con fusileros navales había recorrido la zona de chacras. Primero los jóvenes, más tarde los adultos, el ánimo no demoró en contagiarse y hacerse colectivo. A fuerza de colectas, mucho trabajo voluntario y ayuda institucional –CX 30 lideró la campaña para comprar los juegos con el apoyo de Flores Mora, FEMI y la Intergremial Médica– el parque infantil «Vladimir Roslik» y la Fundación del mismo nombre estaban prontos para ser inaugurados; al múltiple evento lo denominaron «Amanecer en San Javier», precisamente la imagen que trasmitían cientos de visitantes, las banderas de todos los partidos y los niños vestidos con trajes típicos.

La fiesta incluía un gran almuerzo con platos rusos, un espectáculo artístico, la proyección en el «Povieda» de los documentales sobre los treinta años y el cincuentenario de la colonia y una conferencia de prensa en el sindicato portuario. Allí, los organizadores de la Fundación «Vladimir Roslik» explicaron sus objetivos y expusieron los primeros planes: una policlínica, un banco de medicamentos, una guardería. El doctor Gregorio Martirena anunció que FEMI pediría el retorno de Sáiz Pedrini del Sinaí –adonde había sido enviado por el

---

*IELSUR: Instituto de Estudios Legales y Sociales del Uruguay

gobierno militar– para ser juzgado en la justicia ordinaria, y que los doctores Walter Ravena y Justo Alonso Leguízamo –ex-ministros de Defensa de la dictadura– serían convocados para responder sobre sus actos. El flamante senador José Germán Araújo asumió que sin perjuicio de las iniciativas médicas se comprometía a impulsar estas denuncias en el Parlamento. El intendente doctor Mario Carminatti informó que acababa de enviar a la Junta un proyecto para reincorporar siete funcionarios de San Javier destituidos en el período anterior.

El parque infantil desbordaba de público; el periodista Emiliano Cotelo de CX 30 conducía la inauguración. Mary cortó la cinta y todos cantaron el himno nacional. Luego Valery, que aun no había cumplido dieciséis meses, avanzó hacia el estanque cubierto de flores y dando secuencia a la ceremonia soltó una paloma blanca que, perturbada por el cautiverio, inició el vuelo torpemente, consiguiendo asustarlo.

Luego remontó al cielo volando tan alto que ya nadie pudo verla.

Se terminó de imprimir en **prisma ltda.**, Gaboto 1582,
Tel./Fax 49 838, Montevideo, Uruguay, en el mes de mayo de 1996.
Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel)
Dep.Legal Nº 301.691/96

Se imprimió de urgencia en prisma ltda., Cabildo 1866,
Tel./Fax 40 828, Montevideo, Uruguay, en el mes de mayo de 1995.
Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel)
Dep.Legal Nº 301.09/95

Junto al Dr. Vladimir Roslik, los médicos del interior, y los de todo el país, reafirmamos nuestro compromiso de trabajar por un Uruguay democrático, humano y respetuoso de todos.

En los 30 años de la Federación Médica del Interior esta publicación es nuestro homenaje emocionado a Roslik y a su familia. Y a los integrantes y dirigentes de la FEMI que en aquellos días escribieron una página de dignidad y valentía ejemplar.

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL